GUILLERMO GÓMEZ WINDHAM

La aventura de Cayo Malínao
Los ascensos del inspector Rojo
Tia Pasia

(NOVELAS FILIPINAS CONTEMPORÁNEAS)

ILOILO
ISLAS FILIPINAS
1924

ES PROPIEDAD

EDITORIAL CATALANA S. A. :: Ferlandina, 7, 9 i 11 :: BARCELONA

ÍNDICE

	Págs.
La aventura de Cayo Malínao...	5
I	7
II	14
III	23
IV	28
V	43
VI	52
VII	63
VIII	73
Los ascensos del Inspector Rojo...	79
I	81
II	91
III	97
IV	109
V	119
VI	124
VII	128
Tía Pasia...	129
I	131
II	138
III	146
IV	152

LA AVENTURA DE CAYO MALÍNAO

I

Cayo Malínao nació en Pinilían, un pueblo de la provincia de X..., en las Bisayas occidentales, a fines de aquel año que los franceses de *avant guerre* llamaban por antonomasia «el año terrible», y fué hijo único y tardío.

Sus padres no eran ricos: poseían una haciendita de unas cien hectáreas la mitad de las cuales no servían para cultivos sino para pastar el ganado; un molino pequeño de los «de sangre», como se llamaba a los artefactos de prensar caña de azúcar movidos por tracción animal; algunos carabaos; una casa modestísima; dos telares; una destartalada «araña» (vehículo de cuatro ruedas bastante altas para poder vadear ríos sin que el ocupante se tome un baño de asiento), y casi nada más. Todo ello, por supuesto, hipotecado con «pacto de retro» a favor de cierto prestamista de San Pedro (la capital de la provincia), modesto usurero que se contentaba con el veinte por ciento de interés, incurriendo por ello en las iras de sus compañeros de profesión, que nunca daban a menos del treinta. No obstante semejante carga, como los padres de Cayo trabajaban con grandísima economía y además de su par de mi-

les de picos de azúcar cosechaban algo de arroz y tabaco, siempre les quedaban tres o cuatro centenares de pesos al año después de cubrir gastos y pagar los intereses de la deuda.

Con este dinero resolvieron costear la educación de Cayo, a quien amaban entrañablemente y en quien habían colocado todas sus ilusiones y esperanzas, decidiendo hacerle ingresar en el Seminario de San Pedro, donde además de la teología se enseñaba el bachillerato, para pasar de allí, más tarde, a la Universidad de Santo Tomás de Manila donde estudiaría Derecho. Como fué de la clase de «niños mimados» que tanto abundan en Filipinas, reyes absolutos, ídolos indiscutibles del hogar, a quienes no destetan hasta los cuatro años ni les ponen la primera cartilla en las manos hasta los diez o doce, ni les administran jamás reprensión o castigo alguno, Cayo ya era talladito, de catorce años, cuando entró para aprender el *musa musæ*, y tardó siete más en aprobar los cinco cursos del bachillerato.

Era aplicado, humilde y paciente, pero sus compañeros de estudios le menospreciaban porque se negaba a acompañarles en sus francachelas estudiantiles, sus merodeos en la cocina o la despensa o sus escapadas por el bosquecillo que había a espaldas del Seminario, cruzado por un riachuelo de rápida corriente donde se podían hacer divertidísimas «carreras de natación» y a cuyas orillas se cazaban, a lo mejor, hermosas «iguanas» de un metro de largas.

Un día ocurriósele a Vicentito Martínez, hijo del escribano de la provincia de Aetas Oriental, muchacho muy despierto que era quien «sacaba» los motes a los compañeros, comparar a Cayo Malínao con aquellos tímidos e inofensivos saurios, a quienes se llama *jalús* en bisaya. Los

compañeros de cacería hallaron el símil apropiadísimo, y aquella misma tarde, en el recreo, Vicentito le rebautizó solemnemente:

— Desde hoy tú te llamas «Cayo Jalú».

Los demás colegiales acogieron el pronunciamiento con ruidosas carcajadas, gritando todos a coro:

— ¡Cayo Jalú! ¡Cayo Jalú! ¡Viva Cayo Jalú!

Cayo incurrió en el error de enfadarse, torcer el gesto y amenazar: — ¡Vereis luego: voy a acusaros al Padre Nogal!

No había terminado de proferir su amenaza cuando un diminuto puño chocó con fuerza contra su mejilla. Era el de Vicentito, que luego de bautizar a Cayo creyóse en el deber de «confirmarle».

— ¡Toma, por acusón!

«Boxearon» durante algunos minutos. Cayo era mayor y más fuerte, pero su agresor fué mucho más vivo y ágil, y por cada golpe calculado y lento que de aquél recibía, devolvía cuatro o cinco. Al fin, el pobre *Jalú*, pesado y torpe como el animal cuyo nombre acababan de imponerle, volvió la espalda a su atacante y echó a correr llorando a lágrima viva en busca del amparo de una sotana protectora. En adelante permitió a Vicentito que le llamara como quisiera.

Los Padres Paúles llegaron a cobrarle cariño e hicieron cuanto pudieron para modificar su carácter y sacarle avante, pero chocaban contra lo refractario de la inteligencia de Cayo a discurrir por cuenta propia y contra su excesiva timidez. Mientras se trataba de aprenderse de memoria reglas, enunciados, teoremas o fechas históricas, todo iba bien, pero cuando había que razonar y explicar, se ponía rojo, bajaba la cabeza y callaba obstinadamente. Le costó dos años termi-

nar el tercero, por el Algebra, y otros tantos el quinto, por la Filosofía, Lógica y Etica.

Cuando a costa de muchos esfuerzos terminó el bachillerato, los buenos padres aconsejaron a los de Cayo que no hicieran seguir al chico carrera universitaria, sugiriéndoles que le matricularan en la flamante «Escuela de Artes y Oficios» que el Gobierno Español acababa de establecer en San Pedro y donde se expedían títulos de Perito Mercantil, Perito Mecánico, Maquinista, Maestro de Obras, etc., en cursos de tres años. Pero resulta muy difícil convencer a un padre de que su hijo no está llamado a ser un prodigio intelectual, y por tal motivo el de Cayo no siguió, de momento, el consejo de los Paúles, sino que se lo llevó a Manila y lo matriculó en Ampliación de Derecho en la Universidad de Santo Tomás.

Su permanencia en la capital no fué larga, sin embargo. Una fiebre gástrica que contrajo a las pocas semanas de su llegada le puso en peligro de muerte, y el padre tuvo que ir a toda prisa, llamado por un telegrama urgente, para cuidarle y traerle de vuelta a San Pedro en cuanto empezó a convalecer.

En el vapor «Navarra» donde hicieron la travesía, venía también un tal Pepe Luís, afamado de jugador de «monte», cuya única ocupación consistía en viajar de aquí para allá en los vapores interinsulares donde hubiera bastantes pasajeros, poniendo «banca» en cuanto el buque salía unas millas fuera del puerto. Era una especie de «tahur de cabotaje», pero no de los tramposos, sino de los que se contentan con las ganancias que les dén su propia suerte y las «puertas» consabidas. La mañana del día siguiente al de la salida de Manila, Cayo, que había pasado mala noche, después de almorzar bajó al

camarote para acostarse, mientras su padre permaneció paseándose por la cubierta.

— ¿Vamos a jugar un poco, Sr. Malínao? — tentó Pepe Luís con su sonrisa inocente y bonachona.

— Muchas gracias. Vd. dispense. Casi no llevo ahora dinero.

— ¡Oh! ¡No es necesario mucho! Jugamos entre amigos, por pasar el rato. Ande, venga a echar una cana al aire...

Porque era para «pasar el rato» nada más, y por «echar una cana al aire», el viejo Malínao se dejó convencer, descendiendo en pos de otra docena de pasajeros, también enganchados como él por Pepe Luís, al comedor de bajo cubierta, aposento que nadie utilizaba por estar el tiempo bueno y el cielo limpio de nubes.

Lo que comenzó medio en broma convirtióse en seguida en partida fuerte. Como muy bien sabía por larga experiencia el astuto banquero, los «puntos» se animaron rápidamente y a cada nueva jugada fueron aumentando la cuantía de las puestas. Los sanpedrenses hicieron buena una vez más su fama de no achicarse ante las cartas ni ser tacaños en sus ofertorios al dios Azar. El viejo Malínao, que llevaba encima unos veinte pesos solamente cuando comenzó la partida, fué el único que se mantuvo apuntando con timidez sus puestas menores de cien pesos. Y como ocurre con mucha frecuencia a estos jugadores cautos que buscan sólo una modesta ganancia, fué de los pocos que no perdieron.

Próximo el medio día, Cayo, que no había visto a su padre desde que se separaron después del almuerzo, fué en busca suya andando con inseguro paso de convaleciente por los pasillos y corredores del buque. Al entrar en el salón-co-

medor, le vió, sentado a la mesa cubierta del verde tapete, embebido en la contemplación de las manos del banquero que «pintaba» las cartas con una lentitud y solemnidad casi religiosas, arrancando del pecho de los «puntos» anhelosos suspiros de satisfacción cuando pintaba un palo igual al de las barajas de la mesa que estaban más «cargadas» de puestas, y haciéndoles contener el resuello asustados cuando la pinta era de palo diferente y podía ser, por tanto, carta adversa para ellos. Banquero, jugadores y espectadores, entre quienes se contaban tres o cuatro jovenzuelos de diez a quince años, que miraban el espectáculo con la misma curiosidad con que verían un circo, hallábanse allí, inclinados hacia las cartas como si éstas fueran poderoso imán, olvidados del calor que reinaba en aquella cámara pequeña y baja de techo; y tal como estaban, bañados en sudor, iluminados de extraño modo por la escasa luz meridiana que entraba por la claraboya, rodeados del humo de los cigarros y dibujándose en sus rostros las contradictorias emociones de alegría o de disgusto que alternativamente sufrían, formaban un cuadro digno del pincel de un Rembrandt. A Cayo, cuya receptividad emocional estaba agudizada por la reciente dolencia, se le quedó la escena bien grabada en la memoria.

Malínao padre alzó los ojos como si hubiera recibido llamada misteriosa. Vió el rostro demacrado de su hijo, que apoyado en una jamba de la estrecha puerta parecía indeciso entre entrar o volverse atrás, y un vago sentimiento de rubor invadió su ánimo. Realmente, lo que estaba haciendo no era para dar buen ejemplo al chico. Aprovechóse de que el barco, que en aquel momento dejaba el abrigo de la isla de Romblón,

empezó a cabecear un poco, para disculparse con Pepe Luís pretextando un ataque de mareo y para levantarse de la mesa recogiendo sus ganancias.

Su embarazo desapareció rápidamente, sin embargo, cuando pudo comprobar, ya en su camarote, que había ganado unos trescientos pesos, lo justo para resarcirse de los gastos del viaje y de la enfermedad de Cayo. Bien sabía Dios cuánta falta le hacía aquel dinero, precisamente en aquellos días en que se aproximaba el plazo del pago de los interes anuales de su deuda hipotecaria.

Pero aquella ganancia fué un factor que influyó poderosamente en el porvenir de Cayo. Varios días después de su llegada a Pinilían, el viejo tuvo la ocurrencia dę pavonearse de su habilidad y buena suerte al recobrar en unas horas en el barco cuanto había gastado en todo el viaje. Su esposa, conservadora y asustadiza por demás, que desde la enfermedad de su hijo se hallaba muy indecisa sobre si le dejaría volver a Manila o le conservaría cerca de ella, decidióse entonces definitivamente. Basta: nada de nuevos viajes lejanos que podían comprometer la salud de su *nonoy* (nene) y pervertir a su marido.

Y he ahí por qué, Cayo Malínao, en vez de continuar la carrera de Derecho, como en un principio pensaron sus ambiciosos padres, fué matriculado para seguir los cursos de Perito Mercantil en la Escuela de Artes y Oficios de San Pedro. Por cierto que no fué aquélla la única vez en que el incidente del juego a bordo influyó en su vida.

II

Por disposición materna, Cayo fué a hospedarse en la casa de una prima de su madre, esposa de un sastre que tenía su tienda en la calle de San Rafael (hoy de «Los Mártires del 96»), una de las transversales de la calle Real (hoy «Mariano Ponce»), la vía más importante de San Pedro.

Dedicaba las mañanas al estudio, las tardes a las clases; y por las noches, después de la frugalísima cena, entreteníase charlando con la sastra y sus tres hijas, que ya eran pollitas, o bien escuchando al sastre que tocaba un poco la guitarra y se acompañaba con ella cantando jotas, trozos de zarzuelas y danzas y habaneras de moda.

Algunas noches de domingo, cuando su padre había venido a visitarle y le había dejado algunos pesillos de más, invitaba, como extraordinario, a la tía y primas a oir un gramófono, el primero que llegó a San Pedro, y que estaba instalado en un cuartucho (pomposamente llamado «salón» por el empresario). Era de aquellos aparatos primitivos y rudimentarios en que los concurrentes debían introducirse unos grasientos tubos auditivos en los oídos para escuchar vagamente la gangosa

voz de un individuo que declamaba discursos de Castelar o de Aparici y Guijarro, alternados con conciertos de bandas de música de los que casi no se oía otra cosa que los golpes de bombo y platillos. Otras veces íbanse a un cinematógrafo, también el primero en su clase en la ciudad, que se exhibía en una bodega de piso de tierra apisonada donde habían puesto bancos sin respaldos para el público, y en cuya cortina proyectábanse escenas pueriles, tales como la del viejo caballero de frac y sombrero de copa que corría y saltaba sin ton ni son haciendo contorsiones inverosímiles, o la de dos trenes en marcha que entraban por las opuestas bocas de un túnel, y al producirse la obscuridad, álguien arreaba un formidable estacazo a una lata de petróleo vacía, causando en los ingénuos espectadores igual emoción que si hubieran visto el espantoso choque reproducido con todos sus más horribles detalles.

Cayo adelantaba en sus estudios, mostrándose siempre trabajador y aplicado. Dicen que no hay hombre que no tenga cierta disposición especial para algo en este mundo, y evidentemente el joven Malínao había nacido para tenedor de libros, porque se entró por los campos de la contabilidad mercantil como Pedro por su casa. Aquel método, aquella armonía y compenetración íntima entre el «Diario» y el «Mayor» y el «Inventario» y el de «Caja», le conmovían y le encantaban. Cierto que el tercer año estuvo a punto de fracasar en Economía Política, pero al fin, mediante un gran esfuerzo y la benevolencia de los profesores, que le habían cobrado aprecio por su aplicación, aprobó el último curso y recibió su título.

Luego de pasar una larga temporada de vacaciones en la hacienda paterna en Pinilían, Cayo

volvió a San Pedro con el fin de ejercer su oficio, y por recomendación del Director de la Escuela ingresó como «meritorio» sin sueldo en la oficina de la casa comercial inglesa Benson, Fothergill y Compañía, compradores y exportadores de azúcar.

Invitóle la tía a vivir de nuevo en su casa, pues había formado ciertos proyectos matrimoniales respecto a Cayo y una de sus hijas, la segunda, una chinita menudita, muy simpática, con un cutis que parecía de porcelana. El chico era bueno, parecía dócil y trabajador, y sería un gran marido. Además, era hijo único, y por tanto heredero universal de una hacienda que valdría sus buenos miles (la sastra ignoraba lo del «pacto de retro») y llegaría a ser también un buen partido desde el punto de vista económico. En fin — decíale al sastre cuando hablaban del asunto en la intimidad. — Hasta el nombre que lleva es de buen agüero: Malínao, que quiere decir «tranquilo», «en calma».

—No hay que fiar — decía el sastre, un tagalo muy cazurro: — Yo conocí a un tal Pacífico Cordero que pegaba a su mujer con bejuco...

Sin embargo, acababa por convenir en que en peores manos podía caer su hija.

Cayo aceptó encantado la invitación pues le asustaba la idea de irse a otra casa de huéspedes, conocer nuevas gentes y adquirir nuevos hábitos.

Y fué tan inocentón que no se dió cuenta de que su tía y las otras dos primas, en tácita inteligencia con la madre, procuraban siempre que podían dejarle solo con Moning (Mónica) o que estuviera siempre al lado de ella y con ella charlara exclusivamente.

Lo que a Cayo le preocupaba por aquel entonces era su trabajo, al que se dedicó con tan

inusitado ahinco y entusiasmo que el jefe de su oficina, Mr. Sanders, le asignó al tercer mes un sueldo de treinta pesos, hecho notable en la historia de los meritorios de oficinas sanpedrenses, ninguno de los cuales empezaba a ganar sueldo antes de que transcurriera el primer año, y aún entonces, sólo comenzaban percibiendo una «gratificación» de quince pesos.

Debido a su ingénito apocamiento, es muy probable que Cayo, a quien no dejaba de interesar su encantadora primita (sobre todo desde que ella, cooperando gustosa en los planes de su madre, empezó a dirigirle miradas capaces de conmover a un tigre), nunca se hubiera decidido a confesarla su amor y a declararse dispuesto a ser yerno, además de sobrino, de la astuta sastra, de no haber sido por cierto incidente que ocurrió un domingo por la mañana, día de Pascua de Resurrección del año 1897.

Desde que estalló en Cavite la revolución filipina en Agosto de 1896, aunque en San Pedro nada había ocurrido que revelase la posibilidad de que aquellos habitantes pensaran secundar el movimiento, los ánimos estaban sobreexcitados y alebrestados. Cada dos o tres meses los ociosos y chismosos que nunca faltan, dedicábanse a propalar rumores despampanantes. Ora anunciaban misteriosamente una sublevación en masa de toda la «gente baja» de la capital, ayudada por los obreros del campo, armados todos con fusiles que habían traído de contrabando «los japoneses»; ora contaban en voz temblorosa haber sido descubierta una conspiración de todos los cocineros para envenenar en día fijo a todos sus amos españoles o filipinos tachados de hispanófilos, o bien decían con grandes aspavientos saber de buena tinta que los «masones» y filibusteros planea-

ban una sarracina general de curas, frailes, neos y beatas. En fin, una serie de «bolas» espeluznantes, desprovistas de todo fundamento, pero que traían asustadas a las gentes nerviosas. La mañana del domingo citado, un gentío enorme llenaba la espaciosa Catedral de San Pedro, donde celebrábase con solemnidad apropiada la fiesta de la Resurrección del Señor. Poco después de la alzada, cuando se extinguieron los ecos de la marcha real que había tocado la música y cuando aún duraba el profundo silencio que los fieles suelen observar en ese momento culminante del sacrificio, un loco, de los varios que por ser pacíficos e inofensivos las autoridades permitían circular libremente, entró por la puerta mayor, abierta de par en par; gritó dos veces con voz estentórea: «¡*Ara ná*!» (Ya están!), y volvió a salir corriendo, como quien huye a ponerse en salvo después de dar un aviso a sus prójimos en peligro.

Si hubieran aparecido simultáneamente en el templo todo el proletariado rural y urbano de la provincia disparando a la vez sus fusiles niponeses, y todos los cocineros de la ciudad enarbolando descomunales trinchantes destilando activísimo veneno, y los adeptos, en masa, de todas las sectas masónicas comiéndose cada uno un fraile crudo a dentellada limpia, no hubieran producido tanto pánico como el que causó el grito del infeliz alienado. Saltos, carreras, sollozos, desmayos, chillidos de angustia suprema, cuantas formas tiene el humano terror para exteriorizarse, viéronse y oyéronse allí cuando a fuerza de apretujones y empellones la masa de los fieles quiso desalojar el templo escapando por las puertas laterales, estrechas para dar paso a aquella repentina desbandada de rebaño humano. Al

restablecerse la tranquilidad, pocos momentos después de haber pasado aquel vendabal de pánico, el piso de la Catedral estaba alfombrado de zapatos, chinelas, velos, mantillas, sombreros, devocionarios, abanicos, pañuelos, y hasta medias y ligas, pertenecientes sin duda alguna a devotas acostumbradas a andar descalzas por casa y que se las habían quitado para correr con más libertad.

Cayo, que había ido al templo acompañando a sus primas, hallóse, sin saber cómo, debajo del púlpito, teniendo en sus brazos desmayada a Moning. Cuando se recobró del inmenso susto, se dió cuenta de que su mano izquierda descansaba sobre el pecho de la niña. ¡Pícara muchacha! ¡Nunca sospechó él que estuviera tan bien formadita!... Y de repente, despertóse en Cayo el sentimiento de la voluptuosidad, intenso y avasallador, inspirándole un deseo irresistible de hacer suya a la frágil muñequita que en sus brazos tenía, hasta el punto de que, no obstante su timidez ingénita, hubiérala besado ansiosamente y quizás llegado a mayores extremos de apasionamiento, de haber estado solos. Aún sin eso, la estrechó contra sí y la abrazó con tal torpeza que la mamá, acercándose sin ser sentida, tuvo que quitársela de las manos dirigiéndole en voz baja algunas amargas frases de reproche. Afortunadamente para ellos, la breve escena pasó desapercibida porque la gente continuaba todavía excitadísima comentando el reciente suceso y procurando recobrar cada uno lo que había perdido. Nunca llegó a dilucidarse el punto de si Moning volvió en sí antes o después de la intervención maternal que puso fin a la primera y sobrado expresiva manifestación amorosa de su primo. Ella sostuvo siempre que fué después, que no se

dió cuenta de los abrazos, pero la madre no las tenía todas consigo.

Al llegar a casa mediaron explicaciones. Cayo, ardiendo aún en la llama de su reciente pasión, halló en sí mismo valor bastante para manifestar que amaba a su prima y que la quería «con buen fin». Los sastres se declararon satisfechos y conformes y Moning se escondió en el cuarto llena de rubor, pero salió por la tarde a recibir la visita de Cayo, su novio oficial desde aquel día, y a quien el sastre, para evitar murmuraciones, exigió *ipso facto* que pasara a otro alojamiento.

No pudieron casarse enseguida porque la sastra, siguiendo una costumbre muy arraigada en las clases media y baja de Filipinas, quiso que el novio levantara y amueblara su casa antes de formar el nuevo hogar, y aunque esto costaba entonces muchísimo menos que ahora, y Cayo hizo prodigios de economía, y sus padres, gustosos en la boda, ayudaron cuanto pudieron, trascurrió algo más de un año antes de que el modesto nido quedara terminado.

El cual consistía en una de esas casitas pequeñas y bajas de «materiales mixtos», como decían los reglamentos municipales, o sea de paredes y piso de madera, techo de nipa, quízame y tabiques interiores de *amacán* (caña tejida) y ventanas de concha. En el cuerpo principal había una salita y dos dormitorios y al frente un balcón estrecho donde estaba la escalera. En otro cuerpo de casa, ya de caña y nipa en su totalidad, unido al principal por un puentecillo, estaban el comedor, la cocina y el cuarto de baño, donde no había otros artefactos para realizar menester tan importante en país cálido que una panzuda tinaja para depósito del agua y un cascarón de coco (el típico *tabo*) para sacarla y echársela por en-

cima del cuerpo. La sala, los cuartos y el comedor iban pintados con dos manos de una mezcla de yeso y cola, y estaban amueblados con un sofá, dos butacas y seis sillas de Viena, algunos sillones y mesas de bejuco, varias litografías en colores de las que publicaba «La Ilustración Española y Americana» en sus buenos tiempos, puestas en marcos de *bilaho* (el tallo de la flor de la caña de azúcar), una cama matrimonial de columnas, un lavabo de segunda mano con el mármol rajado, y algunas arcas y baules para la ropa.

Cayo y Moning se casaron a fines de Abril del año siguiente, la víspera del día en que Dewey echó a pique la escuadrilla de Montojo en aguas de Cavite. Quizás mis escépticos lectores se nieguen a creerme, pero como es uno de los detalles que mejor pintan el carácter del personaje, tengo que declarar que Cayo llegó al tálamo conyugal sin que supiera por propia experiencia a qué sabía un abrazo de mujer.

Pasada la borrachera de los primeros meses de la luna de miel, ordenó su vida por los cauces metódicos y rutinarios que le eran tan gratos. No tomó parte ni se interesó gran cosa en los variados acontecimientos políticos de aquella época. Ni la evacuación de San Pedro por las tropas españolas ni el bombardeo de la desgraciada ciudad por algunos cañoneros de la escuadra americana y la subsiguiente ocupación del territorio por las tropas de los Estados Unidos consiguieron alterar gran cosa el compás de su tranquila existencia. La oficina por las mañanas y a prima tarde; el paseo antes de cerrar la noche; la visita a los suegros, con los correspondientes ratos de charla y guitarreo, y a las nueve a dormir en santa paz. Al dispersarse el hogar de los sastres

porque éstos murieron y la chica mayor se casó con un aetense y la menor fuése a residir con ella, quedábase Cayo de noche en su casa, y acompañándose con la guitarra, que había heredado de su suegro y que llegó a saber rasguear, cantaba las mismas canciones que oyera cantar al difunto cuando era huésped suyo.

Poco después del cambio de soberanía murieron también, con corta diferencia de meses, la madre y el padre de Cayo. El usurero acreedor, cuando se convenció de que éste era incapaz de dedicarse a la vida del campo yéndose a administrar la finca heredada de modo que él, el prestamista, no dejara de percibir su veinte por ciento al año, se apoderó de todos los bienes mediante el oportuno procedimiento judicial.

Y luego trascurrieron — lentos, monótonos, uniformes — veinte años.

III

No parece sino que Cayo, dado su carácter apacible y humilde, debió haber sido feliz y haber estado satisfecho de semejante monotonía y uniformidad.

Aparentemente era así. Trabajaba con regularidad infatigable. Divertíase tal como entendía las diversiones, con ritmo siempre igual; sus paseos, su guitarra y su cine los domingos. Ahorraba sin faltar un mes el cinco por ciento de su sueldo, dejándolo en la casa donde estaba empleado, la que le abonaba un diez por ciento de interés anual. Anualmente también le subían el sueldo, hasta que llegó a ganar cien pesos mensuales cuando fué tenedor de libros de su oficina y ciento cincuenta, por último, cuando el viejo Sanders, el jefe, que había llegado a tener en Cayo absoluta confianza, le ascendió al importante puesto de cajero, porque durante la guerra escasearon en San Pedro los jóvenes ingleses, llamados desde su país para que se alistaran en las huestes de Kitchener.

Y sin embargo, en el fondo de su alma, había brotado últimamente, desde que cumplió los cuarenta y cinco años de su edad, algo así como una

chispita de rebelión, como el esbozo de un sentimiento de hartura y de disgusto. ¿Iba a limitarse a esto su existencia? ¿Iba a ser su vida siempre así? ¿Habría de alcanzarle la vejez, que ya se echaba encima, sin que él sintiera alguna honda sacudida emocional, sin que disfrutara de alguno de esos placeres cortos pero intensos cuyo recuerdo basta a veces para iluminar una vida entera, alguno de esos goces breves pero profundos que se saborean durante años y años, alguna de esas sensaciones rápidas pero agudas cuya memoria nos permite más tarde, en la vejez, observarlas en otros sin envidia, diciéndonos para nuestro coleto, con sonrisa melancólica pero satisfecha: «también yo en mis tiempos probé de eso»?

Por supuesto, este era el fondo, pero no el lenguaje de lo que Cayo pensaba allá en lo más recóndito de su conciencia. Él daba forma a estos deseos diciéndose simplemente que quería tener «una aventura», siquiera una, antes de que le alcanzasen la vejez y la muerte.

Había llegado a esa época de la vida en que la mayoría de los hombres hacen el balance de ella, y comprendiendo que ya han dado de sí todo lo que tenían que dar y recibido del mundo cuanto tenían que recibir, inventarían sus éxitos y sus fracasos. ¡Interesante y casi siempre melancólica comparación entre las ilusiones que pusieron en nosotros y las realidades que hemos logrado; entre lo que soñó nuestro deseo y lo que alcanzó nuestro esfuerzo; entre lo que anheló nuestra ambición y lo que nos deparó nuestra suerte!

Para Cayo, que la hacía con frecuencia en los últimos años, la operación resultaba triste. Él había trabajado como el que más, había sido honrado y bueno, y sin embargo, ¿qué era, qué va-

lía, qué representaba en el mundo al lado de otros muchos antiguos compañeros suyos que habían empezado a vivir a la par que él y casi en iguales condiciones y circunstancias? Juan Palmada, su compoblano, era el gobernador de la provincia; Enrique Alfárez estaba de juez de primera instancia allá por Mindanao; Rufino Rojo era administrador de aduanas de San Pedro; otros eran senadores, diputados, periodistas de fuste, ricos comerciantes, hacenderos acomodados, mientras que él, Cayo Malínao, a todo lo más que podía aspirar era a continuar siendo cajero de una casa inglesa de la que nunca podría ser jefe aunque se viniera el mundo abajo...

Él, naturalmente, no buscaba la razón de su estancamiento en su carencia de iniciativa, en la lentitud de su inteligencia o en su timidez extrema, pues ninguno de tales defectos reconocíase en sí mismo, sino que achacábalo todo a falta de oportunidades favorables y a no haber tenido buenas agarraderas o padrinos y valedores influyentes como creía que tuvieron los otros con quienes se comparaba.

Para consolarse de ser en la realidad de la vida eterno comparsa, por las noches, paseándose por la estrecha y ahogada galería de su modesta casa (había abandonado el guitarreo), entreteníase en representarse sucesos extraordinarios, ocurrencias bizarras en que él hacía los papeles de primer actor. Imaginaba, por ejemplo, que le caía inesperadamente una gran herencia y se iba a América para vivir la vida de fastuosa disipación de los héroes de esas películas en que se pinta la vida nocturna de los millonarios neoyorquinos. Vivía en un elegante palacio, cabe las aguas cristalinas de un lago tranquilo; tenía para su uso varios automóviles a cual más caro;

hacía viajes de recreo en su lujoso yate particular, y de cuando en cuando desfallecían en sus brazos bellas artistas afamadas por su hermosura y elegancia. O bien un día desaparecía misteriosamente de San Pedro, porque habíase colado como «polisón» en uno de los barcos cargueros que llevan azúcar a Nueva York, y llegaba allá y se iba a vivir a alguno de aquellos antros de los barrios bajos, donde se bebía, se jugaba y se fumaba opio, y donde una de aquellas vampiresas, pálidas y ojerosas, se enamoraba de él con pasión repentina y extraña, y ofrecíale, delante de todos, sus labios perversamente pintados, despertando los celos de algún despreciado amante, con quien después se batía él a tiros. O bien descubría una mina de petróleo, la vendía en un millón de pesos e íbase con su tesoro a Turquía o a Persia o a cualquier otro país mahometano, donde se construía un palacio con un bien provisto haren, y donde noche y día esclavos sumisos y obedientes servíanle exóticos refrescos, y hermosas y complacientes odalisças bailaban ante él fantásticas danzas orientales, con voltear de velos y contorsiones de vientres, hasta que, por último, la favorita caía en sus brazos, ardiente y sudorosa...

A Cayo «le nació fantasía» a la edad en que a otros comienza a apagárseles, y en aquel brusco despertar su imaginación pintábale a veces cuadros tan vívidos y reales, que en ocasiones quedábase como alelado, costándole trabajo salir de su mundo de ensueño para responder con acento indiferente cuando Moning le preguntaba:

—¿Qué tienes, hombre? ¿Por qué estás tan «caviloso»?

—Nada, mujer: me preocupa mi trabajo de mañana.

Sufría entonces vivos remordimientos al pensar que para que cobrara realidad alguna de aquellas soñadas aventuras, era necesario imaginarse previamente la muerte o el abandono de Moning, que había sido siempre una esposa fiel y abnegada. Gradualmente, sin embargo, olvidaba los remordimientos y poníase de nuevo a ensoñar en sus fantásticas andanzas, razonando que al fin y al cabo, recreándose en aquellas cosas, sin pensar en ponerlas jamás por obra, a nadie perjudicaba. Pero gradualmente también aquel pensamiento de no dejar morir su juventud, sin haber tenido alguna sensación nueva y fuerte, fué ganando ascendiente en su ánimo, ocupándolo casi por entero, hasta convertirse en un deseo avasallador, en una idea fija, en una obsesión irresistible, como si fuera una entidad aparte, fuera de él, que le tuviera dominado e hipnotizado. A principios de 1920, cuando el precio del azúcar subió rápidamente a alturas inverosímiles, como sube un cohete, y cayó sobre Filipinas y especialmente sobre San Pedro aquella lluvia de oro, Cayo Malínao, sin comprenderlo bien él mismo, estaba maduro para correr «su aventura».

Y el diablo, que nunca duerme, al decir de los místicos, se encargó de disfrazarse de casualidad y de buscarle y prepararle la ocasión propicia.

IV

Recibió en la espalda un golpecito amistoso, y una voz vagamente familiar le saludó llamándole por su antiguo apodo del Seminario:

— ¡Cayo *Jalú*! ¿Cómo estás, hombre?

Cayo se volvió y encontróse cara a cara con Vicentito Martínez, aquel compañero de colegio que era tan aficionado a poner motes.

Se abrazaron afectuosamente. Cayo contempló con envidia a Vicentito, que teniendo cuarenta y cinco años se conservaba tan fresco como un pollo de veinte. Iba elegantísimo, con traje de alpaca, camisa de seda a listas, corbata de «ganchillo» del mismo material, zapatos de charol de color gris claro, igual que los calcetines y el traje, sombrero de fieltro y un elegante bastoncito de última moda.

Charlaron, es decir, charló Vicentito. ¿Cómo era posible que no se hubieran visto en tanto tiempo? Vicentito venía con frecuencia a San Pedro, de paso para ir a Manila, y siempre estaba donde había más gente. Se hospedaba en el «Bisayas Hotel», paseaba en auto por el paseo «Delfaro», paraba un rato en el Casino Es-

pañol o en el Círculo Filipino para jugar un tresillo o un *poker* o lo que se terciase, recalaba en el «American Club» para tomarse un whisky-soda con algún yanqui amigo, cenaba en el «San Pedro Grill», visitaba todos los «cabarets», y sin embargo, desde que se separaron al salir del colegio, nunca hasta hoy había visto a Cayo. ¿Dónde se metía? ¿Dónde se escondía? ¡Tan buho como cuando era niño, como si lo viera! Metido en casa haciendo papilla para los nenes. ¿No los tenía? Pues rezando el rosario o alguna novena. ¿No acostumbraba? Entonces, contándole cuentos a la mujer, seguramente. ¡Vaya con Cayo Malínao! ¡Había que sacudirse la herrumbre de los años, salir del rincón, mezclarse con la gente!...

Mientras le miraba, observándole a la escasa luz del prolongado crepúsculo de aquella tarde de verano, notando su traje zurcido, sus zapatos deslustrados y su aire de decaimiento, Vicentito tuvo un rasgo de sentimiento, raro en él. Le debía a Cayo un buen rato en compensación de los muchos malos que le había hecho pasar en el Seminario cuando eran niños.

— Una idea: te vienes a cenar conmigo esta noche.

Cayo murmuró algunas disculpas: le esperaba la mujer en casa; no estaba vestido...

— !Pero, hombre! Siempre te ahogas por poca cosa! Verás: yo me encargo.

Estaban frente a un almacén de novedades. Vicentito se metió dentro, pidió permiso para hablar por teléfono, cogió el aparato y llamó:

— ¿Siete-dos-nueve?... ¿Es el *Southern Garage*?...Manden un automóvil a la Calle Real, frente al «Pájaro Azul», para el Representante Martínez... Sí, el diputado por Aetas Oriental...

un «Hudson», de los mejores... Sí, en seguida... Gracias...

Cayo quería protestar, pero no hallaba frases. Vicentito había recobrado en un momento el antiguo ascendiente que tenía sobre él.

— ¡Nada! ¡Te arrastro, te rapto, y verás cómo nos divertimos!

A los pocos minutos paróse junto a la acera, frente a la tienda, un auto enorme y flamante al que subieron los dos amigos.

— Dale al chófer tu dirección — mandó Vicentito.

Partió el vehículo como un rehilete. Llegaron a casa de Cayo y subieron. Mientras salía Moning, que, sorprendida de trapillo y en sus faenas domésticas, al verles llegar se había metido corriendo en el cuarto para ponerse las chinelas y echarse un «pañuelo» por encima de la descotada camisa, Vicentito contempló con pena el modesto alojamiento de su amigo. Aunque la pintura estaba remozada, y el bejuco de las sillas de Viena, ennegrecido por los años, estaba cubierto por blancos tapetes de bordado cañamazo, y las litografías eran nuevas y frescas (las de «La Ilustración» habían sido sustituídas por otras de la «*Ladies Home Journal*»), a él le pareció aquello modesto y pobre. Realmente, Cayo *Jalú* no había tenido gran suerte en la vida. Sin embargo, sintióse instintivamente inclinado a modificar su sentimiento compasivo cuando salió Moning, aun fresca y de buen ver, con sus ojitos reidores y simpáticos y su aire inconfundible de «ángel de hogar».

Repitió la invitación ante ella, incluyéndola:

— Usted también, señora. Vamos a pasar unas horas juntos, a recordar antiguos tiempos.

Ella, encantada de ver a su marido obsequia-

do por primera vez y por amigo de tanto rumbo, se disculpó sonriente. No, ella no: tardaría en vestirse. Pero Cayo podía ir. Iría. Y le ayudó a cambiar de calzado y a ponerse el traje de los domingos, mal cortado y pasado de moda, pero limpio y bien planchado.

Fueron primeramente al Círculo Filipino. En el salón había dos mesas de billar, y otra grande, redonda, llena de periódicos y *magazines*, rodeada de sillones de bejuco. En una esquina estaba el *bar*, modesto y no muy bien surtido, y en otra dos jóvenes, ensimismados en profundos cálculos, jugaban al ajedrez, en el centro de un grupo de interesados espectadores. Se trataba de un campeonato.

Vicentito saludó a varios amigos de los que estaban leyendo o de charleta y hojeó algunos periódicos, limitándose a leer los títulos de los telegramas. Luego cogió un taco:

— ¿Vamos a hacer unas carambolas?

Imposible. Cayo no sabía.

Entraron en un cuarto donde había otra mesa a la que estaban sentados cuatro individuos jugando al *poker*. Vicentito propuso que tomaran parte, ya que había dos puestos vacíos, pero tampoco Cayo entendía de aquello.

— ¿A qué juegas tú, pues?

— Solamente al dominó... y al «monte» — contestó Cayo riéndose.

— ¡Hombre! ¡Otra idea! Después de cenar vamos a ir a casa de la viuda de Ganes. Una sociedad de chinos pone allí banca todas las noches. La viuda y sus hijas ¡pobres! viven de eso. Realmente es una obra de caridad ir allí a jugar...

Bajaron del Círculo e hiciéronse conducir al *San Pedro Grill*, un restaurant de lujo que aca-

baba de establecerse en lo más céntrico de la calle Real (la gente seguía llamándola así, no obstante haberla rebautizado el Municipio con el nombre de uno de nuestros más distinguidos laborantes de la época pre-revolucionaria), respondiendo al deseo, a la comezón de gastar sin tasa que atacó a cierto número de plantadores de azúcar en aquellos meses en que el precio del dulce alcanzó un nivel nunca soñado. Vicentito compuso el «menú»: *cocktail* con caviar en tostadas, puré de espárragos, pescado al gratin, pavo relleno, ensalada rusa, mangas tempranas heladas y sorbete de fresas. De vinos, López de Heredia blanco, Champagne Pommery, y Benedictino con el café. ¡Un banquetazo!

Mientras comían, Vicentito contó anécdotas de su vida, fecunda en incidentes. Era conocido en todos los «cabarets» manileños, tanto que en la última campaña electoral para su re-elección su contrincante le llamaba el «diputado cabaretista», acusándole de pasar más tiempo conquistando bailarinas que no trabajando por los intereses del pueblo en los comités a que pertenecía. Pero él, Vicentito, tenía en un puño a los mandones de su distrito, quienes le debían mucho dinero y muchos favores. Año tras año le nominaban candidato oficial del partido, y los electores, por disciplina, le votaban siempre. Llevaba ya tres legislaturas consecutivas.

Le gustaba aquella vida alegre y variada, tan pronto en Talabán, la cabecera de su provincia, como en San Pedro y como en Manila. En esta última capital era, sin embargo, donde se hallaba más a gusto. Había buenos casinos y clubs, compañías de teatro casi siempre, gente alegre y despreocupada, francachelas, «juergas», y ¡un mujerío!... Recordaba a una bailarina del «San

Juan» por quien hubo de encapricharse. Tenía dos cancerberos: la mamá y un hermano muy celoso empeñado en que la chica había de sostenerse en la clase de «las honradas» que explotan a sus admiradores sin dar nada por su parte, y no la permitía aceptar invitaciones de éstos si no iban incluídos la mamá y él. Una noche Vicentito convidó a toda la familia. Montaron los cuatro en un auto, fueron a una «Pansitería» de la plaza de Santa Cruz donde cenaron fuerte, luego a un *bar* donde les atiborró a los tres de champán, y por último a un hotel de citas donde continuaron bebiendo. Cuando él creyó llegado el momento propicio porque los guardianes parecían hallarse plenamente en el sopor de la digestión del «pansit» y de los licores que habían ingerido, consiguió llevar a la muchacha a un reservado con promesa de enseñarle una alhaja, cuyo estuche mostraba, y regalársela, pero cuando estaba en el instante álgido de su conquista, el hermano se despertó, les buscó, y al hallarles se abalanzó sobre él blandiendo un cortaplumas abierto. Gracias a que no se le había pasado la «pea» y el golpe no tuvo otras consecuencias que varios rasguños en las manos de la presunta víctima. Tapó aquel asunto a fuerza de dinero.

Otra vez se lió con una corista de una compañía de *vaudeville* que vino de España, una niña muy corrida pero bastante graciosa, que traía planes de hacer fortuna aquí en poco tiempo, a cuyo efecto se hacía regalar brillantes, de los que se decía aficionadísima. Él la regaló dos o tres, pero al ver que ella parecía insaciable en el pedir y no queriendo disgustarla ni tampoco hacer «el primo», buscó y adquirió una partida de piedras falsas pero perfectamente imitadas y se las fué regalando cuando le apremiaba. A los seis o

siete meses se cansó de ella y rompió las relaciones. La corista, que estaba a punto de embarcarse de vuelta para su país, fué a una joyería a fin de hacer dinero con las alhajas, y cuando la dijeron que la mayoría de ellas eran de similor, volvió al hotel, se encerró en su cuarto e intentó envenenarse con cabezas de fósforos disueltas en agua. Todo ello no pasó de un cólico. Tan pronto él supo del incidente, que le hizo mucha gracia, fué a visitarla y la regaló mil pesos, para viático de viaje.

Una noche, en un famoso club manileño, pusiéronse a jugar al *poker*, siendo la mayoría de los jugadores gente metida en política y que usufructuaba altos cargos oficiales. Vino uno de los «peces gordos» de la situación, respetado y temido porque le creían una especie de lugarteniente de cierto personaje político de gran influencia, y tomó parte en el juego. Todos los demás, por deferencia al recién venido y por lisonjearle, se dejaban ganar, hasta que él, Vicentito, en un momento de ira y mal humor tiró sus cartas y se levantó diciendo: «Señores, mi dignidad no me permite seguir. Creo que aquí hemos venido a jugar, no a adular o halagar a nadie.» Se armó una trapatiesta de mil diablos. Un senador quiso desafiarle; otro diputado le invitó a bajar a la calle para pegarse con él; el «pez gordo» se retiró avergonzado; el presidente, la directiva, el conserje, quisieron arreglar la cuestión amistosamente, con explicaciones, con disculpas mutuas, pero él se negó y bajó chillando y diciendo que aquello era una «timba legislativa» y que no volvería a poner los pies allí.

Por este estilo Vicentito fué ensartando otra porción de episodios pintorescos en todos los cuales intervenían como factores importantísimos el

vino, el juego o las mujeres. Hasta llegó a contarle a Cayo, mirando bien antes alrededor para convencerse de que ningún camarero podía oirle, que había fumado opio una vez, por probarlo y porque le dijeron que era el gran afrodisíaco.

Cayo estaba admirado de que un hombre hubiera tenido la suerte de poder vivir así, y encantado de que tales aventuras pudiera haberlas corrido aquí mismo, en su país, sin necesidad de expatriarse ni de abandonar el hogar sino por breves horas.

— Aquí mismo, en San Pedro — continuó Vicentito como si le adivinara el pensamiento. — se pueden correr buenas *juergas* porque hay gente muy alegre y chicas muy dispuestas. He conocido hace poco una tal Cándida, ¡espléndida muchacha!, que baila en «La Mujer Moderna». No la hay mejor en Manila. Y además, muy ilustrada. La llevé una noche de paseo en auto por el camino de Jumayan, y... ¡muy dispuesta! ¡muy dispuesta a divertirse!

Habían terminado de cenar. El anfitrión pidió la cuenta, dió dos billetes de a veinte pesos, y cuando le trajeron el cambio, algunas monedas de plata, las dejó de propina. Se levantaron, teniendo que hacer Cayo esfuerzos para no tambalearse, y salieron. El auto les llevó en un vuelo a la casa de la viuda Ganes, que se destacaba de todas las vecinas por ser mucho más alta y estar retirada a bastante distancia de la línea de la calle. Cuando, después de llamar, les hubieron reconocido, una mano invisible abrió el portillo. Subieron. Vicentito presentó a Cayo. La viuda, una jamona todavía apetecible, pero insoportablemente melosa en el hablar, les acogió muy bien.

— Pasen ustedes «no más primero». Juegue

usted «también no más», Don Vicente. Usted tiene siempre buena suerte, como se merece. ¿Quién «acaso» este su amigo? ¿Don Cayo Malínao?... Malínao... Malínao... No conozco el nombre, pero muy bonito «también», muy bello nombre... Como canta «aquel» tiple en «Rigoletto»: «*caro nome*»... jé, jé, jé.

Vivía de su participación en «las puertas» de la timba que funcionaba en una habitación recóndita de la casa. Su marido, un abogado que obtuvo el título fraudulentamente, consiguiendo por medio de sobornos copias de los cuestionarios antes del examen, y que se había pasado la vida cometiendo «estafas legales» y defendiendo asuntos sucios, murió dejándola por toda herencia la casa en que vivía, dos hijastras solteronas y cuatro hijas solteritas, todas poco trabajadoras pero muy aficionadas al lujo y al derroche. Los tahures de San Pedro, en parte por compasión a la viuda, en parte porque ella no escatimaba en las cenas bebidas y tabacos que se ofrecían gratis a los concurrentes y en parte porque de vez en cuando se podía *flirtear* con las muchachas, que no eran malejillas de tipo, acudían allí con más frecuencia que a otras casas. Además, la viuda y el banquero empleaban buenos «ganchos», individuos que tenían muchos conocidos y amigos, y por último, decíase que la casa estaba bien guardada por varios centinelas y un buen sistema de timbres eléctricos, y que la viuda se entendía con algunos subalternos de las oficinas policíacas para que la dieran informes oportunos cuando los «detectives» planeaban sus registros.

Entraron en el «cuarto del crimen», y Cayo recordó inmediatamente la escena que viera una mañana, cuando era estudiante, viajando con su padre de Manila a San Pedro. La misma mesa

cubierta de tapete de verde paño; el mismo ambiente espeso oliendo a cerveza, a whisky y a humo de tabaco; las mismas caras revelando satisfacción o despecho, inclinadas como por atracción de imán poderoso hacia el grupo de las cuatro cartas flanqueadas por pilas de pesos y montoncitos de billetes de banco.

—¡Re... contra! — dijo un viejo apuntando un signo en una tira de papel donde llevaba la lista del resultado de las jugadas. — Hace veinte minutos que no se dan más que menores.

Había salido un as y habían perdido los puntos.

—Vamos a hacer una baca de cien pesos; cincuenta míos y cincuenta tuyos, — propuso Vicentito.

—No llevo tanto encima, — confesó Cayo.

—Bobo: yo te presto. Ya me los pagarás si perdemos. Toma: juega tú, a ver si tienes la suerte del principiante.

La tuvo. Sus primeras puestas fueron tímidas, porque algo en el fondo de su conciencia le decía que obraba mal, pero no tardó en acallar aquella voz diciéndose que jugar no debía ser tan pecaminoso cuando su padre lo había hecho en vida. Es tan fuerte el sentimiento de tradición que nos liga espiritualmente a nuestros progenitores, que nos impele a imitar lo que ellos hicieron aún cuando dudemos de la bondad del acto. Diciéndonos «mi viejo también lo hacía» nos creemos justificados plenamente, y hasta nos parece que al realizar el acto dudoso obramos bien puesto que rendimos, en cierto modo, un tributo a la memoria de los que nos dieron vida. Cayo fué atreviéndose a arriesgar mayores sumas, a intentar combinaciones con las cartas, a acumular puestas gananciosas. Experimentó la

sensación peculiar e indefinible que causa la sucesión rápida y alternada de emociones de temor y de alegría; sintió el dulce y fugaz sobrecogimiento que siempre precede al miedo cuando se va a arrostrar algún peligro; gustó el exquisito e inefable placer de tentar a la fortuna, de desafiar lo desconocido, de sorprender el secreto del hado, goces malsanos que el hombre moderno de posición modesta y vida prosaica no puede hallar hoy sino en los juegos de azar. Parafraseando la expresión de Balzac sobre la lotería, diríamos que estas «timbas», tan numerosas en nuestro país, vienen a ser «el opio de los sedentarios y de los mediocres».

Vicentito, a quien no agradaba permanecer largo tiempo en un lugar, fué quien hubo de sacarle de allí. Ganaban seiscientos pesos que se repartieron como buenos hermanos. Al ir a bajar, la viuda les acompañó a la escalera y ofreció la casa a Cayo, invitándole a volver con muchos extremos de amabilidad.

De nuevo metiéronse en el auto. Con gran sorpresa de Cayo, Vicentito dió al chofer la dirección de uno de los arrabales.

—¿No nos íbamos a dormir?

—Es temprano. De todos modos tu mujer está durmiendo a estas horas. Si tienes que despertarla para entrar en casa, lo mismo te da hacerlo a las doce que a las dos.

Llegaron a un edificio de un solo piso, de tabla el suelo y los costados y de «nipa» el techo, todo él un salón bastante grande que a aquella hora estaba profusamente iluminado con bombillas eléctricas y faroles de gasolina y cuyas ventanas estaban abiertas de par en par. A Cayo, que no lo había visto mejor, le pareció bastante decente aquel bodegón sin quízame o cielo raso,

teniendo por todo adorno guirnaldas de hojas oscuras, cadenetas de papeles multicolores cubiertas de polvo y entretejidas con telarañas, y algunas banderas americanas, filipinas, chinas y japonesas. En realidad todo ello era bastante pobre y feo, como de «cabaret» provinciano para estudiantes, domésticos, empleadillos, marineros y demás gente de poco fuste. Se llamaba «La Mujer Moderna» porque fué establecido pocos días después del estreno en San Pedro, con gran éxito, de la opereta del mismo nombre. Había decaído mucho en los últimos años pero hacía poco comenzó a revivir por causa de una nueva «atracción»: la de contar entre sus «bailarinas fijas» a Cándida, una muchacha alta, hermosa, que vestía muy bien y hablaba inglés con mucho desparpajo.

La orquesta formábanla cuatro bandurrias, un violón, un bombardino, un cornetín y un flautín, rodeando a un individuo que tocaba él sólo a un tiempo, por medio de ingeniosos mecanismos, una combinación de instrumentos: con la mano derecha tocaba el bombo; con la izquierda oprimía un resorte que hacía redoblar unos palillos sobre un parche o tiraba de un hilo para hacer sonar una desafinada carraca; con el pie derecho hacía funcionar una palanca para tocar los platillos; con el izquierdo otra que hacía sonar un triángulo, y en la boca llevaba un silbato para dar a destiempo pitadas feroces y penetrantes. Mientras tocaba la orquesta, su cuerpo movíase constantemente de arriba abajo, como si estuviese poseído, con movimiento semejante al del pistón del cilindro de una máquina de vapor. Era el alma de la orquesta, la viva encarnación de la música africana, primaria y bárbara, del *jazz* brusco y violento, tan de moda en estos úl-

timos años, reflejando quizás el espíritu de los tiempos.

El recinto estaba lleno de parejas que bailaban unidas en descocado abrazo, pegados muslos con muslos y mejillas con mejillas. En filas de asientos arrimados a las paredes había sentadas varias bailarinas, muy emperifolladas, llevando el compás de la música con las cabezas o con las puntas de los bien calzados pies, contoneando el cuerpo y mirando provocativamente a los hombres dedicados al descanso como diciéndoles: «¿qué haceis que no nos sacais?» Con un poco de buena voluntad y el alcohol que llevaba en el cuerpo, Cayo podía figurarse que se hallaba en el patio moruno de su ensueño; que aquellas muchachas eran sus odaliscas, bailando para él con voltear de velos y contorcer de vientres, y que en breve la favorita (que podía ser muy bien la rozagante Cándida) caería en sus brazos, ardiente y sudorosa...

Bailaron ambos con ella. Vicentito, con mucha soltura, todos los diversos *trots* de moda, y Cayo, torpemente, el *one-step*: lo único que sabía. Uno y otro exhalaban esa irradiación indefinible de personas que llevan dinero y están dispuestas a gastarlo, y que tan bien conocen, por instinto, los hosteleros y taberneros, los cocheros de alquiler y las mujeres alegres. En los intermedios del baile iban a un cuartucho, a espaldas del salón, donde había una cantina, y tomaban, con sus parejas, copitas de licor de menta. Fueron los héroes de la fiesta, los parroquianos que más brillaron aquella noche, Vicentito con luz propia, Cayo con el reflejo de la de su amigo. Como se cuenta de ciertos reyes orientales, no tenían más que arrojar sus pañuelos a

cualquiera de aquellas desgraciadas para que se apresuraran a seguirles.

Por ser la hora prescrita por los reglamentos municipales, a la una de la madrugada cesó el baile. Cayo nunca supo cómo ocurrió la cosa, pero ello fué que al salir del «cabaret» y meterse en el auto, se encontró ya dentro con Vicentito, con Cándida y con otra bailarina que también le habían presentado, una tal Aurea, morenita, con unos ojazos como platos, de un tímido mirar muy gracioso.

Vicentito se dedicó a esta última, creyéndose, a fuer de buen anfitrión, en el deber de ceder la mejor tajada al convidado. Cayo, mareado por los vapores del alcohol que había ingerido en cantidad desacostumbrada y por el perfume penetrante de Cándida que olía a camia y a sampaguita y... a hembra, se abrazó a ella y no se soltó hasta que llegaron a un llamado «hotel» de las afueras, que era en realidad una casa de citas. A la puerta de la habitación que les destinaron, ella le miró un momento de pies a cabeza, pues se preciaba de no ser mujer que se entregara por dinero exclusivamente; hizo un gesto que parecía decir: «¡pché!, ni muy bien ni muy mal», y con aire de reina que abdica temporalmente nada más, se dejó llevar hacia dentro. Sin embargo, después, cuando en un rasgo de generosidad él metió en el bolso de ella un billete de cincuenta pesos «para que se comprara un *souvenir*», ella, que no esperaba tanto, se humanizó y le dió un beso cuya afectuosidad no era fingida.

Cuando hubieron devuelto a sus amigas de un minuto a sus respectivos domicilios, Vicentito dejó a Cayo frente al suyo. Al despedirse, éste quiso decir cuánto agradecía un convite que le había hecho vivir en ocho horas más que ordinariamen-

te vivía en ocho años, pero no halló modo de hacer pronunciar a su lengua, algo estropajosa, otras frases que las vulgares de:

—Gracias, chico, muchas gracias por tantos favores.

Se metió en la cama procurando que su mujer no le sintiese, sin conseguirlo.

—¿Qué hora es? — preguntó Moning despertándose con el ruído.

—Muy tarde: las doce — mintió él. — Vamos a dormir enseguida.

E inmediatamente durmió, con un sueño pesado y profundo. las pocas horas que faltaban hasta que fué de día.

V

Se levantó tarde, se dió a toda prisa su baño a *tabo*, y se fué corriendo a su oficina sin haberse desayunado.

Sentía un dejo amargo en la boca y cierto remordimiento de conciencia por el final de la *juerga* de la noche anterior. No lamentaba haber jugado ni haber bebido, pero le dolía haberse dejado arrastrar hasta el punto de haber gustado el amor ilícito en brazos de una cortesana. ¡Qué disgustazo si Moning llegaba a enterarse por casualidad! ¡Qué de burlas y de «tomaduras de pelo» si lo supieran los compañeros! Y después de todo ¿para qué? «Aquello» no valía tanto como se había figurado. Por lo visto, no le daba el naipe por ahí, apesar de aquellos sus sueños sobre vampiresas y odaliscas. El placer carnal le había dejado mal sabor de boca... En cambio, recordaba con cierta delectación el rato pasado junto a la mesa de juego, la divina emoción sentida cuando el banquero volvía su carta y pagaba su puesta. Sacó su cartera; contó lo que le quedaba de sus ganancias, doscientos y pico de pesos, y puso los billetes en un sobre en cuya cubierta escribió «*my*

personal property» y su nombre, y que metió en la caja. No debía llevarlo encima porque si la mujer lo pescaba tendría que dar explicaciones embarazosas.

Cuando volvió a casa a mediodía para almorzar, contó a Moning que la noche anterior Vicentito y él se habían dado un largo paseo en auto, luego habían cenado juntos en el *Grill*, y por último habían pasado más de tres horas juntos en el Círculo jugando al dominó y recordando sus travesuras de estudiantes.

—Por cierto, me han dicho que debo hacerme socio del Círculo Filipino. Vicentito dice que tenemos los casinos y clubs más pobres y menos concurridos, en comparación con los de los europeos y americanos, no obstante estar nosotros en nuestro propio país; y es por lo demasiado caseros que somos.

—Verdad «también» — asintió la esposa. — Mejor «pues» que tuvieras donde distraerte y pasar buen rato por las tardes. Hace algunos años ya que estás siempre preocupado y cavilando que cavilando.

Se hizo socio a los pocos días. Acudió varias tardes con la esperanza de encontrar a su amigo y con la idea de pagarle de algún modo el obsequio que de él recibiera, pero no logró su deseo porque Vicentito, siempre inquieto, había levantado el vuelo e ídose a su pueblo el día siguiente al de la francachela. Cayo siguió yendo, sin embargo, pero debía limitarse a leer periódicos porque ni conocía los juegos que se jugaban ni tenía apenas amigos entre los concurrentes habituales, que eran muy contados. Empezó a sentirse allí aburrido y solo.

Una tarde que llegó temprano al Círculo, se encontró con el viejo que llevaba el «*talo*», la lis-

ta de las jugadas, la noche que estuvo en casa de la viuda:

—Hombre (le dijo éste:) la viuda ha preguntado por Vd. Extrañándose de que no haya vuelto. Dice que supone no tendrá Vd. queja de cómo le trataron allí aquella noche. La verdad es que nos peló Vd. un poco.

—No, queja, ninguna. Al contrario, muy contento de todos y de todo.

— Pues yo ahora voy para allá. Se me figura que esta noche habrá partida interesante. ¿Quiere usted venir también?

Fueron. A las seis de la tarde se abrió la timba, a la que acudieron, en efecto, varios «puntos» de los más famosos en San Pedro y en Aetas Occidental, cuya presencia auguraba que la partida seria emocionante. Cayo jugó, perdió los pocos billetes que llevaba y tuvo que pedir un préstamo a la casa. A la viuda de Ganes, por regla general, no la gustaba prestar dinero a los tahures, pues sabía por dolorosa experiencia que muchas deudas de juego son incobrables, pero durante aquella temporada en que hasta el más modesto menestral parecía estar pletórico de dinero, admitió algunas excepciones, y dió lo pedido por Cayo sin gran inconveniente. Volvió éste a ganar y se retiró a las ocho con algunos cientos de pesos de más en la cartera.

En las semanas sucesivas continuó yendo con mayor frecuencia y siguió jugando con suerte varia. Al cabo de aquel mes, habiendo perdido todas sus ganancias, estuvo muchos días sin ir, pero luego volvió otra noche, pidió prestado, se lo dieron, pero ya con advertencias y dificultades, perdió otra vez, y salió debiendo quinientos pesos.

Para poder pagarlos, tomó dinero de su caja al día siguiente. Por apocamiento, por vergüenza

de tener que dar explicaciones y pretextos mentirosos, no lo pidió al jefe ni hizo asiento alguno en los libros. ¡Qué diablo! Él tenía fondos depositados en la casa, sus ahorros, y aquel dinero era suyo al fin y al cabo. Además, lo repondría al día siguiente, en que ganaría sin falta. Después de algunos titubeos y con mano que estaba sudorosa y fría no obstante las razones que se daba a sí mismo para serenarse, retiró un fajo de mil pesos en billetes de la caja, de *su caja*, que hasta entonces le había sido tan sagrada: la mitad para pagar su deuda y la otra mitad para tener con qué seguir jugando.

Tuvo una racha de suerte loca. Una noche, jugando contra el viejo que se emperraba en apostar a «mayores», se llevó cerca de tres mil pesos. Con aquel dinero emprendió algunas obras para mejorar y hermosear su casa, poniéndola techo nuevo, de hierro galvanizado, ensanchando la galería e instalando un pequeño cuarto de baño a estilo moderno; se hizo ropa, procurando imitar la que vió llevando a Vicentito; se compró una vajilla, y adquirió muebles nuevos, entre ellos un armario-espejo de teca, hecho en Hong Kong, que constituyó la felicidad de Moning durante unos meses. A ésta la explicaba el origen de su repentino aumento de riqueza diciéndola que en el balance de fin de junio Mr. Sanders le había asignado una gratificación crecida porque la casa había hecho negocios estupendos durante el semestre anterior. Interiormente felicitábase de haber tenido bastante arrojo para sacar de la caja el dinero cuando lo necesitó. Total, no ocurrió nada. Lo había devuelto cuando ganó y ahora estaba disfrutando del aumento de bienestar que con ello había logrado. Si era un hombre de suerte ¿por qué no aprovecharla? Lo que sentía

ahora era haber dejado pasar tantos años sin haberla probado. ¡Quién sabe! Puede que a estas fechas fuera ya un ricachón...

Entretanto, habíase habituado de tal modo a su nuevo vicio que no podía dejar de acudir a casa de la viuda un solo día. Algunos de ellos, pretextando convites de amigos y compromisos de club para tranquilizar a la mujer, quedábase a cenar y permanecía allí jugando hasta media noche. Las cenas que servía la viuda eran verdaderos banquetes donde estaban representados los mejores platos de la cocina nacional y extranjera, y había «puntos» de la clase de tronados y sablistas que iban exclusivamente para llenarse el estómago. Se les toleraba a regañadientes para que no anduvieran con denuncias o actuaran de espías por venganza si se les echaba.

De pronto cesó la buena suerte y Cayo comenzó a perder, sin intermitencias, sin interrupciones. Fué una de esas malas rachas en que no parece sino que las cartas, dotadas de voluntad propia, se encarnizan contra ciertos jugadores saliéndoles siempre contrarias, derrotando su estrategia y desbaratando todas sus combinaciones. Diríase en tales casos, al ver su persistencia en «negarse», que aquellos trozos de pintarrajeada cartulina están animados por algún rencoroso diablo, algún malévolo «espíritu burlón», algún *elementario* maligno, que escogió la baraja como medio de mostrar su tenaz hostilidad hacia las víctimas.

Sucede casi siempre que éstas no se dan por vencidas con facilidad. A cada momento creen que cesará la mala suerte y que podrán recuperar sus pérdidas. Si se les ocurre descansar en la lucha y dejan de jugar una vez, sale ganando la carta a que hubieran apostado. Y

entonces se animan; les entra la «falsa corazonada»; se dicen «por fin llegó la mía», y no paran hasta arruinarse.

Cayo quedó limpio de sus primeras ganancias y limpio de la totalidad de sus ahorros, que había ido retirando él mismo secretamente de la caja. Un sentimiento de rabia, de esa rabia bruta y ciega que en ocasiones ataca a los seres tímidos y ordinariamente pacíficos cuando se creen objeto de una tremenda injusticia, se apoderó de él. ¡Que saliera el sol por Antequera! ¡Que se hundiera todo! Pero él tenía que volver, tenía que sostenerse, por encima de todo, hasta que la suerte cambiara, hasta que pudiera recobrar aunque no fuese sino sus perdidos ahorros, sudor de veinte años, y lo que le faltaba por pagar al contratista de obras y al almacén de muebles.

Y sin vacilaciones de ningún género, tomó nuevamente más dinero de la caja, aun sabiendo que de lo suyo nada quedaba ya. Recordó que en dos ocasiones había ganado cuando jugó con dinero prestado, y un sentimiento supersticioso le hizo creer que le daría ahora igual resultado volviendo a jugar con fondos de la casa. Además, las sustracciones anteriores, aun cuando justificadas ante su conciencia, le habían habituado a llevarse subrepticiamente las tardes siguientes a sus noches de pérdida fajos de billetes que a veces no tenía ni tiempo de contar. Y siguió jugando y siguieron las cartas ensañándose contra él con pertinacia inaudita. Sacó dinero fresco otra y otra vez, queriendo forzar la suerte, diciéndose cada día que aquello no podía durar, que la «mala pata» debía tener fin, necesariamente... Pero el hado adverso no se aplacaba,

y Cayo íbase hundiendo, cada vez más hondo, en el negro agujero de la malversación.

Una mañana, veinte días después de su primer robo, se levantó con fiebre bastante alta, pero no dejó de ir a la oficina, desoyendo las enérgicas protestas de su esposa, pues le aterrorizaba la idea de que Mr. Sanders se encargara temporalmente de la caja y pudiera notar el desfalco, que ya ascendía a la respetable suma de cinco mil pesos.

Entre tanto, veíase obligado a valerse de equilibrios y tapujos para llevar su contabilidad de modo que el jefe no se percatara de lo que ocurría, haciendo aparecer como pendientes de pago cuentas cuyo importe ya le habían abonado los deudores; anotando falsas entregas de dinero a varios agricultores y especuladores de azúcar que tenían crédito abierto en la casa; falsificando sus «vales» o recibos para no carecer de comprobantes, y enredándose más y más en una inextricable maraña de mentiras y de fraudes.

Empezó a hacerse supersticioso y a contagiarse de las abusiones y creencias tontas de sus compañeros de partida. Imitó lo que hacían muchos de ellos, dedicándose a llevar su lista de los resultados de las jugadas, su *talo*, en tiras de papel y con lápices que la casa proporcionaba para este objeto, ocultándola cuidadosamente a los ojos del banquero para que éste no pudiera estudiarla, con lo cual la suerte se «torcería». Se incomodaba si alguien tenía la ocurrencia de posar la mano en el respaldo de su silla, por ser ello considerado de mal agüero. Se impuso el deber de coleccionar cuantas herraduras hallaba en la calle, siempre que no se las encontrara con las dos puntas de frente, en cuyo caso las apartaba a puntapiés. Y por último, llegó a obligar

a Moning que hiciera destruir una planta de enredadera de «piñón» que ella había sembrado cerca de la escalera, porque le dijeron que traía «mala sombra».

Pero ni por esas. Las malditas barajas manteníanse inflexibles. Había momentos en que Cayo sentía una ira salvaje, una furia irracional contra ellas sintiendo tentaciones de coger los paquetes de naipes y destrozarlos y pisotearlos, prorrumpiendo en blasfemias y maldiciones, allí mismo, delante de todo el mundo, para satisfacer de algún modo sus anhelos de venganza. Lo único que le contenía era el pensamiento de que sus compañeros se reirían de él si tal hiciera, o quizás adivinaran, al verle entregarse a tales extremos de apasionamiento, que ya no se trataba únicamente de recobrar pérdidas, sino de salvar su fama de hombre honrado comprometida y su libertad en peligro.

Moning en tanto comenzaba a intraquilizarse al notar que su marido comía menos cada día, no obstante esforzarse ella en servirle con frecuencia variados y apetitosos condumios. Así como antes, cuando vivían con mayor penuria, las pocas veces que ella podía guisarle un *pansit* con todos sus adherentes él solía llenarse hasta el gollete, hoy en cambio no bastaban a tentarle el apetito ni el más tierno lechón de piel dorada y frágil ni el mejor sazonado y oloroso *paccio*.

— Desde que has comido en el *Grill* con tu amigo Martínez ya no te gusta la comida de tu casa — decíale medio en broma medio en serio.

— No, mujer, — protestaba él — es que tengo el estómago algo sucio, quizás de tanto fumar.

— Lo que debías hacer era ver «con» el mé-

dico y después marcharnos para una «vacación» de dos o tres semanas en Aetas. *Jala* (hala): vamos a pasar allá la Semána Santa...

Pero él echaba a broma el asunto asegurando que nunca se había sentido mejor y que recobraría el apetito muy pronto, en cuanto dejara de fumar tantos habanos.

VI

Cierta noche, al fin, la suerte volvió a inclinarse a favor de Cayo.

Las cartas comenzaron a dar alguna tregua a su ensañamiento, empezando a salir algunas favorables. Ganó seguidas varias puestas cuyas ganancias, siguiendo el desesperado sistema de «todo o nada» que últimamente había adoptado, las había acumulado y vuelto a apostar.

¡Gracias a Dios! Aquel Dios de quien llegó a blasfemar en numerosas ocasiones y en lo íntimo de su pensamiento cuando la suerte encarnizábase contra él, diríase que se había compadecido de su miseria. No: si él comprendía que estaba mal hecho eso de venir al juego todas las noches, pero ¡que le hiciera ganar lo perdido! ¡que le permitiera sacar lo suficiente para cubrir su robo en la oficina, y él no volvería nunca, no pondría más los pies en aquella casa!... Y del fondo de su alma surgió una plegaria ardiente al Supremo Hacedor, pidiéndole que le inspirara en sus apuestas. «¡No es por el mero deseo de ganar, Dios mío! ¡Es para salvar mi honor, mi buen nombre, mi felicidad y la de mi pobre esposa!»

La intensidad de su deseo pareció darle una especie de clarividencia, y su mano febril, recogiendo lo que el banquero le pagaba, iba aumentando el montón de billetes y monedas que frente a sí tenía. Empezaron a seguirle en sus apuestas los otros jugadores barruntando que le había llegado la hora «de buenas» y queriendo aprovecharse del cambio de suerte, y el banquero comenzó a mirarle con cierto temor y desconfianza: estos puntos que perdían sin parar semanas y semanas eran los que, a lo mejor, cuando les soplaba la buena racha, hacían saltar la banca. Había que tener cuidado con el mozo.

— Hala, Malínao: — le animó uno que llevaba también varios días perdiendo. — Hay que aprovechar la buena hora. Hay que... .

Cortó en seco su frase un tumulto que se escuchó en la habitación inmediata, ruído de pasos rápidos, voces de mujeres suplicando, y luego un grito estentóreo: — ¡Alto todo el mundo!

En el breve espacio de un segundo y en tan rapidísima sucesión que dijérase fueron simultáneos, ocurrieron varios incidentes. Primero, invadió la habitación un grupo de ocho o diez individuos vestidos de *khaki* oscuro empuñando un revólver cada uno y tres o cuatro mujeres que, haciendo como que lloraban y suplicaban, procuraban en realidad impedirles el paso. Segundo: alguien gritó: «¡la Policía!» y torció la llave de la luz eléctrica dejando el cuarto completamente a oscuras. Tercero, otro alguien tiró del mantel de la mesa y lo arrojó por una ventana, no sin que cayeran al suelo muchas monedas, lápices, ceniceros, etc. Cuarto, cuantos se hallaban jugando emprendieron una carrera loca, en busca de una puertecita de escape que había a espaldas del asiento del banquero y que condu-

cía al comedor de la casa, tumbando sillas y veladores sobre los que había vasos y botellas que al romperse produjeron horrísono estrépido.

Los invasores eran un pelotón de soldados del cuerpo de la Constabularia o Policía Insular, al mando del teniente Olmo, joven cebuano recién salido de la academia, entusiasta de su carrera y lleno de esa fogosidad característica de los pocos años. Cuando fué destinado a San Pedro oyó hablar de la famosa «timba» de la Ganes que le aseguraron era absolutamente inexpugnable. Excitóse su amor propio y se propuso sorprenderla, pensando que semejante captura sería una nota muy halagüeña y favorable en su nota de servicios. Su primer esfuerzo tuvo resultado negativo. Probó una noche subir llamando a la única puerta de la casa, que era la del frente. Abrieron la mirilla; le preguntaron quién era y qué quería, y al oirle hablar demandando entrada en nombre de la ley, le contestaron que en seguida, en cuanto descorrieran los cerrojos. El portero, un antiguo Policía expulsado del cuerpo, que ganaba un sueldo espléndido, se limitó a cumplir extrictamente con sus instrucciones: tan pronto vió el uniforme, oprimió el botón de un timbre eléctrico que junto a él se hallaba, y abrió la puerta procurando hacerlo con la mayor lentitud posible. Al cabo de un par de minutos durante los que el teniente pudo escuchar el ruido de hierros entrechocando, le franquearon la entrada, pero al subir, lejos de hallar lo que venía buscando, se encontró con unos cuantos caballeros en la sala sentados en cómodas butacas, discutiendo sobre el tiempo y las cosechas, mientras que una esbelta muchacha dejaba correr sus dedos sobre el teclado de un piano tocando lánguidamente un vals de Chopin.

Bien es verdad que todos, incluso la pianista, tenían una expresión singular en sus miradas y que notábase en el aire un rastro sospechoso de olor a cartón quemado, pero, al recorrer toda la casa, ningún otro dato o prueba pudo hallar el oficial, quien debió bajar con las orejas gachas (después de negarse a aceptar el vaso de cerveza que le ofrecieron) sintiéndose en ridículo, especialmente cuando creyó oir, mientras descendía, una risa ahogada de mujer. Aquella noche Olmo juróse a sí mismo que cogería aquella chirlata o perecería en la demanda.

Varias semanas después ocurrió que la Viuda de Ganes hubo de presentar a la Policía Municipal una queja contra una criada por haberse escapado de su casa sin pagar cierta deuda que tenía contraída. Como la mujer no fué hallada en San Pedro, sospechándose que había vuelto a Balsa, su pueblo natal, donde tenía parientes, los del Municipio endosaron el asunto a la Policía Insular. Tan pronto tuvo de ello noticia, Olmo concibió un proyecto. Buscó activamente a la prófuga; dió con ella en Balsa al cabo de tres días; la trajo a San Pedro y la sometió a una minuciosa investigación, hallando que era una de tantas víctimas de esa deplorable costumbre antigua, de que aun quedan restos en muchas de nuestras provincias, de tener «criados con deuda» en cantidad enorme relativamente al salario que perciben.

Ocurre en numerosos casos que cuando una familia de las muchísimas que carecen de reservas en sus recursos y viven al día se encuentra de pronto imprescindible y urgentemente necesitada de dinero, el padre o la madre se acercan a algun conocido de la clase adinerada y le piden un préstamo, hipotecando en garantía de pago

los futuros servicios del prestatario, quien conviene en aceptar un sueldo mínimo, generalmente inferior al corriente en plaza. Unas veces porque el sirviente es gastador y toma del amo con frecuencia préstamos adicionales, y otras veces porque éste es de los avaros y extrictos que aprietan las clavijas hasta más no poder, es el caso que en muchas ocasiones tales deudas se eternizan, dando al contrato original un carácter desagradable para ambas partes, pues el criado olvida pronto el adelanto que recibió y trabaja de mala gana, mientras que el amo está siempre inquieto ante la probabilidad de una fuga que le prive del servidor y del dinero. Cuando la obligación de pagar se trasmite, por herencia o por convenio, de padres a hijos, los resultados suelen ser peores todavía.

Tal le acontecía a la «Narda», que así se llamaba la criada prófuga. Para pagar una deuda de cincuenta pesos contraída tiempo atrás por su madre con la Viuda de Ganes, había entrado a servir en la casa de ésta. Ganaba un salario de cuatro pesos mensuales, pero como ponían a su cuenta la ropa que le daban, aunque fuera de desecho, y el valor de los platos o vasos que rompía y el de los cubiertos, servilletas, etc. que se perdieran en la casa, resultaba que al cabo de dos años de trabajar como una bruta, la obligación, lejos de haberse extinguido, había aumentado. Desesperada de llegar a ver jamás el fin de aquéllo, se decidió por la huída como el medio de liquidación más expedito.

Tan pronto la tuvo en su poder, Olmo se dedicó durante algunas horas a atraerse a la Narda para que se aviniera a servirle de instrumento en su proyecto, prometiéndola reiteradamente que, si ella le ayudaba, él se comprometería a

hacerla salir de casa de la viuda sin que ésta se atreviera a reclamarla nuevamente. Para ello era preciso humillarse ahora, volver, pedir perdón a su ama, mostrándose sumisa y arrepentida, y continuar trabajando como si nada hubiera ocurrido. Luego, al día siguiente, de madrugada, aprovechando el sueño de las señoras y el de los demás sirvientes, era necesario que ella cortara los alambres del timbre eléctrico que comunicaba el portal con el cuarto de juego, pegando a la pared con cera los alambres sueltos para que no se notara el corte. Él se encargaría de todo lo demás. Y en último caso, si fallaba el golpe, él pagaría de su bolsillo particular la deuda a fin de que ella pudiera salir libre.

La muchacha al principio se resistía, por temor a salir mal parada de las garras de la viuda, quien no obstante su melosidad sabía sacar las uñas cuando se incomodaba, pero por último pudo más el rencor que el miedo, y ante las insistentes conminaciones del oficial declaróse dispuesta a ejecutar lo que Olmo la pedía. El cual, después de enseñarla por medio de varias lecciones prácticas cómo había de realizar su cometido, la remitió al jefe de la Policía local para que fuera éste quien la devolviera a la casa de la viuda sin excitar sospechas. La Narda volvió, llevando oculto en los pliegues de la cintura de su *patadiong* un par de alicates pequeños de esos que usan los obreros electricistas. Aguantó sin llorar mucho el par de soplamocos que la atizó su ama, y se puso a trabajar como si tal cosa.

Por la noche del día siguiente, el teniente Olmo con un pelotón de soldados volvió a llamar a la puerta de la viuda y a demandar entrada en nombre de la ley. El portero volvió a oprimir

el botón de su timbre de alarma y a descorrer calmosamente los cerrojos. Cuando calculó que su aviso había surtido efecto, abrió. Un soldado le echó mano a la garganta mandándole que callase. Los otros con el oficial subieron a saltos la escalera; arrastraron a la viuda y a las hijastras, que habían salido al oir el ruido creyendo que se trataba de visitas ordinarias pero que, al ver a los representantes de la ley y sin haber ellas oído el timbre de aviso, pretendieron estorbarles el paso poniéndoseles delante y prorrumpiendo en gritos, llantos y protestas; franquearon en brevísimo tiempo la antesala y el pasillo, y penetraron en la habitación donde se jugaba, en el preciso momento en que Cayo Malínao, seguro ya del retorno de su buena suerte, estaba preparándose para darle «tres golpes» a un billete de quinientos pesos.

Al apagarse la luz, Olmo utilizó su linterna eléctrica para orientarse, y de un salto se colocó bajo el dintel de la puertecilla de escape, echando atrás a culatazos y a empujones a varios jugadores que pretendían pasar, pero no pudo impedir que dos o tres de ellos (entre quienes iba Cayo, medio muerto de terror) se escurrieran durante el cortísimo espacio de absoluta oscuridad. Luego, como oyera que algunos de los puntos más desahogados, de los que tenían poco que perder, andaban rebuscando por el suelo debajo de las mesas y de las sillas, más atentos a pescar billetes de Banco en aquel río revuelto que no a procurarse la libertad, ordenó a uno de sus soldados que abriera la llave de la luz del cuarto, y procedió a formar un inventario de las barajas, dinero, listas, tapete verde, etc., que se encontraron en el cuarto y el jardín, así como una relación de todos los que se hallaban presentes. La

mayoría de ellos dieron sin dificultad sus nombres, con aire de resignación y fatalismo, excepto dos que llamaron aparte al teniente ofreciéndose a pagar la multa allí mismo, aunque fuera en doble cantidad, con tal de que no se les acusara ante el juzgado. Suplicaban al oficial con lágrimas en los ojos que aceptara inmediatamente la multa pero que no les incluyera en la lista de los tahures. El uno era candidato a diputado y veía arruinada su carrera política, porque el periódico del partido de oposición deleitaríase en publicar la noticia al día siguiente: el otro era «reincidente», pueso que había sido sentenciado ya en otra ocasión por la misma causa, y temía que el juez no se contentara con imponerle una multa, sino que le soplara, además, tres meses de cárcel.

Olmo fué inflexible. Mandó a su gente que condujeran a todos los presos a la estación de Policía para que allí prestaran las fianzas correspondientes quienes pudieran hacerlo o se quedaran a dormir quienes no consiguieran realizar las gestiones necesarias para obtener la libertad provisional. Luego practicó un registro por toda la casa para buscar a los que supuso se habían escurrido por la puerta de escape antes de bloquearla él. Al entrar en uno de los dormitorios oyó gritos y gemidos y vió tumbada sobre una cama a la viuda, sufriendo, al parecer, de un ataque de nervios, y rodeada de las hijas que lloraban como Magdalenas. Fué discreto y se retiró sin registrar minuciosamente aquella habitación, siendo éste el motivo por el que se salvaron de ser cogidos el Juez de Paz auxiliar de un Municipio de la provincia de Aetas y Cayo Malínao, que habíanse escondido debajo de aquella cama, y que al oir los pasos del oficial temblaron como liebres perseguidas. Una hora des-

pués halláronse en sus respectivos domicilios, sanos y salvos, seguros de que ninguno de los compañeros cogidos les delatarían.

Y ahora, ¡adiós esperanzas de Cayo de recobrar lo perdido! Las casas de juego de San Pedro suspendieron todas sus sesiones aquella misma noche en cuanto tuvieron noticia de la hazaña de Olmo, sobre quien caseros, banqueros y puntos acumularon toda clase de maldiciones. Además, Cayo sufrió miedo tan intenso durante la hora que pasó acurrucado debajo de la cama, que aquello fué como un revulsivo poderoso que le hizo abrir el entendimiento a la realidad y abandonar definitivamente sus ilusiones de salvación por medio de los naipes. Aquel extremo de mala estrella, aquel colmo de «mala pata» de que la requisa hubiera ocurrido precisamente cuando empezaba a recuperarse después de tantas semanas seguidas de pérdidas, sirvió para hacer caer la venda que cubría sus ojos. El juego, aquel «entretenimiento», aquella «distracción», que había considerado como fuente de emociones gratas y placenteras y como origen probable de prosperidad y de riqueza, apareciósele al cabo como lo que era en realidad: un vicio odioso que había causado su deshonra y su ruina.

Supo con cierta indiferencia que el juzgado impuso cuatrocientos pesos de multa a la viuda, otros tantos al banquero y doscientos a cada uno de los puntos; que las multas fueron pagadas inmediatamente, abonando los que tenían por los que no tenían con qué; que el candidato a diputado pudo conseguir que su nombre no saliera en los periódicos, y que la viuda había anunciado bajo cuerda la reapertura de la timba dentro de dos semanas, tan pronto quedaran listos ciertos

trabajos de instalación de gruesos tubos de hierro en cuyo interior irían los alambres conductores de fluído para los timbres de alarma. Lo único que escuchó con interés fué la noticia de que ni su nombre ni el del juez de paz auxiliar habían sonado para nada, merced a esa especie de «masonería» que existe entre tahures. Todo esto lo oyó contar en el Círculo, a donde seguía yendo todas las noches para no llamar la atención de su esposa y para que ésta no le abrumara con sus consejos y cuidados, al verle siempre cejijunto y de mal talante.

Como cada día comía menos y no dormía apenas, enflaqueció rápidamente, y en su cara tersa hasta entonces aparecieron varias arrugas y en su pelo negro como el ébano apuntaron numerosas canas. Moning se asustó, habló de llamar al médico e insistió en su proyecto de pasar una temporada en Aetas, en la hacienda de su hermana mayor, pero Cayo se negó rotundamente alegando que todo era por causa del mucho trabajo que sobre él pesaba y que no podía de ningún modo abandonar. Redobló la mujer sus esfuerzos; insistió el marido en la negativa, y acabaron teniendo un disgusto y cambiando palabras acres y ofensivas.

Aquella tarde no pudo él salir porque llovió torrencialmente por causa de un tifón que pasaba a unos tres o cuatro grados al norte de San Pedro. Cayo se echó vestido en la cama, tapándose la cara con un brazo porque la depresión de la atmósfera aumentaba la de su ánimo hasta el punto de que se le saltaban las lágrimas sin poderlo remediar. Moning se aproximó con sigilo, se acostó a su lado y posó suavemente un brazo por encima del cuerpo de su marido. ¿Qué le pasaba? ¿Qué tenía? ¿Qué le había ocurri-

do para haber cambiado de aquel modo su manera de ser, volviéndose huraño y violento? ¿Por qué no se lo contaba a ella, su *palangá*, su muy querida? Bien había visto él que ella fué la primera en animarle a hacerse socio del Círculo, a salir de casa por las noches, pero era para que él estuviese más alegre y distraído. Si iba a ser para que se tomara disgustos y perdiera la salud y la tranquilidad ¿no valía más dejar todo aquello y volver a las antiguas costumbres? Ella no quería perder a su marido, quedarse solita tan pronto...

Aquel sermón mimoso e ingénuo de su fiel esposa, ignorante de cuanto le ocurría pero queriendo, por instinto de mujer amorosa y compasiva, darle consuelos y dulzura, tocó no sé qué oculto resorte en el corazón de Cayo. Brotó el llanto de sus ojos con abundancia, y ante las apremiantes preguntas de ella, que al oirle sollozar comprendió que ocurría algo más grave de lo que se figuraba, barbotó él completa la confesión de su crimen. Al son de la lluvia y de los silbidos del viento que azotaban despiadadamente, haciéndolas redoblar como tambores, las débiles ventanas corredizas de concha, Cayo detalló todos los incidentes de su aventura, omitiendo únicamente el breve amorío con la bailarina. Ya se le había pasado la obsesión. Comprendía que nunca podría recobrar lo perdido, y estaba ahora pesaroso, arrepentido, acoquinado, escondiendo la cara en el seno de su esposa, pensando en la muerte, deseándola ansiosamente.

Ella, aplanada ante la horrible revelación, sólo pudo pronuniar la ambigua exclamación nativa, que expresa dolor, reproche, asombro o duda:

— ¡*Abao* Cayo!... ¡*Abao* Cayo!...

VII

Mr. Sanders, el jefe de la sucursal en San Pedro de la casa Benson, Fothergill y Compañía, fué de los que creyeron, con la inmensa mayoría de los aetenses y sanpedrenses, que el azúcar iba a estar «alto» lo menos tres años. No fué de los que lo compraron a cincuenta y cinco pesos el pico (que ordinariamente vale diez o doce) para especular, pensando que llegaría a cotizarse «a peso el quilo», pero sí se metió a hacer gruesos pedidos de hierro en barras y planchas galvanizadas a América y de cemento al Japón, calculando que los pletóricos hacenderos del distrito se lo comprarían sin mirar precios para levantar sus palacetes en San Pedro o en sus propias haciendas.

Cuando se inició la crisis económica, «el pánico de 1920», que comenzó con la baja de las sedas en el Japón y acabó afectando todos los artículos de comercio del mundo, el azúcar empezó a bajar también con saltos bruscos, como los de un balón que se desinfla. Nadie se intranquilizó al principio. Aquello eran las intermitencias, las fluctuaciones naturales de los precios. Volverían a subir. La situación del azú-

car era fuerte, estadísticamente; faltaba mucho para que las existencias llegaran al nivel del consumo ordinario; Alemania y Rusia no producían remolacha, y por otra parte, terminada la guerra, el consumo en Europa debía aumentar necesariamente, así como también en América, por causa de la famosa «ley seca» prohibiendo la fabricación y venta de licores espirituosos, lo que incitaría a la gente a sustituirlos por dulces y refrescos no alcohólicos a base de azúcar. Pero las cotizaciones se declararon refractarias a dejarse convencer por tantos y tan sólidos argumentos, mostrando por el contrario un empeño tenaz y decidido en seguir bajando y bajando hasta tocar ínfimos niveles y estacionarse en ellos. Al convencerse los especuladores de que no se trataba de meras fluctuaciones sino de que había llegado la *debacle*, vino el «crugir de huesos y rechinar de dientes», y, quien más quien menos, procuraron allegar todos sus recursos y ponerse a la defensiva.

Esto mismo hizo Mr. Sanders, sobre cuyo ánimo gravitaban aquellas toneladas de hierro y cemento que había en su bodega como si materialmente llevara su peso encima del alma. Una mañana pidió a Cayo la lista de cuentas deudoras y se preparó a escribir cartas apremiando la remisión de los saldos a la mayor brevedad. El infeliz cajero comprendió llegado el momento en que se hacía imposible seguir ocultando su delito; en que precisaba confesarlo a aquel que más terror le inspiraba, y lo hizo en voz baja y contenida, tartamudeando, contradiciéndose, mezclando incoherentemente los datos y los números con disculpas, los nombre y las fechas con expresiones de pesar y de arrepentimiento.

— Yo... Verá Vd.... Esta cuenta de D. Lucas Enríquez ya está pagada... sólo que yo... fué una tentación... me llevó un amigo... y yo al principio sacaba porque tenía de lo mío, de mis ahorros... Esta otra cuenta de D. Manuel Jazmines también está pagada desde el primero de Julio, pero yo usé el dinero... ¡Le juro que no volveré a tocar una baraja maldita!... Sacaba lo mío y me acostumbré... También la cuenta de los hermanos Pérez la he cobrado... Yo lo siento mucho... Fué el cinco de julio... Pero devolveré todo ese dinero si usted me da un plazo ¡lo juro!... No; no es necesario revisar los libros. Aquí tengo la nota detallada de todo lo que he tomado... Son seis mil treinta pesos justos...

Mr. Sanders se quedó de una pieza, clavado en la silla por el asombro. Era un hombre cuya confianza en la infalibilidad de sus propios juicios era tan superlativa que le costaba trabajo inmenso convencerse de que se había equivocado al depositar su confianza en Cayo.

— ¡Usted, Cayo, usted! ¡Después de la «confidencia» que he colocado en usted! ¡Parece imposible! ¡Después que yo he elevado a usted desde la más baja posición! ¡Parece mentira! ¡Después que usted ha trabajado «por» mí por «más que» veinte años!... (Mr. Sanders hablaba muy bien el español, pero cuando estaba excitado traducía sus frases demasiado literalmente del inglés).

— ¡Perdón, Mr. Sanders! Yo procuraré pagar, yo pagaré a la casa...

— ¿Cómo? ¿Con sus orejas?...

— Estamos buscando... Llevamos varios días mi esposa y yo buscando, y confiamos en encontrar algo...

— ¡Palabras y palabras! Usted dice que jugó el dinero y lo perdió. La Casa no estará satisfecha con palabras: la Casa estará satisfecha sólo con dinero al contado. Usted debe seis mil y treinta pesos. O bien usted trae seis mil y treinta pesos antes de las cinco esta tarde, o de otro modo la Casa «tornará» a usted al jefe de policía.

Procuraba desde el primer momento colocarse en una actitud impersonal. Cayo debía entender que cuantas gestiones se realizaran para perseguirle y castigarle, las haría «la Casa», una entidad comercial desprovista de corazón; no Mr. Frank W. Sanders, jefe y compañero de oficina del culpable desde hacía más de veinticinco años.

No cumplió la amenaza, sin embargo. Había oido lo de la búsqueda del dinero, y su instinto de comerciante, que le hacía preferir a todo otro castigo el de una restitución, aunque no fuera sino parcial, de la suma estafada, le dictaba que podría aun quizás recobrar algo dándole largas al asunto. Del lobo un pelo.

Efectivamente, aquella noche, en su casa, después de una tarde triste en su club, pasada rumiando su desencanto y procurando olvidarlo a fuerza de whisky-sodas, de los que ingería una cantidad enorme diariamente entre cinco y ocho de la noche, en el momento de ir a sentarse a la mesa para cenar, Mr. Sanders sintió ruído en la escalera y vió subir a una mujer que le era desconocida pero que supuso inmediatamente sería la esposa de su infiel cajero.

Moning dió las buenas noches y acto seguido se arrodilló ante el inglés: — Mr. Sanders: ¡tenga Vd. «también» compasión «con» mi mari-

do! ¡Dé Vd. «con él» más plazo para pagar! Nosotros podemos pagar si Vd. nos da tiempo...

Y le contó, entre suspiros y sollozos, que llevaba varios días tratando de vender su casa y que había vendido ya sus muebles, su vajilla, sus pobres alhajitas, pero la venta de la casa no había podido consumarse aún. Ya comprendería Mr. Sanders que una casa no se vende tan fácilmente como una máquina de coser...

El viejo inglés estaba tanto más iracundo cuanto no se reconocía del todo inocente en la cuestión, reprochándose el haber sido poco suspicaz. Él había notado en los últimos meses que su cajero estaba distraído con frecuencia; que vestía con mucha mayor elegancia que de ordinario; que fumaba cigarros de los más caros, y pagaba cuentas propias a un maestro de obras, pero estaba tan ciego que no relacionó estos indicios, claramente reveladores, lo veía ahora, con alguna posibilidad de rapiñas y desfalcos. «Frank Sanders (se decía): Eres un viejo tonto. Has permanecido demasiado largo tiempo en los trópicos.» Y la idea de que sus paisanos podrían decir de él otro tanto, agregando quizás que ya estaba chocho y tocado de «filipinitis», le ponía fuera de sí. Sin embargo, como a pesar de echarlas de hombre práctico y atento solamente a las realidades positivas de la vida, en el fondo era un sentimental, conmovióle el espectáculo de la mujer que llora y acabó por conceder un plazo de cuatro días, el tiempo que tardaría en llegar a San Pedro Mr. Fothergill, el *junior partner* y jefe de la casa principal en Manila, que había sido avisado por telégrafo.

Siempre que ocurre una crisis grave en la vida de una familia de Filipinas, es generalmente la

mujer la que empuña el timón y se encarga de dirigir la nave, quedando el hombre relegado a segundo término. Todos cuantos observadores extranjeros estudiaron nuestra psicología, llegaron a la conclusión de que en este país «la mujer vale más que el hombre». El autor, por su parte, cree que semejante frase, ciertísima aquí, lo es también en casi todos los demás países del mundo. Wells, el famoso historiador-novelista, diría quizás que ello se debe a que la mujer, por lo general, recibe mayor y mejor educación religiosa y posee, en más alto grado que el hombre, el sentido de responsabilidad para con el Creador, mientras que Kipling, el poeta del imperialismo británico, lo explicaría sacando a relucir su frase relativa a la mayor bravura y fiereza de «la hembra de la especie». Sea lo que fuere, dicha conclusión quedó una vez más comprobada con motivo de la historia que vamos relatando. Durante aquellos días de prueba para la familia Malínao, Moning fué quien trabajó activa y eficazmente. Llevó sus modestas alhajas a una corredora; gestionó para que admitieran de vuelta en los almacenes de donde se tomaron la vajilla y los muebles comprados recientemente, y buscó y encontró comprador para la casita que Cayo hizo construir años atrás para que fuera nido donde se albergaran sus amores, y que ella había conservado y mejorado con ese cuidadoso esmero con que suelen hacerlo las mujeres hacendosas que no han tenido hijos.

Pero cuando hubo reunido el producto de todas aquellas enagenaciones; mil quinientos pesos por la casa, quinientos por los muebles y trescientos cincuenta por las joyas, dos mil trescientos cincuenta en total, hallóse al cabo de

sus recursos. Entonces se dirigió a Cayo, más apocado y blandengue ahora que nunca, le sacudió, le galvanizó, infundiéndole un poco de su vigor, comunicándole parte de su actividad y energía, y le hizo buscar también por su lado sugiriéndole que intentara pedirlo a la viuda y a sus compañeros de timba que le habían ganado el dinero que estafó y que fueron, en cierto modo, los cómplices de su delito. Que le prestaran lo que faltaba para poder restituir la suma total, y ella se comprometería a pagarlo entregándoles mensualmente casi todo lo que Cayo ganara, y limitándose ellos, el matrimonio, a comer morisqueta y sal por todo alimento.

La primera a quien Cayo se dirigió fué la viuda de Ganes. Había oído decir que durante la primera mitad de aquel año ella había recibido de su participación en las «puertas» sumas que oscilaban entre veinte y treinta mil pesos mensuales. Se decía que tenía dos «ganchos», uno en San Pedro y otro en Aetas Occidental, a quienes pagaba doscientos pesos diarios. Se murmuraba también que últimamente había colocado dinero en hipotecas y comprado haciendas. Nada se sabía en concreto, porque ella nunca hablaba de estos asuntos, pero lo cierto era que sus hijas e hijastras iban a los bailes enjoyadas como ídolos y que no hacía mucho se habían comprado un automóvil francés, de quince mil pesos, cuya caja y ruedas hicieron platear.

La viuda acogió la petición de Cayo con frialdad marcadísima. Érala imposible dar los cuartos. Ganaba poco, mucho menos de lo que creía la gente, y por otra parte sus gastos eran muy crecidos. Cuando él confesó, bajo promesa de secreto, que necesitaba aquella suma para

cubrir un desfalco, ella se puso furiosa y olvidó toda su melosidad para dirigirle acerbos reproches. ¿Cómo se había atrevido a realizar semejante acción, viniendo a jugar a su casa con dinero robado? ¿Quería que le cogieran y que al propalarse la noticia la gente volviera a señalarla con el dedo y las autoridades, empujadas por la opinión pública, enfocaran otra vez su atención hacia ella y continuaran molestándola y estorbándola? ¿Era esa toda la consideración que le merecía una pobre viuda desvalida que se esforzaba en trabajar y en buscar para sostener a unas desgraciadas huérfanas? No: no podía deshacerse de aquellos miles de pesos; tenía todo lo suyo invertido; los Bancos no daban créditos ni admitían hipotecas, y últimamente casi nadie venía a jugar, por causa de la crisis. Si se hacía una suscripción entre sus compañeros de juego, ella se apuntaría por doscientos pesos, pero más no.

Cayo salió con la cabeza gacha y de allí fué a ver al viejo de los *talos*, que estaba también reputado de rico, pero no tuvo mejor éxito. También le había cogido la dichosa crisis con todo su dinero fuera, y la escasez de numerario le imposibilitaba a liquidar sus créditos vencidos. Todo lo que pudo recabar de él fué que gestionaría una suscripción entre los demás compañeros asíduos de la timba, y en efecto: dos días después le entregó quinientos pesos: dos cientos de la viuda, doscientos del chino Tan Dico, el banquero, y cien del propio recaudador.

Entretanto transcurrió el plazo concedido por Mr. Sanders y llegó el día fijado para el pago. Aquella mañana, Moning, armada de un sobre conteniendo los tres mil ochocientos cincuenta

pesos que había reunido mediante su propio febril y angustioso esfuerzo, se presentó en la oficina de su marido. Quien la recibió no fué el viejo Sanders, sino otro individuo encorvado, flaco, de aire displicente y despectivo, como el de aquellos que sufren de males crónicos en el tubo digestivo, y cuyos ojos azules, de mirada fría y hostil, estaban como apagados por unas gafas enormes de cristal amarillo con marco de carey. Era Mr. Fothergill, el jefe principal en Filipinas y socio de la casa, que acababa de llegar de Manila.

Moning le tendió tímidamente el sobre. Él contó los billetes, los metió en la caja, extendió y firmó un recibo, hizo en una esquina del sobre vacío una operación aritmética, y preguntó en voz baja y sin inmutarse:

— ¿Dónde los tres mil seiscientos ochenta que falta?

— Más tarde. Esto es todo cuanto pude reunir por ahora vendiendo todo lo que teníamos — contestó ella con un hilo de voz.

— Bien — siguió Mr. Fothergill sin alzar la suya. — Mr. Sanders: llame al abogado de la casa; avise al jefe de policía.

Ella lloró, quiso suplicar. Vió en la cara de Mr. Sanders que había logrado conmoverle, que estaba quizá dispuesto a ceder y a perdonar, e intentó redoblar sus esfuerzos, pero el de Manila hizo un gesto de desprecio y de hastío, y diciendo, sin alterar su acento en lo más mínimo: «*I don't want to be bothered* («no quiero ser molestado»), tomó su sombrero y salió sin mirar atrás. Mr. Sanders hizo un gesto ligerísimo de disgusto y la miró como si quisiera decirla que él se lavaba las manos de todo aquello. Ella

comprendió que el de la cara aviesa que acababa de salir era quien mandaba allí y que Mr. Sanders nunca se atrevería a desobedecerle, y al ver que todo estaba perdido, que su intenso y desesperado esfuerzo resultaba nulo y que el mundo era implacable, cayó desmayada sobre el escritorio.

Cuando volvió en sí y la llevaron a su casa aun quiso seguir luchando y salió en busca de alguna amiga compasiva que la diera dinero prestado sin exigir prenda o hipoteca en garantía. Como no lo consiguiera, volvió por la noche a casa de Sanders, para seguir implorando, pero la encontró cerrada y dijéronla los criados que sus amos cenaban fuera.

A la mañana siguiente, Cayo fué arrestado y puesto en libertad provisional bajo fianza. Todavía Moning estuvo una vez más en la oficina, queriendo hablar a Mr. Fothergill en un esfuerzo supremo, pero éste volvió a lanzar su olímpico «*I don't want to be bothered*» y a largarse sin contestar. Por la tarde se embarcó de vuelta para Manila. Ella fué a bordo del «Navarra» momentos antes de la salida, y nada le dijo, pero sus ojos repitieron elocuentes la súplica.

En cuanto él la vió, metióse en su camarote y cerró dando un portazo, iracundo, perdida al fin su ecuanimidad. Pero aquella terca mujer, ¿no se convencería jamás de que él, decididamente, no quería que le molestaran?...

VIII

No intentamos ocupar la atención del lector con el relato minucioso de la causa que se le siguió a Cayo, la acusación fiscal, los incidentes que suscitó la defensa, las declaraciones de los testigos, etcétera. Los que tengan curiosidad por conocer estos detalles no tienen más que hacerse amigos de Aurelio Rodela, el escribano del juzgado de primera instancia de San Pedro, joven complaciente por demás, y él les enseñará un legajo en cuya portada se lee: — «Causa Criminal número 4687» — «El Pueblo de las Islas Filipinas *vs.* Cayo Malínao» — «Estafa con falsificación de documentos mercantiles», — donde constan todos aquellos extremos.

Diremos únicamente que el Honorable Juez Bernal, en vista de la claridad de las pruebas y apreciando, como pedía el representante de la vindicta pública, las diversas circunstancias agravantes que concurrieron en el hecho, sentenció al acusado, por el delito más grave, el de falsificación de documentos, condenándole a cinco años, cuatro meses y veintiún días de prisión correccional, multa de mil pesos, devolución a la parte ofendida de la suma estafada y no pa-

gada o de lo contrario prisión subsidiaria que no excediera de un tercio de la pena principal, y pago de las costas del juicio.

Por consejo de Villacampo, su abogado, Cayo no apeló. ¿Qué iba a conseguir con ello? Gastarse el dinero sin provecho alguno, porque el asunto era muy claro y parecía indudable que la Corte Suprema confirmaría la sentencia. El Honorable Bernal tenía mano blanda, y si la Audiencia le revocaba alguna vez un fallo era para elevar la pena. Todavía estaba conmovido el foro sanpedrense por un suceso recientísimo. Varios individuos, convictos de robo en cuadrilla con doble homicidio, fueron sentenciados por Bernal a cadena perpétua. Los muy burros, desoyendo a su abogado, insistieron en apelar, y la Corte Suprema les mandó a la horca...

Cayo tuvo que ingresar en la cárcel provincial y hubo de someterse a ser desinfectado, bañado, rapado y despojado de sus ropas ordinarias para vestir el infamante traje a listas grises y negras que la gente llama «traje de tigre». Como según la ley cuantos han de sufrir sentencia de prisión que exceda de un año deben ir a extinguirla en la gran penitenciaría insular de Bilibid, en Manila, Cayo tuvo también que someterse a la horrible y cruel costumbre que hay en San Pedro de hacer que los presos destinados a embarcar para Manila atraviesen la distancia de la cárcel al vapor pasando por las calles más céntricas y a la hora de mayor concurrencia, esposados de dos en dos, llevando a hombros sus hatillos y rodeados por armados centinelas, dándose un mórbido y doloroso espectáculo.

Unido por el brazalete de acero con otro infeliz que iba también a Manila a purgar ciertos

robos de carabaos, y vestido con el ignominioso uniforme, Cayo atravesó la calle Real, pasando frente al local vacío donde estuvo el *Grill* (que tronó de mala manera en los primeros días de la crisis) y donde tuvo inicio «su aventura». Luego fué por el muelle, donde están las oficinas comerciales, donde estaba la suya, con su letrero grabado en plancha de cobre puesto al lado de la puerta que él atravesó cuatro veces al día por espacio de veintiséis años, y tuvo que apretar contra la boca el pañuelo con que iba procurando taparse la cara para no prorrumpir en sollozos al contemplar por última vez quizás y sumido él en aquella vergüenza, los lugares familiares y queridos. ¿No había querido emociones? ¿No había deseado aventuras? Pues ahí las tenía, y bien variadas por cierto. Había bebido, había jugado, había pecado de adulterio, había robado... ¿Cómo no había de recibir castigo? ¿Cómo había de escapar a las amargas consecuencias, a los fatales resultados de su mala conducta? La idea del *Karma*, en que quizás creyó alguno de sus lejanos antepasados prehistóricos de cuando Filipinas estuvo sujeta a la influencia de un gran imperio indio, brotando en su imaginación en forma confusa y oscura y disfrazándose con una frase vulgar, un refrán corriente, «el que la hace, la paga», le trajo resignación y conformidad. Las enseñanzas religiosas recibidas durante su niñez en el Seminario y que casi había olvidado, volvieron a su memoria. Era preciso, además del arrepentimiento, que venía a ser la «pena de sentido», sufrir la amarga exhibición que estaba sufriendo y el doloroso confinamiento subsiguiente, que venían a ser la «pena de daño». Cuando llegara a Manila buscaría al capellán de la cárcel,

se confesaría, se lavaría de sus crímenes con la absolución, y luego volvería a ser dócil, humilde y sufrido. Quizás al salir del presidio Moning y él podrían aun rehacer sus vidas en alguna provincia lejana, allá por el norte de Luzón o el sur de Mindanao, donde nadie conociera su pasado. Y al pensar en su pobre e inocente mujer que enferma del disgusto había huído el día anterior a esconderse en la casa de su hermana, en la otra isla, Cayo tuvo una idea bizarra: la de que él no tenía derecho a procurar eludir ningún detalle de su castigo, por doloroso que fuera. Entonces apartó el pañuelo con que venía tapándose la cara, alzó ésta cuanto pudo y miró a los curiosos como diciéndoles: «Sí, soy yo: escupidme si queréis, porque lo merezco». El viejo Sanders, que mirando al través de una persiana, con ojos ligeramente humedecidos, le vió pasar en aquella actitud, quedó haciéndose cruces. ¡Estos orientales! ¡Qué impasibilidad más incomprensible!...

Se embarcó en el «Navarra», el veterano del mar que llevaba treinta años comunicando semanalmente a San Pedro con Manila. Ningún «báguio» había podido con él. Algunos parches de más en las planchas de su casco, alguna presión de menos en su vieja caldera, pero era el mismo «Navarra» que le llevó y trajo de Manila cuando era estudiante y donde vió por primera vez qué color tenian las condenadas barajas. Tuvieron una hermosa travesía, navegando por un mar azul y tranquilo de verano, y llegaron a Manila al amanecer del tercer día.

Fondeó el buque junto a la Aduana y la cuerda de presos bajó y tomó por la calle de Numancia y luego la de San Fernando y la plaza de Bi-

nondo. Todo aquello lo recordaba Cayo de cuando estuvo la vez anterior. Después cruzaron otro puente, recorrieron otras calles que le eran desconocidas, y por último hicieron alto frente a un edificio, más bien una especie de muralla, con una cancela grande sobre la cual había dos garitas. Era el destino de su viaje, el final de su aventura, la gran cárcel de Bilibid, famosa penitenciaría modelo del Oriente. Sin que nadie llamase, como si aquel recinto estuviera preparado a toda hora para recibir la humana excrecencia que la sociedad expele de su seno, como si fuera un buitre hambriento con la boca siempre dispuesta a engullir su ración de carne corrompida, abrióse aquella cancela, y cuando hubieron ingresado los presidiarios, volvió a cerrarse automáticamente con ruído metálico y lúgubre.

A Cayo se le antojó que había entrado en una sepultura, y que aquel ruido era el de la losa que la cerraba y la sellaba para siempre.....

FIN

Iloilo, Agosto de 1922.

LOS ASCENSOS DEL INSPECTOR ROJO

I

Cuando Rufino Rojo (alias Finito) terminó el quinto año y salió del Seminario de San Pedro hecho todo un bachiller, en marzo de 1898, parecía que su destino en la vida iba a ser el de casi todos los jóvenes filipinos de aquella época pertenecientes a familias de la clase media, que carecían de fortuna bastante para enviar a sus hijos a Europa: es a saber, volver al Seminario y hacerse curas, o ir a Manila, a la Universidad de Santo Tomás, y salir abogados, médicos o farmacéuticos.

Pero dos acontecimientos, de carácter político el uno y de índole fisiológica el otro, torcieron el curso natural de las cosas. El primero fué la guerra hispano-americana con su tratado de París y la subsiguiente rebelión de los filipinos contra la nueva soberanía de los Estados Unidos, rebelión que trajo como consecuencia el bombardeo de San Pedro por una escuadrilla americana y el incendio de la ciudad por las tropas revolucionarias, en el que ardieron dos casas avaluadas en catorce mil pesos, que constituían la totalidad del patrimonio de la familia Rojo. Y el segundo fué la muerte del padre de Rufino,

Don Anselmo, acaecida algunas semanas después a consecuencia de una afección hepática exacerbada por el disgusto de verse completamente arruinado, dejando en el mayor desamparo a su esposa y a su hijo.

Doña Adela, la viuda, no se acoquinó, sin embargo. Sacando fuerzas de flaqueza, pidiendo prestado aquí e hipotecando allá, hizo levantar con prontitud sobre los solares vacíos, aprovechando las planchas de hierro y maderos a medio quemar, unos «camarines», nada cómodos ni estéticos, pero en los que al menos se podía estar al resguardo del sol y de la lluvia; y reservándose el más pequeño para vivienda de ella y de su hijo, alquiló los restantes a algunas de las muchas familias pobres que quedaron sin albergue por causa del incendio.

Finito, que tenía quince años y era de constitución delicada y de imaginación soñadora, conoció todas las estrecheces de una vida sujeta a un presupuesto de cincuenta pesos mensuales: plato de arroz con mongos y pescado seco mañana y noche; el traje que ha de durar tres días para ahorrar en jabón y en el trabajo de lavada y planchado; los zapatos baratos hechos en la zapatería china, cambiando de suelas dos y tres veces: los calcetines retezurcidos: el sombrero de paja lavado en casa y con la cinta vuelta del revés, etc., etc.

Pero todo ello no le hacía sufrir tanto como a primera vista parecería, porque hallábase en ese dichoso período de la adolescencia en que nuestra mente parece estar toda ella orientada hacia el porvenir ensoñado, quedando nuestro espíritu casi por completo insensible a las realidades del presente. Había encontrado a uno de

sus antiguos compañeros de colegio cuya casa fué de las pocas que quedaron en pie, y que poseía una biblioteca compuesta de algunos centenares de novelas. Aquello fué un deslumbramiento. Finito las iba leyendo, sin orden y sin descanso, tragándose un volumen tras otro con insaciable voracidad. Pasaba de Fernández y González a Paul Bourget, de Julio Verne a Pereda, de Amicis a Galdós, de Palacio Valdés a Zola, de Valera a D'Annunzio, de Dickens a Clarín, de Daudet a Ibsen, de Dumas a Maupassant, de Becquer a Queiroz, de la Pardo Bazán a Anatole France, absorbiendo en confusa mezcla el encanto de todos los géneros literarios que predominaron en Europa durante el siglo diecinueve. Por espacio de muchos meses vivió en un mundo aparte, creado por su imaginación. Tan pronto era Artagnan, el enemigo del «cardenal», como Rodolfo, el amante de «Madame Bovary», o el Mesía de «La Regenta» o el Mannerville del «Contrato de Matrimonio» o el Neklindoff de «Resurrección». Y leyendo a nuestro Rizal, fué también Ibarra, Elías, Isagani.....

Entretanto, Doña Adela trabajaba como una fiera, cocinando, lavando la ropa y limpiando la casa ella misma, tanto que una noche se sintió enferma con unos dolores de vientre que la obligaban a prorrumpir en gritos y quejidos. Finito, lleno de angustia y no sabiendo qué auxilios prestar a su madre, se decidió, sin avisarla de lo que iba a hacer, a arrostrar los peligros de una salida nocturna, para llamar al Doctor Jazmines, el único médico que había vuelto a San Pedro después del bombardeo, y que vivía en otro camarín, tres calles más arriba.

Cierto que habíase olvidado de proveerse del

«pase» exigido por las autoridades militares del ejército de ocupación para transitar por las calles después de oscurecer, pero creyó que podría eludir las patrullas y los centinelas, y en último caso, si le cogían, ya atenderían a sus explicaciones y razones. Sobre todo, él no podía dejar a su madre en el estado en que se hallaba sin intentar hacer algo para socorrerla.

Salió, y no hubo dado cien pasos cuando al torcer una esquina oyó un ruido metálico y una voz bronca que gritó:

— *Halt! Who is there?* (¡Alto! ¿Quién va allá?)

— *Friend* (amigo), contestó con voz temblorosa según había oído que se debía responder si no quería uno que le descerrajaran un tiro.

— *Advance friend to be recognized* — siguió el centinela.

Renegando por dentro de su mala suerte, el «amigo» avanzó tímidamente «para ser reconocido», y cuando estuvo a dos pasos del centinela, éste le apuntó el fusil al pecho preguntándole:

— *Have you got a pass?*

No, Finito no tenía pase, pero era un caso de urgencia, se trataba de una enfermedad, un ataque que su madre había sufrido repentinamente, y había salido para buscar auxilios, para llamar a un médico...

El hijo de Marte soltó un gruñido:

— *Mi no sabe your confounded lingo, hombrey! You come along to the calaboose!*

Y no valieron razones. Él no entendía aquella «confundida lengua», y Finito, el pobre «hombrey», tuvo que seguirle, o mejor dicho, precederle, para ingresar, con la persuasiva ayuda de un empujón y algunos suaves culatazos, en el

calaboose, donde encontróse en compañía de otros dos soldados americanos, borrachos y durmiendo «la mona» con la mayor tranquilidad, y un chino con facha de tendero y un filipino con aire de labriego que se dirigían mútuamente miradas asesinas.

Hubo de permanecer allí hasta la mañana siguiente. Las primeras horas las pasó llorando e incubando proyectos de venganza. Desobedecería el mandato de su madre, desoiría las repetidas súplicas que le había dirigido, e iría a reunirse con los revolucionarios en armas; mentiría con respecto a su edad para que le admitieran en sus filas, y una vez en posesión de su fusil y su «bolo», ya verían aquellos yanquis sinvergüenzas..... Durmióse hacia el amanecer con la cara llena de lágrimas.

A las ocho en punto de la mañana siguiente, el Capitán Sidney, el «Preboste» o gobernador militar de la plaza, entró en su oficina, sentóse ante su mesa colocada sobre un pequeño estrado, llamó al intérprete (un alemán que había vivido algunos años en la Argentina y que hablaba un español apenas inteligible, con una pronunciación gutural que quería hacer melosa, causando un efecto altamente cómico) y dió comienzo a la audiencia diaria.

Los dos soldados borrachos recibieron su sentencia: seis días en el «Guard house». El chino y el filipino, que se habían agarrado en la calle con gran escándalo la tarde anterior por cuestión de unos céntimos, a cinco días de cárcel cada uno. A Finito, por salir de noche sin pase, siete días...

— Pero señor Preboste: mi madre estaba enferma, le dolía mucho el vientre y gritaba. Yo tenía que ir a buscar al médico. No podía de-

jarla como estaba, sin auxiliarla... Y se lanzó en una explicación vehemente y prolija de las causas que le obligaron a salir de casa la noche anterior.

Le aterrorizaba la idea de quedar detenido sin saber de su madre ni que ella supiera de él, y la de quedar preso durante toda una semana. Los militares no trataban a sus prisioneros con mucha blandura. Sin distinguir de razas ni de clases, les ponían a cada uno una pala en la mano y les tenían trabajando al sol ocho horas diarias en la recomposición de las calles. Desde que vieron durante varios días a cierto prominente propietario ocupado en trabajo tan duro y humillante, por haberse descuidado en cumplir ciertas órdenes que le dieron para que hiciera limpiar el pozo negro de su casa, los sanpedrenses esforzábanse en evitar el ser llevados ante la justicia prebostal. Muchas discusiones y disputas sobre los candentes asuntos políticos de aquellos días hubieran terminado a mojicones si no hubiera sido por el santo temor a la pala.

— Muy bien—declaró el Capitán por boca del intérprete. — Que vaya el Doctor Ham a casa de este joven. Si lo que dice es cierto, le daremos la libertad, y si ha mentido, se triplicará la pena.

Salió un ordenanza con una carta para el Doctor Ham, teniente de Sanidad militar, conteniendo las oportunas instrucciones.

Milagro fué que no hallaran muerta, que no enferma, a Doña Adela, quien conocedora de los reglamentos militares relativos al tránsito por las calles después de la queda, supuso lo que había ocurrido a su hijo y estaba ahogándose de angustia y de pena.

El Doctor Ham la reconoció, envió un infor-

me verbal al Preboste, por medio del ordenanza, y Finito fué inmediatamente puesto en libertad. Vino el Doctor Jazmines, reconoció a su vez a la enferma, y diagnosticó una apendicitis aguda. Era necesario operarla en el acto, o de lo contrario moriría.

— Pues opérela usted en seguida — pidió Finito.

— Imposible. Todo mi instrumental se ha quemado y el nuevo que encargué a Manila no ha llegado aún...

— ¿Y qué podremos hacer? — preguntó Finito, más aterrado aún que cuando le arrestaron la noche anterior.

— El único medio es ver si podemos llevarla al hospital militar donde deben tener todos los instrumentos, medicinas y desinfectantes necesarios. Vámonos en seguida al prebostazgo.

Finito no tenía muchas ganas de volver a aquel «lugar de tortura», pero ante la gravedad de las circunstancias resignóse a ello. Fueron y se vieron con el Capitán Sidney, a quien el Doctor Ham estaba contando en aquel momento los detalles de su reciente visita a Doña Adela, diciendo que no daba un céntimo por la vida de la mujer.

Estábase en plena campaña. Los revolucionarios filipinos, adoptando la mejor táctica posible, habían acantonado el grueso de su ejército en lugares de muy difícil acceso, y entretanto hostilizaban con sus ágiles guerrillas a las tropas americanas tan pronto éstas se aventuraban fuera de los poblados. Los guerrilleros no tiraban mal; el hospital en San Pedro recibía diariamente nuevos contingentes de heridos, y no sobraba, por lo tanto, mucho espacio disponible para los «civi-

les». Sin embargo, al omnipotente preboste le dió lástima Finito, con su traje sucio y recosido, sus ojos abotargados por el llanto y la falta de sueño, detenido la noche antes cuando iba a cumplir con un deber filial de cuya realización en hora oportuna quizás hubiese dependido la salvación de la madre. ¡Qué diablo! Ellos no habían venido a hacer la guerra contra mujeres o adolescentes.

Dijo algunas palabras a su compatriota médico, gritó dos concisas órdenes a otros tantos ordenanzas, que salieron disparados a cumplirlas, y antes de diez minutos paró junto a la puerta del Prebostazo una lujosa y charolada ambulancia tirada por un par de hermosas mulas. Subieron al vehículo los dos galenos y Finito y fueron a casa de éste en busca de la enferma para conducirla al mejor cuarto vacante del hospital militar, que por mandato de Sidney estaba preparado y esperándola.

Ocho días después, Doña Adela, felizmente operada y curada, volvió a su casa, y cuando Finito fué a preguntar al Doctor Ham cuánto debían por el cuarto, la operación y las medicinas, éste sonrió, le dió una palmada amistosa en la espalda, le dijo *Forget it!* (¡olvídalo!) y desapareció por la puerta más cercana.

Algunas semanas más tarde, días antes de la fiesta del *Thanksgiving* (acción de gracias) que cae en el último jueves de noviembre y que todo americano que se respete en algo ha de celebrar comiendo pavo, Doña Adela escogió los dos más gordos de su corral y los regaló al Capitán Sidney y al Doctor Ham. Luego ellos a su vez la regalaron en pascuas algunos comestibles y dulces de la Comisaría. Poco a poco, Ham y Finito

se hicieron buenos amigos y acabaron por convenir en pasar juntos dos horas diarias enseñándose mútuamente sus idiomas respectivos.

Finito cambió de opinión con respecto a los «yankis». Había algunos bruscotes y antipáticos, no cabía duda, pero la mayoría eran unos caballeros. Procuró contraer el mayor número posible de amistades y conocimientos entre ellos para tener con quien practicar el nuevo idioma que estaba aprendiendo.

Desde que ocurrió la enfermedad de su madre, Finito había dado tregua a sus lecturas, echado la llave a su mundo de ensueño y vuelto a la realidad de su propia vida. Comprendía que careciendo de capitales y no teniendo carrera ni esperanza de lograrla, el único camino que abierto le quedaba era el de la empleomanía, para la cual, en adelante, sería indispensable conocer el inglés, si no quería limitar sus ambiciones a los puestos ínfimos y peor retribuídos.

Aguantó, pues, de buena gana, que se le rieran de vez en cuando sus nuevos amigos cuando tomaba un vocablo por otro o incurría en errores garrafales de pronunciación, pero no tardó seis meses en aprender lo bastante para entenderlo y hacerse entender en conversaciones fáciles y corrientes, aun cuando siempre a costa de algunos tropiezos y de tal cual cómico quid-pro-quo. Ayudábale para el rápido aprendizaje el haber estudiado a conciencia en el Seminario el latín, del que el inglés ha tomado tantas voces, y el hallarse aún en esa edad en que se aprenden idiomas con facilidad extrema.

Ansiaba sustituir a su madre en el duro trabajo de ganar el pan de cada día, o al menos aminorar la carga que sobre ella pesaba, apor-

tando él su propio ingreso monetario. Los camarines, defectuosamente construídos y de material inferiorísimo, se comían en reparaciones buena parte de la renta, y no era difícil comprender que no tardarían en quedar completamente inhabitables.

Por otra parte, había cumplido ya los diecisiete años, y aunque de carácter un tanto adusto y reconcentrado, empezaba a echar de menos el trato con el sexo contrario, del que debía privarse forzosamente, habiéndose visto precisado a negarse cuando le invitaban a giras, bailes y reuniones organizadas por parientes o amigos, por carecer de indumentaria presentable.

Así es que aceptó, encantado, cuando un día el Doctor Ham, al terminar la lección de idiomas, le propuso que ingresara, por recomendación suya, en clase de «auxiliar de estadística» en la Aduana de San Pedro, con cincuenta pesos de sueldo al mes. La noche antes, cenando en casa del Capitán Fox, el Administrador de la Aduana, había oído de esta vacante, y se había tomado la libertad de proponer a su amigo Finito.

Verdad que los americanos eran aún «el enemigo», pero por aquellos días ya se iniciaban, aunque tímidas, corrientes de paz, y no era necesario ser muy lince para comprender que el pueblo comenzaba a inclinarse a aceptar, temporalmente, la nueva soberanía.

II

La Aduana de San Pedro ocupaba un camarín grande de mampostería, que sirvió de depósito para el acopio de tabaco en los tiempos en que el Gobierno Español tenía monopolizado dicho producto, y que estaba situado entre la calle «Real» y la ribera derecha del río, a muy corta distancia del muelle.

Al conquistar San Pedro los americanos se apoderaron de todas las ruínas de los edificios públicos y el primero que reconstruyeron fué aquel camarín, que sólo necesitaba techumbre, puertas y ventanas nuevas, pues los muros y las rejas habían resistido bien la acción del fuego. En uno de sus extremos, el que daba a la calle Real, se separó por medio de un tabique un espacio de quince metros de largo, donde se establecieron las oficinas, utilizándose el resto para la inspección y el almacenaje de mercancías.

El Administrador era un capitán del ejército y los empleados eran «clases» y soldados en su totalidad, excepción hecha del ínfimo personal subalterno de porteros, mensajeros y «celadores» del río, que eran los mismos ocupantes de aque-

llos puestos durante la pasada dominación, viejos «burocratizados» hasta los huesos, que incapaces de ganarse la vida de otro modo, apresuráronse a ofrecer sus servicios al nuevo soberano el día siguiente al de la ocupación de la ciudad. En aquella oficina, naturalmente, todo se llevaba a estilo militar. A los contrabandistas se les trataba a tiros o se les condenaba a cárcel y a «pala», y al infortunado importador o naviero que contraviniera seriamente algún reglamento le confiscaban hasta la respiración.

Finito entró allí con buen pie. El intérprete que había, un californiano, no sabía palabra del dialecto local, y cuando el Capitán Fox, el jefe, tenía que entenderse con sus ínfimos subordinados o con los patrones y arráeces de las embarcaciones menores, que no sabían castellano, era necesario traducir las preguntas del inglés al español y luego alguno de los empleados filipinos debía a su vez traducirlas al bisaya, repitiéndose la operación en orden inverso para las respuestas. El método resultaba largo, pesado e inseguro.

El recomendado del Doctor Ham, que podía traducir directamente del inglés al bisaya, resultó ser una adquisición valiosa para el Capitán Fox, quien inmediatamente agregó al nuevo empleado a su servicio personal poniéndole mesa en su mismo despacho, junto al taquígrafo. Su proximidad a éste y al jefe permitía a Finito oir toda la correspondencia que se dictaba, y su imaginación soñadora le hizo interesarse, primero en la parte pintoresca y después en el lado práctico del trabajo de aquella oficina. Le gustaba oir los nombres raros y sonoros de los barcos, que se citaban constantemente en el dictado,

tan pronto ingleses como alemanes, chinos como noruegos, holandeses como franceses, y los exóticos de los puertos de donde venían o para donde se les despachaba. El *Pong Tong* llegando de Hong Kong, el *Toyo Maru* partiendo para Yokohama, el *Tringanu* que venía de Batavia, el *Hansa* despachándose para Hamburgo, el *Jolliette* procedente de Marsella, via Saigon, la *Annie Laurie* haciéndose a la vela para Honolulu y Seattle..... Le parecía estar viviendo al margen de una novela de Julio Verne.

Del cercano departamento del Vista, donde se abrían las mercancías destinadas al aforo, venían extrañas y variadas emanaciones que transportaban su mente a lejanos países. Ya era el olor como de pescado fresco de las sedas del Japón; y el penetrante perfume a sándalo de las filigranas y tallados de la India; o el aroma de alcanfor de los muebles de Hong Kong; o la tentadora fragancia de los vinos españoles; o el hedor a grasa de los jamones de Foochow; o el agradable olor a salud y limpieza de las medicinas y drogas de Alemania; o la repugnante hediondez de los pescados salados de Cantón y de Emuy; o los suaves efluvios de las esencias y aguas de tocador llegadas de París, que evocaban el recuerdo de fáciles aventuras galantes...

Por las tardes, cuando se cerraba la oficina, pedía permiso para ir en la lancha que salía a relevar guardias en los vapores que por su gran calado no podían entrar en el río, debiendo mantenerse fondeados en bahía durante toda su estancia en puerto. Acariciaba con la mirada aquellas proas que habían surcado los helados mares del Norte, luego las templadas aguas del Mediterráneo, del Rojo y del Indico, y que parecían des-

cansar ahora, meciéndose al compás del blando oleaje del cálido mar tropical. Si no hubiera sido por el ruido intermitente de las gruas descargando el carbón o cargando el azúcar, diríase al ver la quietud de la bahía, que aquellos monstruos de hierro, enervados por el sol de Oriente, dormían siestas prolongadas, olvidados de su misión de transportar hombres y mercancías. Atracaba la lancha y Finito subía y visitábalos por dentro, con curiosidad insaciable, procurando averiguar para qué servían los numerosos aparatos que suelen llevar los buques y cuál era el objeto de sus centenares de pequeños retretes, covachas y escondrijos. Atraíanle los barcos como al niño de espíritu curioso los juguetes complicados.

Un día en una de aquellas inquisitorias, se buscó un disgusto. Al preguntar adónde conducía una especie de trampa circular que vió en el piso de la cámara de los fogoneros de un vapor inglés, uno de ellos, que estaba tumbado en su hamaca leyendo una mugrienta revista y fumando una enorme pipa, le contestó bruscamente que «aquello no era parte de su negocio» y que «podía irse al infierno a preguntarlo si lo deseaba». Tales frases le parecieron a Finito tan absurdas y el aire con que fueron dichas revelaba tanta nerviosidad de parte del fogonero, que aquél entró en sospechas pensando que allí debía haber gato encerrado. Su imaginación novelesca le hizo acertar la verdad. Sin contestar palabra subió a cubierta, llamó al cabo que actuaba como inspector y le dió cuenta de lo ocurrido y de sus sospechas. Bajó éste acompañado de varios carabineros, abrieron la trampa (que era la boca de un depósito de agua dulce), metieron una vela encendida y vieron, flotando en el agua que llenaba dos ter-

cios del tanque, un trozo de corcho al que había atado el extremo de una cuerda delgada. Tiraron de ella y al otro extremo apareció un bulto que al ser abierto reveló contener una docena de revólveres muy bien engrasados.

Se armó un lío fenomenal. Vino el Capitán Fox en persona para practicar la investigación administrativa; embargó formalmente el buque amarrando la rueda del timón al árbol del gobernalle y sellando los nudos con el sello en plomo de la Aduana, cuya rotura «por personas no autorizadas» la ley castiga con penas severas; embargó también las armas encontradas; arrestó a los fogoneros sospechosos, y suspendió todas las faenas de carga y descarga. El Capitán Fox, que era bastante anglófobo, quería hacer un ejemplo. Se enardecía recordando las batallas de Lexington y Bunker Hill y otras de la guerra de la Independencia americana donde los suyos salieron mal parados. ¿Con que, trayendo armas de contrabando para ayudar al enemigo? ¡Ya, ya verían los «casacas rojas»! Y se preparó a aplicar el máximum de la pena, que incluía el decomiso del barco. Tuvo que intervenir el cónsul y hablar al general que comandaba el distrito; cursáronse telegramas a Manila y a Washington, y como realmente todo ello no pasaba de un negocillo de los fogoneros sin que los oficiales del barco tuvieran arte ni parte, al fin, por buenas componendas, quedó el castigo reducido a una multa de mil doscientos *dollars* (a cien por revólver) y el decomiso de las armas.

Muy pocos días después de este suceso, las tropas revolucionarias que operaban en la isla de X... se rindieron con todos los honores y se dispersaron, sobrevino la paz; fué retirado el ejército

americano de los pueblos y ciudades para ser acantonado en las «reservas militares», y quedó establecido el régimen civil. Uno de los últimos actos del Capitán Fox antes de dejar la Aduana fué trasladar a Finito con el puesto de Inspector a la división de Inspectores del Puerto, donde ganaba el triple de lo que percibía cuando ingresó en el servicio. Y cuando hizo entrega del cargo a Mr. Carter, su sucesor civil, le recomendó fuertemente al nuevo Inspector ¡un *boy* de gran olfato para descubrir contrabandos!

III

Mr. Carter se había criado en Cuba, había tenido madrastra española y hablaba el castellano tan bien como cualquier español... de los que lo hablan bien. Era, además, hombre campechano y jovial, y supo sortear hábilmente las dificultades que le salieron al encuentro cuando reorganizó la oficina que le estava encomendada. Dió entrada a varios filipinos en puestos de cierta responsabilidad y les enseñó pacientemente los nuevos sistemas de administración, copiados de los de la nueva metrópoli, que el Gobierno Civil trataba de implantar. A los pocos meses tuteaba a casi todos sus empleados y a todos les llamaba por sus nombres patronímicos. Cuando se incomodaba (lo hacía con frecuencia, pero le duraba poco) costábales trabajo a éstos mantenerse serios oyéndole soltar tacos redondos de los más clásicos. — ¡Pero, pu...ñales! ¿No te he dicho que en esta columna pongas el peso neto y en esta otra el bruto, pedazo de *ídem*? Vaya, hazme otra vez ese estado.

El escribiente, en lugar de ir echando chispas por la reprimenda, salía prorrumpiendo en exclamaciones admirativas: ¡*Abao*! ¡Aquel Mr. Carter parecía talmente un *cachila*!

Finito, que ya era «el Inspetor Rojo», y su jefe superior, simpatizaron pronto, aunque se veían pocas veces porque aquel solía pasar largas horas en los barcos, y cuando estaba franco de servicio dedicaba todo su tiempo libre a cierta Juling (Julia) con quien tenía un amorío contrariado. Los padres de ella le tenían en poco para su hija y la madre de él no estaba muy conforme en que su único hijo se casara tan joven.

Se habían conocido de niños y él habíala visto más de una vez, con su velo de tul y su corona de flores, llevando una cinta de las andas de San Pedro el día de la fiesta patronil o de la del carro del Corazón de María en la fiesta del Sagrado Corazón, que son las dos solemnidades religiosas que se celebran con más pompa en San Pedro. Después la perdió de vista porque los padres de ella, gentes de posibles, la enviaron a uno de los colegios de señoritas más aristocráticos de Manila.

Volvieron a verse en un gran baile que se dió en Jumayan (el municipio vecino a la capital, cuyos habitantes tienen fama de alegres y rumbosos) en obsequio a una comitiva de congresistas americanos que habían venido para «estudiar de cerca el problema político filipino», aunque cualquiera hubiera creído que venían para estudiar el problema de las subsistencias y el de las danzas, porque se pasaban la vida de banquete en banquete y de baile en baile. Fué uno de esos casos de amor a primera vista como se cuenta en las novelas antiguas. El se declaró durante el segundo vals; al tercer *two-step* fué aceptado, y cuando bailaron el cotillón (hasta de esto hubo) se habían jurado amor eterno. Los «átomos ganchudos» de ambos se engancharon rápida e inextri-

cablemente tan pronto se sintieron en favorable propincuidad.

Fueron unos amores románticos en los que no escasearon las lágrimas y los suspiros. Don Julio, el padre, no quería a Rufino para su hijo. Hombre fátuo, de vanidad desmedida, había soñado en tener por yerno, si no un hombre más rico que él, al menos persona de cierta representación, influencia y nombradía con cuya fama hubiese él podido pavonearse por razón de parentesco. En opinión suya, Rufino era un pelagatos sin carrera, sin más méritos que saber un poco de «inglismanglis», un empleadillo de oficina de americanos de la que jamás sería, no ya jefe, pero ni siquiera subordinado importante, pues el hecho de haber nacido aquí, en Filipinas, constituía para él barrera infranqueable. No quiso recibirle en su casa ni mucho menos consentir en que sostuviera relaciones amorosas con su hija. Además (aunque esto no lo confesaba) tenía un motivo especial de antipatía por causa de un incidente que vamos a relatar, ocurrido algunos meses antes.

Don Julio, además de sus corretajes y consignaciones, se dedicaba de vez en cuando al negocio de importación. Por medio de un amigo y paisano que residía en París, traía telas, encajes, perfumes, juguetes y quincallería de Francia y de Alemania, que vendía a los detallistas chinos de San Pedro y de las provincias cercanas. Un día de Todos los Santos, que fué al cementerio para visitar a «sus muertos», se fijó en que los nichos no estaban tan bien adornados como de costumbre. Sin duda, en los meses siguientes al bombardeo e incendio, a nadie se le había ocurrido traer coronas de flores artificiales, y como en San Pedro hay gran escasez de las naturales, los nichos iban

adornados con ramas y cintas únicamente y tal cual flor de trapo mal hecha, producto de la industria casera. Don Julio pidió muestras de coronas a París. Se las enviaron, preciosas, elegantes, metidas en sus cajas de madera y envueltas en delicado papel de seda. Hizo sus cálculos y halló que resultaban bastante baratas, no obstante pagar derechos de aduanas muy elevados: de veinte a cuarenta pesos el costo de cada una, pudiéndose vender por el doble fácilmente.

Envió un pedido de una gruesa, pensando que podría despacharlas todas dentro de aquel año, pero llevado de un sentimiento de tacañería, escribió a su corresponsal en Francia ordenándole que hiciera suprimir los papelitos de seda y que remitiera las coronas sin más envoltura que la de las cajitas, en cuyas tablas del fondo debían ir fijadas con alambres como de costumbre, y cada docena de las cuales debía venir en cajones lo bastante fuertes para resistir el viaje y los trasbordos.

Cuando llegó la remesa, uno de los dependientes de la oficina fué a la Aduana para ocuparse del despacho. Al cabo de una hora volvió, nervioso y desencajado:

— ¿Qué te pasa? — le preguntó su principal al verle de tal guisa.

— Que la Aduana me ha exigido el pago de más de tres mil pesos por los derechos de las coronas y Vd. no me dió más que setecientos esta mañana.

— ¿Cómo? ¿Qué dices? — volvió a preguntar atónito.

— Aquí está la nota que me dieron: tres mil ciento cuarenta y cinco pesos y algunos céntimos..

— ¡Pero están locos! ¡Si hace algunos me-

ses importamos media docena de coronas y nos cobraron treinta y tantos pesos solamente!

— Pues esta nota me la ha dado el cajero mismo.

— Vamos a ver qué es eso.

Fueron a la Aduana y Don Julio se dirigió derecho al jefe. Mr. Carter, que nada sabía del asunto, llamó al cajero. Este buscó la nota declaratoria y miró los números escritos por el pesador y el vista. Era cierto. Seiscientos veintinueve kilógramos y siete gramos, a razón de cinco pesos por kilógramo, hacían exactamente tres mil ciento cuarenta y cinco pesos con treinta y cinco céntimos.

— ¡A ver, a ver! — dijo Carter. — Este vista debe tener hoy flojo algun tornillo. ¡Seiscientos veintinueve kilos de coronas! ¡Habría bastante para todo el Purgatorio!... Que le llamen inmediatamente.

Vino el vista y se explicó. Las flores artificiales « y sus cajitas», pesaban los seiscientos veintinueve kilos. Él se había visto constreñido a extender aquel peso como el peso total neto de toda la partida, porque las coronas no venían envueltas en papel, como de costumbre, sino que venían solas en sus cajitas de madera y éstas a su vez dentro de otras cajas grandes. La Regla 18 de la Tarifa de Aduanas era muy clara. El peso neto de un artículo se determinaba, para la imposición de los derechos, excluyendo el peso de la caja o empaque exterior, pero incluyendo el del «receptáculo inmediato» o sea la envoltura en más próximo contacto con la mercancía. Cuando las flores artificiales venían envueltas en papel, éste se consideraba como el receptáculo inmediato, pero ahora que venían solas en las cajas, éstas

ocupaban el lugar de aquél y debían incluirse en el peso neto.

— Pues tiene razón el hombre — afirmó Mr. Carter: — Así es la ley. La culpa fué de su corresponsal de usted que suprimió las envolturas de papel acostumbradas. Si ahora tiene usted que abonar el quíntuplo de los derechos que ordinariamente hubiera pagado, cóbrelo usted a él.

Don Julio, que sabía perfectamente quién era el verdadero culpable de aquella supresión, salió del despacho del Administrador echando chispas y se dirigió al bufete de su abogado para consultar el asunto.

Este redactó y presentó las protestas que prescribía el procedimiento administrativo, las cuales fueron prontamente denegadas. Entonces aconsejó a su cliente que hiciera abandono de la mercancía y cuando la Aduana la vendiera en pública subasta, que pujara hasta el importe de los derechos sobre las flores sin incluir las cajitas. Hízolo así Don Julio, y para mejor asegurarse, se dirigió a todos los demás importadores de artículos similares en San Pedro y les habló para que le dejaran solo en la subasta, explicándoles lo que había ocurrido como causado por un error u olvido involuntario de su corresponsal en Europa, y arguyendo que debían ayudarle en interés de la clase a evitar un abuso de parte de la Aduana.

Todos estuvieron conformes en abstenerse, pero cierto almacenero chino, que tenía como necio principal el de buscar gangas en todas las subastas que se celebraban en San Pedro y sus pueblos limítrofes, intervino en la de las coronas y pujó hasta una cantidad ligeramente inferior a lo que calculó sería el precio de venta en plaza. Don Julio, que había hecho cuestión de amor pro-

pio el no desembolsar un céntimo por los derechos de aduanas sobre el peso de las cajitas, se quedó sin su mercancía, perdiendo lo que pagó por ella en París, y desde entonces sintió especial antipatía contra todo lo que oliera a la Aduana de San Pedro, y especialmente contra Rufino Rojo, que fué el «martillero» de los artículos y que, no preveyendo que se trataba de su presunto y futuro suegro, se permitió soltar el día de la subasta algunas bromitas y comentarios sobre los efectos de la «Regla 18», malsonantes para los oídos de Don Julio.

Esto no obstante, Rufino y Juling se comunicaban todos los días por medio de cartas que llevaba y traía la *mamay* (ama de cría) que fué de ella, cartas en que se firmaban respectivamente «tu Romeo» y «tu Julieta», y en que se daban eternas seguridades de constancia y mutua fidelidad «hasta la tumba» (decía ella), «hasta más allá de la muerte» (aseguraba él). Pero era tal y tan estrecha la vigilancia a que Juling estaba sujeta, que no podían verse y hablarse sino, ella desde la ventana y él desde la calle, a la hora de la siesta los domingos y fiestas oficiales, y eso porque en tales días y horas, Don Julio acudía invariablemente a la gallera, aunque cayeran capuchinos de bronce.

Cuando se convenció de que su hija estaba verdadera y profundamente enamorada y que si él no la dejaba por la buena ella saldría por la mala, mediante depósito judicial, acabó por dar el consentimiento por escrito exigido por la ley, pero al hacerlo envió a su hija a casa de una parienta para que fuera desde allí a casarse, y él no asistió a la ceremonia. Estaba seguro de aquel joven se casaba atraído por su riqueza y no pensaba darle

el gusto de dejársela. Procuraría derrocharla antes de cerrar el ojo.

Rufino y Juling se casaron un día muy de madrugada en una de las capillas de la catedral, sin que a la boda concurrieran otras personas que los novios, Doña Adela, la parienta en cuya casa vivió Juling últimamente y el viejo Don Lucas Enríquez, que había sido padrino de bautismo de Rufino y ahora lo era también de boda. Cierto que ella no vistió saya de seda *Liberty* de larga cola llevada por blancos pajecillos, ni él gastó frac de paño fino, ni hubo *wedding cake* con áureos anillos dentro, ni recibieron el cargamento de quincallería acostumbrado ni partieron para el viaje de novios a Baguio, o por lo menos a Manila ni fuéronse a residir a una «palacial morada» sino al modesto pero limpio entresuelo donde vivía Doña Adela desde que su hijo fué promovido al cargo de Inspector. Pero no es menos cierto que fueron tan felices como los que más. Al año de la boda tuvieron el primer hijo, al otro año el segundo y al otro el tercero. La niña que Rufino, en la temporada de noviazgo y recordando sus atracones de novelas, llamaba su Ofelia, su Isabel y su Julieta, resultaba en la vida real una coneja.

Volvió a sentir estrecheces económicas pues su sueldo era ya insuficiente para cubrir las atenciones de la familia creciente. Vacó la plaza de Jefe de los Inspectores y la solicitó. Por complacerle solamente pero sin esperanza de que surtiera efecto alguno, Mr. Carter recomendó favorablemente la petición, pero la oficina del «Servicio Civil» de Manila la devolvió prontamente desaprobándola. Había adoptado hacía poco un nuevo reglamento en virtud del cual ningún funcionario que no hubiese pasado los exámenes de «Primer Grado» en

inglés tendría derecho a ocupar plaza cuyo sueldo excediera de ciento cincuenta pesos mensuales.

La política del Gobierno en aquella época era excluir de los cargos públicos de alguna importancia a los filipinos, y creyó que aquella exigencia era el mejor medio para cerrarles la puerta, considerando imposible que pudiera pasar aquel examen ninguno que no hubiera recibido educación académica en inglés y cursado el bachillerato en dicha lengua. Rufino se presentó a examen, pero se llevó unas calabazas. Tenía en la punta de los dedos las leyes y procedimientos de su oficina, pero no supo disertar en el idioma de Milton sobre «las influencias paralelas del hogar y de la escuela en la formación del carácter de la juventud», ni pudo explicar en qué consistió la «decisión Dred-Scott», ni pudo nombrar todos los afluentes del río Mississipi.

Parecía que Rufino se había atascado, hallando un obstáulo insuperable, llegando a un tramo de altura imposible de escalar. Pero un espíritu perseverante, una volunta firme y tenaz, espoleados por la necesidad de mantener la prole y acuciados por el amor propio, pueden hacer milagros. Su enorme capacidad para leer y su buena retentiva le sirvieron de mucho. Se agarró a una Geografía de América y se la bebió de un trago; cogió la Historia de los Estados Unidos y se la zampó de un sorbo; vivió durante varios meses con Bacon y Shakespeare, con Carlyle y Lord Macaulay, con Emerson y con Mark Twain, hablando, escribiendo, pensando en inglés noche y día, hasta que llegó aquél en que pudo examinarse de nuevo. Y pasó con un buen margen sobre el promedio exigido.

Al año siguiente, el americano que ocupó el puesto de jefe de los inspectores lo dejó para

volver a su país por enfermo. Mr. Carter volvió a recomendar a Rufino, y «los de arriba,», no teniendo ahora razones que oponer, aprobaron la propuesta. Habían hecho las reglas del juego lo bastante duras para que él no tuviera probabilidades de ganar, pero una vez que hubo triunfado siguiéndolas estrictamente, no le escatimaron la recompensa.

Comenzó para Rufino una vida más alegre y descansada. En vez de estar confinado en un solo barco días y días, sus deberes le obligaban a ir de uno en otro abordando a los que llegaban para darles entrada y despachando a los que salían. Como San Pedro es aduana de segundo orden y no tiene inspector de inmigración, recaían sobre él los deberes de este funcionario, y tenía que juzgar y decidir los numerosos casos de extranjeros (chinos en su mayoría) que deseaban entrar en el país. interviniendo en asuntos y causas cuya tramitación era fecunda en incidentes pintorescos. Además, el Gobierno acababa de dictar la ley prohibiendo la importación del opio y se instituyó la lucha con los contrabandistas, llena de episodios emocionantes. Causando los celos de los «secretas», que por dedicarse exclusivamente a ello veían con malos ojos que otros cazaran en su coto, Rufino cogió varios alijos gordos, valuados en cientos de miles de pesos.

Un día recibió un soplo: había entrado opio en San Pedro en gran cantidad. Lo pasaban por la Aduana, metido en latas con etiquetas de leche condensada marca «Señorita». En cada caja, que contenía cuarenta y ocho latas, cuarenta y cuatro eran de leche, pero en la hilera del fondo, en las cuatro esquinas de la caja, venían otras tantas latas conteniendo opio. El ingenioso pro-

cedimiento se basaba en el siguiente cálculo, sencillo y exacto. Los Vistas por lo general no abrían muestras de las conservas de marcas conocidas; o si se les ocurría hacerlo no iban a abrir todas las latas por no arruinar al importador, sino que tomarían alguna de la capa de encima; o en último caso, si la tomaban de la del fondo, no irían a cogerlas de las esquinas, donde es más difícil el acceso. En la última consignación de cuarenta cajas de leche pasadas por la Aduana días antes, habían venido ciento sesenta latitas dobles de opio, que valían de ochenta a cien mil pesos en total.

Rufino, seguido de varios guardias, voló a la casa donde le habían indicado que estaba el contrabando, y la registró de arriba abajo, pero no encontró más que las cajas de leche a cada una de las cuales le faltaban cuatro latas, detalle revelador de la veracidad del informe recibido. Según el denunciante, el capitalista del negocio y verdadero dueño del opio era un chino de Manila. Por si lo habían embarcado en el vapor «Navarra» que aquella tarde salía para la capital, Rufino se dirigió a la oficina de los consignatarios y buscó en el talonario de los conocimientos de embarque el nombre del supuesto dueño o de alguno de sus compinches en San Pedro, sin encontrarlo. ¿Qué hacer? No tenía tiempo para registrar en dos horas todo el cargamento que había a bordo del «Navarra» ni era cosa de obligar a un barco a descargar todo su flete por una sospecha tan vaga. Mientras estaba meditando, sus dedos, distraídamente, iban volviendo otra vez las hojas del talonario. Al llegar al número siete, sintió una «corazonada». El papel describía aquella carga como una caja de *sinamay* (tejido del país) ¿Y si la registrara? Tratándose de una caja pronto se

haría; la cuestión era que no estuviese demasiado honda en la bodega del vapor. Durante un momento pensó dejarlo, seguro de que sería trabajo inútil, pero la voz interior continuaba mandándole: «¡Busca!» «¡Allí está!» Fuése al buque y la buscó. No estaba muy honda. Hizo que la subieran a cubierta, que la abrieran: ¡contenía ciento sesenta latas con etiquetas de leche condensada!... Pinchó una de ellas, y en lugar de salir el goterón blanco de la leche espesada, salió una gota de una pasta de color café oscuro, con el olor pegajoso del zumo de la adormidera.

El público se agolpó a su alrededor curioseando. Arriba, en la toldilla, un hombre bien vestido, con todos los rasgos fisionómicos de la raza mongólica, sonriendo con aparente indiferencia pero clavándose disimuladamente las uñas en las palmas de las manos, miraba también como, en el último instante, cuando creía haber salvado ya todos los obstáculos, una casualidad, un capricho de la suerte, le privaba de una fortuna considerable.

Rufino fué felicitado oficialmente por aquella captura.

IV

El «Heraldo de San Pedro» publicó la siguiente gacetilla:

«Tenemos informes de fuentes fidedignas de que en breve harán escala en nuestro puerto los vapores correos españoles de la Compañía Trasatlántica que nos mantienen en comunicación directa y regular con la antigua metrópoli. De Singapore vendrán directamente a San Pedro y luego irán de aquí a Manila. Esta es una prueba más de la importancia que nuestro puerto va adquiriendo, y debe servir de estímulo para que el Gobierno abra de una vez los ojos y sacuda la indifrencia con que siempre ha mirado nuestras constantes peticiones relativas a construcción de muelles, dragado del río y demás mejoras y facilidades reclamadas por la gran expansión comercial de esta región.»

Efectivamente. Una mañana, el hermoso vapor *C. de Eizaguirre* (1), exhibió por primera vez después de diez años la bandera gualda y roja

(1) Al llegar a este punto, quiere el autor dedicar un cariñoso recuerdo a la memoria de sus buenos amigos, el Capitán y oficiales del *Eizaguirre*, que perecieron trágicamente en el naufragio de su barco causado por el choque con una mina, cerca de Capetown, en 1917.

en las aguas de la bahía sanpedrense. Casi todos los miembros de la colonia española y otros muchos curiosos fueron a visitarlo; por la tarde hubo banquete, al que asistieron todas las autoridades, jefes de Bancos y casa de comercio y demás personajes «representativos» de la comunidad; hubo discursos de parte del cónsul, el gobernador de la provincia y el agente local de la Compañía Trasatlántica (conocido como «el catalán más simpático de San Pedro»), y con esto quedó establecida la escala mensual.

Algunos meses después Rufino fué despertado una madrugada por el imperativo campaneo del teléfono. Era el vigía, desde el semáforo, anunciándole que un vapor, probablemente el *C. López y López*, estaba a la vista, a pocas millas de los islotes de Tres Reyes, que marcan la entrada de la bahía de San Pedro.

Se levantó a toda prisa; tomó rápidamente la cotidiana ducha matinal; se puso el uniforme; bebió de un sorbo la taza de café que le sirvió su esposa, y fuése corriendo a la lancha de la Aduana donde le esperaban ya otro inspector y varios guardias. Salieron del río. Eran las seis de una mañana de junio, diáfana y clara. La bahía de San Pedro, que es un brazo de mar estrecho y largo, parecía una cinta de moaré azul encuadrada por dos fajas amarillas formadas por las playas de dorada arena que a ambos lados se extendían y limitadas por las dos bandas de color verde oscuro de las colinas que se elevaban a derecha e izquierda, cubiertas de exhuberante vegetación tropical, en la que predominaban los esbeltos cocoteros, y salpicadas por los techos blancos de las quintas de recreo de los ricachones sanpedrenses y las masas grises de los case-

ríos de las aldeas de pescadores. El aire, trasparente y blando, parecía llevar apenas perceptibles perfumes, como de *calachuche* o *ilang-ilang*, y vagos sonidos de lejanos repiques de campanas y cantos de pájaros, indicadores del despertar en la ciudad y en el campo. Era una de esas hermosas mañanas de verano, inolvidables para quien ha saboreado su encanto, en que todo está en paz, todo en calma, como si los elementos todos de la creación se hubieran puesto de acuerdo previamente para causar en el hombre una sensación de suave delícia, para acariciar su alma con la visión del raro espectáculo de la naturaleza en completa armonía consigo misma.

El *C. López y López* fondeó a media milla de la bocana del río, dió la vuelta con la corriente, echó la escalerilla de estribor y quedó inmóvil. Subió a bordo el médico de naves, y veinte minutos después hicieron lo mismo Rufino y su gente. El Sobrecargo, con los papeles del buque bajo el brazo, le esperaba en la plataforma de la escalera. Se dieron un cordial apretón de manos pues se habían conocido y habían simpatizado en los dos viajes anteriores:

— ¿Qué tal por aquí, amigo Rojo?

— Sin novedad. ¿Qué tal el viaje?

— Magnífico: muy animado, con tanto pasaje.

— ¿Viene mucho para San Pedro?

— Dos de Cádiz; ocho de Barcelona; cinco de Singapore. Para Manila vienen sesenta y cuatro.

— Sí que viene gente, pero no es de extrañar: son los buenos meses.

— Por cierto que una de las pasajeras para

Manila me dijo ayer que quiere desembarcar en San Pedro.

— Puede arreglarse. Dígala que se presente cuando yo haga la visita de inmigración.

— ¿Una tacita de café? ¿Desayuno?

— Gracias: acabo de tomarlo en casa.

Entraron en la cámara. Rufino se incautó de los manifiestos de carga, las listas de pasaje, las notas de rancho y demás papeles del buque; separó los que debían ir a la aduana y los que debían quedar en manos del inspector encargado que permanecería a bordo durante toda la estancia en puerto del vapor; llenó los huecos en blanco de su «libro de abordajes», y se olvidó al sobrecargo diciéndole:

— ¿Quiere usted llamar a los pasajeros?

— En seguida. — Y salió a cubierta, llamando en voz alta:

— ¡Pasajeros para San Pedro: tengan la bondad de presentarse!

Los dos de Cádiz eran dos hermanos, muchachotes fornidos y morenos que hablaban con pronunciadísimo ceceo. Venían para trabajar como dependientes en la «azienda» de su tío, llamada «Nueva *Jeré*», en la provincia de Aetas Occidental. ¿Que quién les había pagado el pasaje? «Puez» ellos «mizmoz», con dinero que les había dado su «propio zeñó pare». ¿Que si venían contratados para trabajar? No «zeñó», «er» tio no había «jecho» trato arguno». ¿Que si sabían leer y escribir? «Zi zeñó», ya lo creo, «de leé, de escribí y jasta de cuentas»... Pasaron los gaditanos.

Los de Barcelona eran todos «inmigrantes que retornaban», es decir, extranjeros que estaban radicados en Filipinas y volvían después de pa-

sar una temporada en su país, excepto una muchachita vivaracha y simpática que se había casado por poderes dos días antes de embarcar con un joven hacendero residente en la vecina isla de Aetas, y que excitó la hilaridad de todos preguntando tímidamente al inspector, después de haber sufrido el interrogatorio:

— ¿Podría usted decirme si mi marido está en San Pedro esperándome?

— ¡Calla, mujer! — amonestó la anciana señora en cuya compañía viajaba la recién casada: — ¿Qué sabe el señor?

— Yo me pensaba que quizás le conocería...

Los de Singapore eran cinco indios ingleses de los cuales tres pasaron y dos fueron rechazados por «peligrosos de llegar a ser una carga para la comunidad» según el enrevesado lenguaje de la ley. No llevaban dinero ni tenían amigos que les ayudaran, ni oficio con el que pudieran buscarse la vida en Filipinas.

Después, el Sobrecargo, con esa cara risueña, evocadora de «juergas» y picardías, que los hombres suelen poner cuando presentan a una mujer de vida equívoca, presentó a la pasajera para Manila que quería desembarcar en San Pedro:

— Esta es la señora que quiere bajar aquí. Se conoce que no debe estar contenta de cómo la hemos tratado cuando no quiere seguirnos hasta Manila.

— ¡Oh no, no es por eso! — protestó ella.

Era una mujer como de veintiocho años, alta, delgada, de labios finos y lívidos y ojos grandes y negros, agrandados aun más por las ojeras que llegaban hasta el centro de los mejillas y que la capa de polvos apenas podía disimular. Vestía

traje elegante, pero ajado, y llevaba alhajas, algunas de cuyas piedras eran demasiado voluminosas para que fueran genuinas. Su actitud era de pronunciado decaimiento y su aire como de indiferencia y hastío.

Dió su nombre y apellido, su edad y el punto de su última residencia.

— ¿Cuál es su profesión?

— Costurera y modista — afirmó con aire rotundo.

— Fué usted modista en Barcelona?

— Si, señor.

— ¿Tenía usted su propio taller, o trabajaba en algún otro?

— No: de los talleres me daban trabajo y lo hacía en casa.

— ¿Podría usted darme los nombres y direcciones de estos talleres.

— Si, pero allí no me conocen porque no era yo sino una hermanita mía la que recogía y entregaba la obra.

Rufino dirigió su mirada a las manos de la supuesta costurera, y aunque ella las ocultó instintiva y rápidamente, pudo notar que no tenían señal de aguja y estaban demasiado pulidas para ser manos de oficiala de modista.

— ¿Es usted soltera o casada?

— Casada, pero mi marido quedó en Barcelona.

— ¿No piensa venir?

— Si veo que hay negocio aquí cuando yo abra mi propio taller, le escribiré y vendrá él también.

Rufino buscó entre los papeles que le había dado el Sobrecargo hasta que dió con uno. Era el permiso firmado por el padre, tutor o marido,

que según la ley española de emigración debía exhibir toda mujer sola que saliera de España, para que pudiera expedírsela el billete de pasaje.

— ¿Y cómo se llama su marido de usted?

— ¿Mi marido?

— Sí, su marido.

— Pues mi marido... se llama... verá usted... ¿Cómo se llamaba, Dios suyo? ¿Cómo se llamaba el tío aquél que por diez pesetas la acompañó a la oficina de Barcelona, declaró ser su marido y firmó el permiso requerido? ¿Cómo se llamaba el ladrón? Era algo así como Flores o Torres o Robles... ¡Nada: que no se acordaba!... Ni tampoco podía dar un nombre por otro porque el demonio del inspector tenía el papel en la mano, estaba leyéndolo, y lo guardaba de modo que ella no lo viera. ¡Maldita suerte!...

Rufino seguía con curiosidad en la expresión de la cara de la mujer el angustioso esfuerzo de memoria que estaba realizando, y cuando comprendió, pasado un minuto, que sería trabajo inútil, puso fin a la triste escena.

— Bien, señora: no se atormente más. Creo que no tiene usted derecho a desembarcar según la ley. Queda usted rechazada. Puede usted apelar de mi decisión ante el tribunal de inmigración de la Aduana. Cuando se decida a hacerlo, dígaselo al inspector que quedará a bordo y él nos avisará.

Llamó al inspector; le señaló la mujer y los dos indios diciéndole que no les permitiera desembarcar; se despidió; bajó a la lancha, y fuése a su oficina.

A las cuatro de la tarde el vigía le avisó que en el correo español habían izado las banderas

llamándole. Volvió a ir. En el portalón le recibió el inspector encargado explicándole:

— Es esa señora de esta mañana, que quiere apelar.

Presentóse ella y le rogó que la acompañara a la toldilla de arriba, desierta a aquella hora porque todos los pasajeros y parte de los oficiales habían bajado a tierra para recorrer la ciudad y los demás tripulantes andaban por la cubierta de abajo.

— Escuche: quería decirle una cosa. Esta mañana, cuando usted me preguntó el nombre de mi marido, no se lo pude decir, porque estamos separados desde hace tiempo, y el último disgusto que tuvimos fué tan grande, tan grande, que yo juré por todos los santos del cielo que jamás volvería a pronunciar su nombre...

— Vaya, señora: ¿era eso todo lo que tenía usted que decirme? — dijo Rufino dejando vagar por sus labios una sonrisita escéptica .

— ¿No me cree usted?

— Ni una palabra. Las cosas claras.

Entonces ella se arrodilló y juntó las manos.

— ¡Por Dios, señor Inspector! ¡Por lo que usted más quiera en el mundo! ¡No me obligue a volver a España! Basta de mentiras: yo he sido... de las de «cartilla», sí; pero le juro que ya no más, que nunca volveré a serlo... Ni podría aunque quisiera, porque con lo flaca y fea que estoy los hombres ya no me quieren. Me haré modista o costurera o criada aquí, pero no puedo volver allá... ¡imposible!...

Había desaparecido hasta el último vestigio de su aire indiferente de por la mañana; las lágrimas habían lavado su cara de la capa de polvos, revelando las enormes y trágicas ojeras,

y de sus brazos flacos que retorcía para dar más énfasis a sus palabras parecían querer escaparse a cada momento las demasiado grandes ajorcas.

Rufino la miraba con pena. ¿Qué amarga historia encerraba aquella vida de mujer? ¿Qué drama doloroso la había empujado a venir a millares de millas de su país natal para ejercer un triste oficio? ¿Cuál no sería de horrible el agujero que había dejado cuando llegaba al extremo de sacrificar la más sagrada de las vanidades femeniles confesándose fea y repulsiva para que no la obligaran a volver?

Ella contó trozos de su historia. Era hija de un médico de pueblo, lleno de familia y escaso de recursos. El hijo del cacique la pretendió. Ella le puso buena cara, como se la hubiera puesto a cualquier otro que la hubiera prometido sacarla de donde estaba; la sedujo con promesa de casorio; la abandonó después de haberla gozado, y ella tuvo que huir de su casa por temor a su padre, que siempre que venía a pelo hablaba de «matar a la que manchara su honor». Luego, «ya se sabe lo que ocurre»... ¡Pero no más, no más! ¡Le daba demasiado asco! Habíanla dicho que en Filipinas se podía ganar bastante como modista o costurera o sombrerera, que había poca competencia, que las parroquianas no eran muy exigentes, y ahorró y ahorró hasta juntar para el pasaje... Ella no sabía gran cosa, pero qué comer y cuatro trapos ya la darían...

Rufino íbase conmoviendo. Como les ocurre por lo general a los hombres que no «la han corrido», dábale compasión el espectáculo de la mujer caída, de la «prostituta arrepentida» que quiere o aparenta querer regenerarse. He ahí

que la suerte traía ante él a una de esos desgraciadas que el mundo denigra y luego rechaza, tantas veces pintadas en las novelas que leído había. De una frase suya dependía que aquella mujer postrada a sus plantas entrara en el refugio a cuyas puertas llamaba o se viera obligada a volver a dejarse llevar por la corriente que la arrastraría sin duda alguna, en breve plazo, al hospital y a la muerte. Vió en ella a Manon Lescaut encadenada, a Margarita Gautier muriendo tísica, a Fantina sin pelo ni dientes, a la Máslova cruzando las estepas siberianas, a aquella inolvidable «Bola de Sebo», sufriendo el desprecio de los que acababa de salvar... Y se ablandó...

— Levántese, señora: hay un medio... Todavía no di de baja su nombre del manifiesto de inmigrantes de Manila para trasladarlo al de San Pedro... Pues bien: queden las cosas como estan. Tome usted sus papeles y léalos bien... Siga usted para Manila, y si allí no la detienen, yo me lavo las manos...

Y se fué en seguida, huyendo de oir las expresiones de gratitud que ella le dirigía.

V

Durante algunos días se olvidó completamente del episodio de la pasajera porque uno de sus hijos cayó enfermo, pero cuando se curó el chico lo recordó, y una noche, de sobremesa, contó la escena a su esposa y a su madre.

— ¡Pobrecita «también»! — dijo Juling: — Hiciste bien en dejarla pasar.

— Pues, hija, yo creo que no — opinó Doña Adela: — Esas pájaras no deberían venir. Sabe Dios lo que hará ésa en Manila. Probablemente pervertir «con» alguno de nuestros pobres jóvenes...

Aquella frase de su madre fué la llave que abrió las puertas de la mente de Rufino a las dudas y al remordimiento. ¿No habría él quizás «hecho el burro» dejándose llevar por un excesivo sentimentalismo y dando a aquella mujer los medios para burlar la ley? Cierto que ésta no impedía la entrada de las que «lo habían sido» sino la de las que venían «para serlo» pero ella le había revelado, por indicios indudables primero y por confesión después, que fué una prostituta, que lo era y que no tenía otra profesión en aquel momento, y aquello constituía prueba

prima facie de que continuaría siéndolo. Verdad que había jurado no volver a las andadas, pero eso lo decían todas en cuanto se encontraban en cualquier compromiso de los que traía su oficio, y luego continuaban como si tal cosa, demasiado holgazanas e ignorantes para poder buscarse el pan de otra manera. Era razonable suponer que, lo mismo que había mentido al declarar sobre su estado y profesión en el primer interrogatorio, lo mismo que había mentido al pretender disimular su lapso de memoria con la burda y fantástica disculpa de un juramento, habría mentido también al hablar de sus planes para el porvenir.

Pero, además, ¿quién era él para haber decidido el asunto a rajatabla en última instancia? Su deber, según las leyes y reglamentos, era denegar la entrada de aquellos inmigrantes cuyo derecho no apareciera claro y evidente, y luego, si éstos protestaban, el tribunal o junta de inmigración que actuaba con idénticas facultades a las de un jurado, era el llamado a decidir. El debió, lo comprendía ahora, trasladar desde el primer momento el nombre de la mujer de las listas de Manila a las listas de San Pedro, y cuando vió que tropezaba en el primer interrogatorio, rechazarla y no volver a ocuparse del asunto sino para dar traslado de la apelación a la junta si ella apelaba. Y en último caso, tenía un jefe, un superior, responsable de todo el trabajo de la oficina, a quien debió haber informado y consultado.

Al sugerirla el medio para burlar el espíritu, ya que no la letra, de una ley que él estaba pagado para poner en vigor, había prevaricado, había incurrido en una falta muy grande en el

cumplimiento de sus deberes, había cometido un grave pecado. Aquella mujer se había confesado ajada y fea, pero recordándola bien, comprendía que si se cuidaba un poco, volvería a ser deseable y atractiva. Y cuando tal ocurriera, era posible que su madre tuviera razón, que pervirtiera, que pringara quizás a algún joven incauto. Y la culpa la tendría él, Rufino, por crédulo y por débil, por «romántico» y por «novelesco».

¿Pero qué espesa venda cubrió sus ojos aquella tarde para que hiciera lo que hizo? Había faltado a su obligación, había contribuído a trasgredir la ley en un rasgo de sentimentalismo cursi y ridículo. El no era quién para interpretarla a capricho. El debió ser exclusivamente la máquina impasible que la aplicara. Si al hacerlo causaba sufrimiento a algún prójimo, la culpa no sería suya, sino de quienes la hicieron.

¿Cómo fué tan tonto? ¿Cómo no comprendió que si hay lugar donde el sentimentalismo deba excluirse era en el cargo que él ocupaba? ¡Y rechazó a los pobres indios que quizás fueran, que serían seguramente, tan dignos de lástima como la mujer aquella! No es que se arrepintiera de haberles echado atrás, pero sí de no haber hecho lo mismo con la pecadora. ¿Con qué cara se presentaría en lo sucesivo ante Mr. Carter, que siempre le había distinguido con su confianza? ¿Cómo podría en adelante ser exigente con sus subordinados?

Para mejor comprender los sentimientos de Rufino, conviene recordar que recibió su primera educación de su madre, mujer de rígidos principios, y la completó en el Seminario, donde no se enseñaban soluciones acomodaticias ni teorías de manga ancha. Precisamente él había

sido uno de los alumnos más fervorosos, de los que nunca se acercaban a comulgar sin haberse antes «reconciliado», siempre lleno de escrúpulos y de dudas sobre sí mismo.

La preocupación de lo que había hecho aquella tarde a bordo del *C. López y López* fué creciendo de día en día, privándole del sueño muchas noches. Quiso distraerse procurando ser más extricto que nunca en sus deberes. En un viaje de inspección por el distrito, que duró una semana, cogió dos contrabandos importantes, sorprendió a seis embarcaciones menores navegando sin luces y a quince sin haber pagado sus contribuciones al Gobierno. A su vuelta cogió a dos guardias dormidos de madrugada en sus puestos y les hizo dimitir, y una noche, escondido detrás de un montón de cajas en el muelle, vió a un «secreta» recibir un soborno de dinero para bajar opio, y pudo cogerle infraganti y con las manos en la masa. Mr. Carter estaba encantado, pero él, Rufino, no paraba de decirse: «Sí, sí. Te felicitan, te tienen por un funcionario modelo, pero tú vales menos que nadie, menos que el contrabandista, menos que el patrón infractor, menos que el guardia que se duerme. Eres un hipócrita, Rufino Rojo, un hipócrita de marca mayor, eres exactamente igual que los que aceptan sobornos. A la majestad de la Ley ¿qué más le da que el soborno recibido sea en dinero o en lágrimas falsas, por ejemplo? Lo que la importa es que no la tuerzan, que no la falseen, como has hecho tú. Lo que debes hacer es dimitir y dedicarte a sembrar camote o a... ser apóstol de las *demi-mondaines*... Tenía razón tu suegro. Nunca pasarás de ser un empleadillo, un modesto subordinado, porque te

falta nervio, te falta carácter para ser jefe...»

Llegaron a ser tan molestos e intolerables aquellos pensamientos que un día Rufino se decidió a hacer una cosa inaudita: a confesarse con su jefe. Cuando de niño había cometido alguna diablura o algún pecado y había ido a contárselo en la capilla al Padre Nogal, había experimentado inmediatamente después una grata sensación de alivio, y el recuerdo subconsciente de ello le indujo ahora a abrir su corazón ante aquél que a sus ojos representaba la ley que había ofendido, siguiendo instintivamente esa idea grabada en el alma de quienes fueron educados católicamente de que una culpa no se lava y se redime si no se la confiesa.

Preparó una carta donde presentaba su dimisión y llevándola en la mano entró en la oficina de Mr. Carter.

VI

Por aquellos días habían ocurrido acontecimientos políticos importantes. En Estados Unidos había triunfado el partido demócrata en las últimas elecciones; había subido al poder el Presidente Wilson, y Harrison fué nombrado Gobernador del Archipiélago, con instrucciones de dar a los isleños la mayor participación posible en el gobierno, preparándoles para la posible y probable concesión de la independencia. A las pocas semanas de la llegada del nuevo jefe ejecutivo a Manila comenzó el éxodo de funcionarios americanos, dejando vacantes puestos que se llenaban inmediatamente con filipinos considerados capaces e idóneos para ocuparlos.

Cuando se publicó a los cuatro vientos el discurso inaugural de Harrison llovieron las dimisiones de americanos, entre ellas las de Mr. Carter y la de su segundo, el Administrador Auxiliar de la Aduana de San Pedro. «Vámonos antes de que nos echen», pareció ser el lema en que casi todos se inspiraron. Los «de arriba» aceptaron la dimisión del auxiliar pero no la del jefe, a quien rogaron se quedara un año o dos más por no haber aún quien pudiera sustituirle, y en

el momento que Rufino escogió para su conferencia, Mr. Carter acababa de recibir la comunicación en que le denegaban su renuncia.

Rufino contó detalladamente el incidente de la pasajera, y al terminar el relato le tendió la carta en que hacía dimisión de su cargo.

— Por si no me considera usted digno de seguir ocupando mi puesto, he querido dejarle en libertad de nombrar a otro.

Contra lo que esperaba, Mr. Carter no se inmutó ni largó taco alguno. Tomó el papel; lo leyó; le dió algunas vueltas; lo metió en un cajón del escritorio, y murmuró:

— ¡Qué lástima!...

Luego le despachó diciéndole:

— Bueno: vuelve a tu puesto y no hagas nada hasta que yo te avise. Voy a consultar a Manila.

Volvióse Rufino con el corazón oprimido.

Comprendía muy bien el significado de aquella exclamación: «¡Qué lástima!» Sí: ¡qué lástima que él hubiera sido tan idiota, precisamente ahora que vacaba el cargo inmediatamente superior al suyo, para ocupar el cual, debido a los recientes cambios de la política, él era el candidato lógico! Si no hubiera sido tan blando de corazón aquel día y tan escrupuloso hoy, Carter habría sometido la recomendación aquella misma semana y no pasarían quince días sin que se recibiera el telegrama: «Rojo nombrado Administrador Auxiliar». En el ramo de aduanas el título de «Administrador» es el más codiciado: el que puede ostentarlo detrás de su nombre se considera entre los elegidos, de entre los que llegarán con seguridad a la meta en su carrera. Ahora, seguramente, ascenderían a otro, y él, que tanto había trabajado en aquella oficina, ten-

dría que salir e irse a otra, donde debería comenzar desde abajo, por el primer escalón...

A veces arrepentíase de haber sido tan escrupuloso y tan quijote y pensaba que si se hubiera tragado sus escrúpulos y callado su boca nadie hubiera podido acusarle. Pero en seguida rechazaba la idea. Prefería el dolor de ahora que no el remordimiento de antes. Desde que se delató, le parecía haber crecido, sentirse más hombre, poder andar con la cabeza más alta. No: antes empezar otra vez como «meritorio» que no hipócrita. ¿La mujer, la madre, los hijos? ¡Bah! Todos estaban acostumbrados a comer arroz con «mongos» y pescado seco por todo alimento si fuere necesario. Cuando le aceptaran la dimisión le pagarían el sueldo correspondiente a sus vacaciones acumulades, con cuyo dinero podría sostenerse hasta que encontrara nuevo empleo. Tenía que ser muy inepto o muy vicioso un hombre para que se muriera de hambre en Filipinas...

Pasaron varios días durante los cuales Rufino vivió en un estado agudo de ansiedad y suspensión de ánimo. A veces parecíale que las horas trascurrían con lentitud desesperante y a veces que volaban con espantosa rapidez. Durante aquel período terminó todos sus trabajos pendientes preparándose para hacer entrega de sus libros y papeles al sucesor. Al cabo de dos semanas Mr. Carter le llamó una tarde a su despacho.

— Pues mira, Rufino, consulté a Manila. Les dije que una inmigrante sospechosa había conseguido pasar por causa de un error tuyo en la interpretación de la ley. Di sus señas y pedí que los del servicio secreto la buscaran y averi-

guaran a qué se dedicaba. Resulta que la mujer en cuestión está viviendo como «esposa morganática» de un paisano suyo, hombre de muy buena posición y que la trata muy bien. Si más tarde se tuerce, tenemos derecho, dentro de los tres años de su llegada, a arrestarla y a deportarla a su país. No apruebo lo que hiciste, pero te lo perdono en gracia a tu franqueza. Y ahora quiero decirte otra cosa. En vista de tu facilidad para conmoverte, decidí quitarte del puesto ese de inspector de inmigración, y para evitar que vuelvan a tentarte las pasajeritas españolas (¡pillín!), recomendé tu ascenso al puesto de segundo jefe, donde no tendrás que ver con ellas en adelante. Toma: mira el telegrama que acabo de recibir.

Y le tendió un papel del color de rosa de los telegramas urgentes, que decía literalmente en inglés: «Rojo nombrado Administrador Auxiliar», y la firma del jefe de la oficina de Manila.

Rufino sonrió y soltó dos lágrimas, simultáneamente, y en aquel punto y hora se juró a sí mismo no volver a leer en su vida una novela sentimental.

VII

Catorce meses después el «Heraldo de San Pedro» publicó otra gacetilla:

«Desde que se inició la *Nueva Era* en la po-»lítica, la filipinización de los servicios avanza »rápidamente, como lo prueba la lista de altos »nombramientos recientemente sometida por el »Honorable Gobernador General al Senado de Fi-»lipinas, y que este elevado cuerpo legislativo »aprobó en su última sesión ejecutiva. Entre »ellos vemos con sumo placer el nombre de nues-»tro querido compoblano D. Rufino Rojo, para »ocupar el delicado cargo de Administrador de »esta Aduana, una de las más importantes hoy »día en Filipinas.

»Al felicitar a tan buen amigo por esta hon-»rosa como merecida distinción de que acaba de »ser objeto, hacemos también extensiva nuestra »felicitación al comercio y a la marina mercante »sanpedrenses, cuyos intereses quedan garanti-»zados con la selección de tan idóneo jefe.»

Rufino recortó la gacetilla, la metió en un sobre, lo dirigió a su suegro y lo depositó en correos.

FIN

Iloilo, setiembre 1922.

TIA PASIA

I

El día que se rindieron, con mucha ceremonia, las fuerzas regulares revolucionarias de San Pedro, que comandaba el General Plaza, ante las fuerzas superiores del ejército norteamericano de ocupación, allá por el año 1902, la provincia de X... quedó «pacificada» oficialmente, pero no del todo en realidad.

Algunos grupos de los que se llamaban «irreconciliables», arrastrados por jefes en quienes el sentimiento patriótico había alcanzado un grado máximo de exacerbación, negáronse a deponer las armas y continuaron en su actitud de protesta, refugiados en lugares de difícil y costoso acceso para los invasores. Al principio, estos «remontados» recibían subrepticiamente de los habitantes del llano las vituallas que necesitaban, pero, con el transcurso del tiempo, el pueblo se cansó de sostenerles. Los menos *enragés* fueron rindiéndose obligados por la necesidad, pues aunque las suyas eran reducidísimas en comparación con las de igual número de tropas de un ejército moderno, no podían ser cubiertas con los escasos recursos disponibles en las míseras aldeas del monte y en los barrios

extraviados donde campaban por sus respetos. Algunos de los jefes de no muy limpios y pacíficos antecedentes, que se habían «colado» entre los revolucionarios aprovechándose del desorden natural en tiempos de revuelta, acabaron por degenerar en bandidos, imponiendo sobre la gente pacífica tributos cada vez más onerosos por medio de coacciones y amenazas.

Una de estas partidas, la más célebre por su audacia en los golpes de mano y por sus crueldades en la exacción de tributos, fué la que tuvo su centro de operaciones en la montaña que viene a ocupar el centro del triángulo que forman el pueblo de Pinilían y sus dos barrios más importantes: Balsa y Ermita. La mandaba un tal Plácido Percales, *alias* «Capitán Palás», que fué medio cuatrero, medio bandido, en tiempo del gobierno español, y a quien los jefes revolucionarios habían tolerado en sus filas durante la primera época del alzamiento cuando no se podía escoger mucho ni hilar demasiado delgado en lo relativo a las cualidades morales de los adeptos a la causa, bastando que fueran lo suficientemente bragados para jugarse la vida a toda hora lanzándose al campo, sin armas casi, a desafiar el secular poderío de España, sostenido por soldados que aun no habían olvidado el valor legendario de los conquistadores.

Mientras duró la recolección del palay aquel año y los agentes de Palás pudieron recaudar su diezmo en el campo mismo, las dificultades no fueron muchas: algún que otro aparcero o propietario apaleados por protestar con demasiada viveza de la «contribución voluntaria» que le imponía el «Ejército Libertador». Pero cuando terminó la cosecha y quedó el grano encerrado en

los trojes de los pueblos al amparo de la policía local y de los puestos de tropas americanas estacionados en ellos, Capitán Palás se vió negro muchos días para poder siquiera matar el hambre de su falange. Entonces recurrió a lo que podríamos llamar, en frase modernista, «el robo por correspondencia». Escribía a todos los vecinos más o menos pudientes de los municipios cercanos ordenándoles que en determinada fecha y hora depositaran en tal o cual cueva o chozo aislado ciertas cantidades de arroz, sal, mongos y pescado seco, y amenazándoles, si dejaban de hacerlo, con quemar sus campos, matar su ganado y someterles a ellos mismos a un «consejo de guerra» por «traición a la patria».

Al principio, muchos de los vecinos requeridos cumplieron con las órdenes del cabecilla, pero al ver que algunas de las remesas caían en poder de los soldados y policías fieles al nuevo régimen y que éstos a su vez les molestaban con acusaciones de complicidad en delitos de «bandolerismo» que una ley especial castigaba con severísimas penas, acabaron por dejar de hacer caso a las conminaciones de Palás, y llegó el día en que las «donaciones» cesaron por completo. El «Capitán» comprendió qeu había sonado la hora de hacer una de *pópulo bárbaro*, para demostrar que sus amenazas no habían sido vanas. Una noche simuló que pretendía asaltar con el grueso de su partida una casa situada al extremo del pueblo de Pinilían que dá hacia Ermita, y mientras soldados y policías acudían presurosos para atacar y perseguir a los asaltantes, el jefe de la partida, con diez hombres de sus más fieles, entró por el otro lado del pueblo; subió por la escalera de servicio a la casa de un tal Ramón Pa-

ñoso a quien las nuevas autoridades acababan de nombrar vice-presiente municipal de Pinilían y que había sido uno de los recalcitrantes a peticiones y amenazas; le arrancó del lecho, le ató las manos a la espalda, le amordazó, le obligó a bajar de casa y se lo llevó a campo traviesa a la guarida montañosa donde se hallaba establecido el «cuartel general» de la partida. Aquella misma noche se representó una especie de parodia de consejo de guerra donde Palás actuó de acusador, testigo, juez y verdugo, y a la mañana siguiente unos campesinos hallaron el cadáver de Pañoso, cosido a puñaladas, atado al tronco de uno de los árboles que bordean la carretera entre Balsa y Pinilían, y con un letrero, escrito sobre un trozo de cartón, clavado al pecho con una última puñalada, que decía, en bisaya: «así mueren los traidores».

Cuando llevaron aquel triste despojo humano a su casa, Pasia (Bonifacia) la viuda — que había pasado parte de la noche yendo de ceca en meca rogando e incitando a sus parientes y a las autoridades para que salieran a perseguir a los secuestradores y a rescatar a su marido, y la otra parte sollozando y rezando por el buen éxito de los perseguidores — se abrazó al cadáver chillando como una poseída, besó las heridas cubiertas de sangre coagulada mezclada con tierra, y se desmayó en un síncope de larga duración. Terminado el entierro solemne, el concurrido novenario y el brillante *katapusan* o fiesta del último día de la novena, Pasia hizo un viaje a San Pedro y acampó, materialmente acampó, junto a la puerta de la oficina del General Talberg, gobernador militar de la provincia. Mañana y tarde, cuando se dirigía a su trabajo, encon-

trábase éste con la enlutada mujer. No entendía su idioma, pero comprendía muy claramente que con sus miradas y sus lágrimas pedíale que no dejara impune el crímen. El general no se durmió. Puso en movimiento policías, soldados, espías y secretas; ofreció crecidas recompensas, creó una columna volante expresamente encargada de capturar a Palás; apercibió al fiscal militar; buscó testigos; en una palabra, puso en juego todos los recursos de que disponía para que la muerte de Pañoso fuera vengada. A sus ayudantes les decía, medio en broma medio en serio, que si el criminal no caía pronto, era capaz él, Talberg, de ir personalmente en su persecución descuidando todos los demás trabajos y cuidados del gobierno, aunque no fuera sino por quitarse de encima el constante espectáculo de la afligida viuda interrogándole diariamente con la mirada.

A las pocas semanas del suceso, utilizando como cebo la supuesta llamada de la favorita entre las varias «capitanas» morganáticas, los agentes de Talberg consiguieron que Capitán Palás cometiera la tontería de caer en una celada que le armaron, a consecuencia de lo cual fué arrestado, llevado a San Pedro y encerrado en una mazmorra. Los representantes del gobierno invasor, negándose a reconocer beligerancia al «Ejército Libertador» y a sus caudillos, tuvieron la descortesía de tratarles como a criminales vulgares. A fuer de despóticos tiranos, exigiéronles estrecha cuenta de la «justicia» que hicieron en Pañoso, sometiéndoles, a su vez, a un consejo de guerra. El tribunal norteamericano, faltando a todas las reglas de ese compañerismo que, en opinión de Palás, debía existir entre gentes de

armas aunque militen en campos opuestos, incurrió en la grosera y despreciable desconsideración de hallarles culpables con todas las agravantes y de sentenciarles, a él y a dos de sus tenientes, «a ser colgados por el cuello hasta morir». La sentencia debía ejecutarse públicamente, en la plaza de Pinilían, frente a la misma casa de Pañoso.

Pasia, aunque mujer al fin y por tanto de poco aguante nervioso, halló en su intensa indignación y ansia de venganza fuerzas bastantes para volver expresamente de San Pedro a Pinilían el día de la ejecución, asomarse a una ventana de su casa y no apartar sus ojos del lugar donde se había levantado el patíbulo. Vió llegar el vagón, rodeado de una escolta de tropas de caballería; vió bajar del pesado y alto vehículo a los tres reos vestidos de limpios y planchados trajes blancos, como si fueran a una fiesta, atados codo con codo, llevando cada uno junto a sí a un ayudante del verdugo y a un fraile agustino que con un brazo medio le abrazaba medio le sostenía, mientras con el otro, extendido y apuntando con el índice hacia lo alto, le incitaba a mirar el cielo azul de aquella hermosa mañana de julio, sin duda para evitarle la contemplación del fatídico estrado al que iban lentamente acercándose y donde debía ocurrir el mortal desenlace. A medio camino, el «Capitán», que iba el último, volvió la cara hacia la casa de Pañoso y vió a Pasia asomada. Cruzáronse las miradas de ambos en un intenso y rápido choque, revelando, la de él, rabia impotente. la de ella venganza satisfecha. Les vió llegar y subir la escalera del tablado, Palás con paso firme y actitud altanera, los otros casi a rastras;

vió a los ayudantes del verdugo colocarles bajo la alta viga transversal; echarles unas hopas o capuchas sobre las cabezas; pasarles por los cuellos los nudos corredizos, y luego, en tanto la enorme multitud congregada para presenciar el mórbido espectáculo exhalaba inmenso y anheloso suspiro, vió al ejecutor mover la palanca que abría las trampas bajo los pies de los reos y vió los tres cuerpos caer con rapidez vertiginosa, estremecerse en una última convulsión y quedar rígidos pendientes de las cuerdas, balanceándose ligera y suavemente a impulsos de la brisa con isócrono moviminto de péndulo.

Pasia se retiró de la ventana algo desilusionada. Aquéllo, con ser tan terrible, había sido demasiado rápido. Hubiera querido que los del consejo de guerra la hubiesen entregado a Palás y la hubiesen dado el arma misma con que mató a su marido para castigarle ella por su mano; para herirle donde hirió, para causarle los dolores que causó; para recrearse en el espectáculo de la sangre del asesino fluyendo lentamente con su vida miserable...

Un mes más tarde, después de haber vendido a unos parientes del difunto toda la participación e interés que hubo de corresponderla en los bienes relictos, salió Pasia de Pinilían para no volver y sentó sus reales definitivamente en San Pedro, la capital de la Provincia.

Tenía treinta años; era huérfana de padres y de hijos y no la quedaba más pariente que una hermana mayor con quien no se llevaba bien.

II

Alquiló una modestísima habitación compuesta de dos cuartos pequeños y una cocina minúscula en el entresuelo de una casa de la calle Santa Rosa, situada a espaldas de la catedral, una de esas calles provincianas, dormidas y silenciosas, donde vivían funcionarios subalternos del templo y pequeños industriales que trabajaban en casa, tales como relojeros, encuadernadores, costureras, etc. El dinero que la produjo la venta de sus bienes, colocado en la casa Barrinaga Hermanos, de la que Pañoso fué cliente, al ocho por ciento anual, dábala una renta de sesenta pesos mensuales. Pagando diez de alquiler y gastando en comer menos de un peso diario para ella y la criada que tomó, aun la sobraban algunos pesillos al cabo del mes, más que lo bastante para costear su modesta ropa. Vestía de luto invariablemente.

Desde que estuvo dos años, de niña, en el colegio que las Hermanas de la Caridad tienen establecido en San Pedro, cursando primera enseñanza y «labores», Pasia era católica ferviente. Cuando al casarse con Pañoso vióse obligada a ayudarle en su lucha por ganar fortuna, tuvo

precisión de abandonar un tanto las prácticas religiosas, pero al quedar viuda y libre dedicóse a ellas con asiduidad. Ingresó en las diversas cofradías organizadas por las damas sampedrenses, quienes la acogieron con los brazos abiertos al ver que era de las que no solamente se apuntaba por cinco pesos en las listas de suscripción para costear misas, novenas, tríduos y procesiones, sino que también prestaba gustosa su trabajo personal. Pronto hubieron de hacerla «celadora» del Apostolado del Sagrado Corazón de Jesús, y luego vice-presidenta de la Asociación de las Hijas de María y más tarde Hermana Mayor de la Cofradía del Santísimo Rosario.

Los días de tríduo y de novenario, que se sucedían con frecuencia, y los de Semana Santa y Pascuas, Pasia, bajo la alta inspección de Capitana Martina Enríquez, la acaudalada Presidenta y Hermana Mayor de casi todas las cofradías religiosas de San Pedro, era quien atendía al adorno del templo, al arreglo y decoración del altar, del monumento o del belén; quien se ocupaba de la limpieza de las andas o de los «carros» de los pasos, hasta dejar sus vitrinas y chapas plateadas como espejos de relucientes; quien organizaba los ensayos de las misas a toda orquesta, lidiando con músicos, cantores y cantoras, entre quienes se suscitaban a lo mejor violentas tempestades de envidias y celos que era necesario calmar; quien dirigía las procesiones designando las muchachas que habían de llevar las cintas y los jóvenes que debían portar los estandartes, escogiéndolos entre los que se sabía con seguridad que no pasarían de un discreto *flirteo* ni escandalizarían a los fieles; quien se

encargaba, en fin, del gran trabajo material que requiere el buen esplendor del culto divino.

Toda su enorme actividad corporal encaminada hacia las cosas santas y su constante esfuerzo mental enderezado a limpiar su espíritu de rencores, no fueron bastantes, sin embargo, a borrar de sus corazón el odio que la inspiraba la memoria del matador de su marido, tan trabajador, tan honrado, tan cariñoso y tan bueno para con ella. Experimentaba vagamente, aun cuando apenas osaba confesárselo a sí misma, la sensación de haberse quedado «a media miel» en los goces de la vida; de verse privada, en plena juventud, de placeres legítimos y honrados; de haber perdido la ocasión, quizás, de coronarse con la gloria de la maternidad, y aunque poco a poco, a medida que transcurrieron los meses y avanzaron los años, los detalles de las trágicas escenas ocurridas en Pinilían fueron esfumándose, quedó uno que fué haciéndose cada vez más claro y más vívido: el de la cara de Palás cuando se dirigía al patíbulo, alta la frente y retadores los ojos que el fraile acompañante en vano procuraba hacer mirar al firmamento.

Por las noches, antes de acostarse en el cuartito que servíala de dormitorio, tía Pasia, como empezaron a llamarla cuantos la conocían porque con su traje de luto, su manto de viuda y su pelo que encaneció prematuramente parecía tener derecho a este respetuoso tratamiento, arrodillábase para orar en un tosco reclinatorio de palo frente a la «cómoda» donde guardaba su ropa y cuyo tablero superior era como una especie de larario o altar que tenía en el centro un crucifijo de dos pies de altura, tallado en madera, flanqueado por dos virinas que conte-

nían respectivamente las imágenes de bulto de San Vicente y de San Miguel Arcángel pisando al diablo. Sobre la peana del crucifijo, en la que el tallista había intentado reproducir los fragosos riscos de un calvario fantástico, estaba el puñal con que mataron a Pañoso, que el Capitán Sidney, presidente del consejo de guerra que juzgó a Palás, regaló a la viuda, creyéndola sin duda tan aficionada a los «souvenirs» como las damas norteamericanas. Encima del crucifijo, colgado en la pared, había una ampliación al óleo, bastante parecida, de un retrato de la víctima.

La noche de un primer domingo de Junio (en que había habido gran procesión para rematar las fiestas de las «Flores de Mayo», después de la cual tía Pasia, desde la puerta de la Catedral, presenció con secreta envidia el desfile de parejas de novios y esposos, a quienes el aire ardiente y húmedo de un lluvioso verano parecía unir con más ahinco), mientras ella, distraída, rezaba sus últimas oraciones en sufragio del alma de su marido, el San Vicente vestido de fraile la recordaba al sacerdote que acompañó a Palás la mañana de la ejecución, y el diablo que se enroscaba iracundo bajo los coturnos del arcángel, con su cara mefistofélica y su mirada de soberbia implacable, recordábala a Palás mismo, altivo y rebelde aun ante la inminente proximidad de la muerte. Al meterse en la cama bajo el mosquitero de *lanot* (tejido ralo de fibras de abacá) que en combinación con la escasa y vacilante luz de aceite que ardía en el altar, hacíanla verlo todo a su alrededor con aspecto fantástico y tembloroso, dedicóse con más ahinco que de costumbre a fantasear sobre su tema favorito: el de que no

se había vengado lo suficiente del malvado que la redujo al estado de viudez y soledad. Complacíase en imaginarse que se lo habían entregado, bien atado de pies y manos, y que ella, con la misma arma asesina, le hería donde él hirió, contemplando gozosa sus dolores y su lenta agonía...

En la calle próxima apenas turbaba el silencio las pisadas furtivas de algun raro transeunte, y en la habitación inmediata, que servía de sala y comedor, sólo se escuchaba el isócrono ronquido de la criada que allí dormía tendida en un petate sobre las tablas del suelo. Tía Pasia comenzó a adormilarse y cuando llegó a ese momento inmediatamente anterior al sueño profundo en que no parece sino que uno flota impreciso en un plano distinto que el ordinario, le pareció que se dibujaba ante sus ojos un espectro volando en la penumbra y mirándola iracundo y vengativo. Ella se incorporó, aterrorizada, santiguándose y exclamando «Susmariosep!» (Jesús, María y José). Desapareció la visión, pero volvió a presentársela algunas noches después, y luego otra vez, y otra, hasta que adquirieron sus visitas cierta regularidad.

Los jueves y domingos, días en que se confesaba con el Padre Llanes, coadjutor de la parroquia, contábale a éste la frecuente repetición de las apariciones. El sacerdote aconsejábala que rezara y rogara por su difunto enemigo pues ya había expiado bien su crimen en este mundo, pero éste era el único asunto en que la autoridad del padre espiritual no lograba imponer sus dictados a la conciencia de tia Pasia. Lo más que alcanzó de ella, muy a duras penas y valiéndose de amenazas de negarla la absolución, fué que

no deseara al alma de Palás la condenación eterna, pero era a cambio de desearle muchos, muchísimos siglos de purgatorio ¡cuantos más mejor! Recordando que ya llevaban pasados varios años desde el trágico suceso, el Padre Llanes movía la cabeza extrañado de aquel terco rencor en mujer tan dócil en otros particulares. Tal vez su extrañeza se hubiera disipado si hubiera podido penetrar en los más recónditos pliegues de la subconciencia de su penitenta donde ella misma apenas osaba penetrar.

Al principio el aparecido no fué realmente «visible» con los ojos corporales de tia Pasia. Era más bien como una intuición, como una sensación indefinida de «no estar sola», de haber alguien cerca de ella, sensación idéntica a la que experimentamos cuando alguno de nosotros mira con cierta intensidad, obligándonos a volver la cabeza con movimiento casi involuntario. Al cabo de varias semanas se presentó una imagen en forma confusa y fragmentaria, sin que se la viera con alguna claridad más que la cara, y aun de ésta sólo parecían tener vida los ojos. Luego, a medida que transcurrió el tiempo y se repitieron las apariciones cada vez con más frecuencia, el fantasma tomó cuerpo, un cuerpo flácido, hecho como de sustancia de nube blanquecina. No parece sino que tía Pasia misma lo iba nutriendo y fortificando, pues cuanto más pensaba en su enemigo el espectro nocturno era mayor, más firmes sus líneas y más acusado su contorno.

Hacia fines del año 1920 aquello había llegado a constituir una pesadilla, una obsesión constante para tía Pasia, presa en las redes de sus

hábitos mentales de los que no podía huir. La asociación de ideas era fatal e ineludible: rezar por su marido; acordarse de su matador; evocar la cara de éste cuando iba hacia la muerte; *verle* después flotando en la semioscuridad del cuarto. Tía Pasia se enardecía. ¿Por qué no era la imagen de su marido la que acudía siendo así que también pensaba en él teniéndole presente en la memoria mucho más largo tiempo que al otro y por qué era siempre la del miserable y aborrecido Palás? Sentíase desorientada al comprender vagamente que el odio era más fuerte que el amor e insensiblemente aumentaba su rencor contra «el intruso».

Por entonces había llegado a San Pedro aquella ola de espiritismo que invadió a la humanidad poco después del armisticio. En los altos de la casa donde habitaba tia Pasia vivía un relojero que se entregó en cuerpo y alma al cultivo del trípode. Con esa ansia de proselitismo propia de neófitos entusiastas, quiso atraer a la viuda a sus ideas y prácticas y habiéndose enterado en el curso de una larga conversación de las apariciones que la molestaban y de las causas y circunstancias que las producían y rodeaban, prometió ocuparse del asunto. En efecto, al otro día la entregó un papel (él era «medium escribiente») donde con letras muy grandes e irregulares y en renglones retorcidos el «espíritu» había escrito lo siguiente: «*Yo soy Palás. Vengaré contigo porque no has rezado ni mandado decir pamisas por mí.*»

Cuando el Padre Llanes tuvo conocimiento del incidente la riñó con gran severidad. El espiritismo era cosa del diablo y una buena cató-

lica debía huir de tan sacrílegas prácticas. Los «mediums» hablaban de oraciones y de misas pero era exclusivamente para atraer incautos.

Tia Pasia no quedó muy convencida. Un demonio pidiendo plegarias, era, en verdad, cosa extraña e incomprensible.

III

«Amboy» (Pablito), hijo de un *mananguete* de Balsa que un día de fuerte viento se cayó del árbol de coco de donde recogía la «tuba», estrellándose, como era natural, quedó huérfano de padre a los ocho años. A los nueve, su madre se «arrimó» a otro *managuete*, quien, entre muchos defectos que le hicieron odioso al joven Amboy, contaba con el de tener la mano larga y arriar pescozones con frecuencia aterradora. A los diez de su edad el muchacho huyó de la casa paterna y vino a parar a San Pedro, donde se ganó la vida llevando del muelle a los barcos las maletas y paquetes de los pasajeros que viajaban entre San Pedro y los puertos vecinos. Cuando juntó algunos pesos compró el «cajón» o estuche correspondiente y se dedicó al poco limpio y distinguido pero pingüe oficio de limpiabotas, y como era relativamente fuerte y de natural levantisco, logró sobreponerse a los otros chicuelos del oficio que quisieron disuadirle, a trompada limpia, de que no les hiciera la competencia.

Esto fué en 1920, durante los buenos tiem-

pos de prosperidad, en que no obstante ser la tarifa sólo de cinco centavos por cada «*shine*», ganábanse buenos pesos al cabo del día, porque los parroquianos, con esa generosidad propia de quien tiene plétora de dinero, pagaban con monedas de a peseta y no se molestaban en pedir el cambio. Uno de los bancos de la plaza pública, el que cae frente a la puerta de entrada de las oficinas del Banco Nacional, era una verdadera mina de oro que se disputaban a puñetazos los golfillos dedicados al oficio, quedando el campo con frecuencia en poder de Amboy y sus parciales. Con su voz atiplada y su aire picaresco de pilluelo gritaba, acompañándose con golpes de cepillo sobre el cajón:

— ¡Limpia, señor! ¡*Shine, sir*!

Los comerciantes de San Pedro y los hacenderos de la vecina isla de Aetas, que salían del Banco con sus créditos aprobados y sus préstamos concedidos, rebosando satisfacción y optimismo, acudían por docenas a que les lustraran las extremidades inferiores, poniéndolas «a tono» con los trajes de alpaca, camisas de seda y corbatas de raso que usaban siguiendo la moda fastuosa y reluciente de aquel tiempo. Y llovían las propinas.

Pero vino la crisis, la fatal crisis de mediados del veinte, y las cosas cambiaron radical y rápidamente. Los que salían del Banco llevaban los ceños fruncidos, la mirada hosca, el paso inseguro de quienes van sumidos en amargas preocupaciones, y pasaban de largo sin escuchar el canto de las sirenas del betún, o contestando, si lo oían, con un seco y malhumorado «déjame en paz!».

Entonces hubo que darle un adiós melancó-

lico a los opíparos almuerzos y cenas de «pansit kalo-kalo» y tortillas de cangrejos en las sebáceas pansiterías chinas de la calle Real; otro triste adiós a las meriendas de sabroso «mongo con hielo» en las sorbeterías japonesas de la calle General Talberg, y por último otro adiós (y éste si que fué doloroso, amargo, desgarrador) a las sesiones vespertinas y nocturnas del *Cine Star*, donde las horas volaban raudas y felices como en un ensueño encantador contemplando con arrobada admiración las hazañosas aventuras de «Zigomar» y del «Tapao», que eran, en opinión de Amboy y sus amigos, para quienes tenían vida real, los héroes más grandes, más admirables y más dignos de imitación de toda la raza humana.

Una noche, acuciado por el hambre y la carencia de dinero, Amboy osó subir a la galería de una casa de planta baja para robar unos sombreros que había colgados en un perchero. Su tentativa tuvo mal éxito. Un perro que dormía debajo de una silla se despertó y se le abalanzó ladrando furiosamente. Amboy escapó a todo correr, y para poder hacerlo con más libertad tuvo que desprenderse del cajón donde guardaba los útiles del oficio que llevaba consigo constantemente colgado al hombro en bandolera con una tira de cuero. Voló el estuche roto por un lado; por otro el cepillo, las botellas de betún, las esponjas, los paños y el casi microscópico banquillo, y cuando se detuvo en la plaza, libre al fin de la persecución canina, hallóse desprovisto de los medios esenciales para ganarse la vida.

Tendido sobre un banco y llorando le halló a la madrugada siguiente tía Pasia, cuando se dirigía a la Catedral a oir sus misas.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué lloras?

— .....
— ¿Te pegaron tus padres?
— (Movimiento negativo de cabeza).
— ¿Te peleaste con alguno?
— (Otro movimiento negativo).
— ¿Te has escapado de tu casa?
— .....

Y así continuó lo que no sabemos si puede llamarse diálogo, preguntando tía Pasia y contestando Amboy con movimientos de cabeza o manteniendo hosco silencio cuando no tenía qué responder. Sin embargo, la vieja pudo averiguar que el chico no tenía padres, ni casa, ni había comido el día anterior, ni iba a la escuela, ni sabía la doctrina cristiana, ni era de San Pedro, sino de Balsa, que es un barrio de Pinilían, de donde era ella.

Movida a compasión, especialmente por el último detalle que le revelaba como a paisano suyo, y por lo de la ignorancia del catecismo que descubría en él un alma en camino de perdición a quien ella debía procurar salvar, tía Pasia propuso a Amboy que entrara a servirla de criado, ofreciéndole casa, comida, ropa, y un salario de tres pesos mensuales. Coincidió que el día anterior había ella sorprendido a su criada, contraviniendo severas instrucciones dadas repetidamente, en gran parleta con un pretendiente, y como la Menegilda era de las que debían poco, tía Pasia había decidido ponerla en la calle aquel día y probar con servidumbre masculina, ya que la femenina siempre andaba con líos de novios y amantes que la crispaban los nervios.

Aceptó Amboy encantado porque entonces sólo pensaba en ocultarse y la casa de la vieja le pareció buen escondrijo. Durante su loca carre-

ra la noche anterior se le antojó haber oído silbidos de policías y no estaba muy seguro de que alguno de ellos, resultando ser la excepción de la regla, no le hubiera visto cuando huía del perro después del abortado intento de robo. La vieja parecía buena y cariñosa, A su amparo estaría él seguro, y mantenido, por lo menos.

Desde aquel mismo día comenzó su servicio, que no era muy pesado. La limpieza de los dos cuartitos y de los modestos y escasos muebles y utensilios, y la cocción del arroz y el guiso de verduras que, con alguna fruta del tiempo, constituían exlusivamente la alimentación de tía Pasia, no le ocupaban muchas horas. Ella misma iba diariamente al mercado y lavaba la ropa en el patio trasero de la vivienda.

Pero no todo era comodidad y pereza para Amboy, porque estaba obligado a dedicar sus horas libres al estudio del catecismo y de las oraciones más corrientes, tales como el credo, el padrenuestro y la letanía, las dos primeras en castellano y la última en latín. Para el exbetunero, que apenas sabía leer y escribir en bisaya, aquello era tarea de cíclopes. Y menos mal que de la letanía sólo tuvo que aprender el estribillo *Ora pro nobis* (que él pronuniaba *Orá prunobes*) pues ello bastaba para que pudiera acompañar el rezo que su ama ofrecía.

Tía Pasia teníase por responsable ante Dios de la educación religiosa de sus sirvientes y creía sin género de dudas que el día del juicio final exigiríanla estrecha cuenta de cualquier negligencia incurrida en el particular. Por tanto, si bien perdonaba de buen grado cualquier falta en el servicio, castigaba sin contemplaciones el más ligero descuido en el aprendizaje de la sagrada

ciencia. Y un día, durante el ejercicio de sus deberes didácticos, se la fué la mano, siendo lo peor que dicha mano no iba sola sino que tenía empuñada una chinela, una de esas chinelas baratas con suela de duro cuero de carabao con que ella solía ir calzada. Al repetirle por décima vez, sin conseguir buen resultado, que no se podía decir *cunsibedo por ubra y grasia* sino «concebido por obra y gracia», ¡zás! la chinela fué a chocar contra la mejilla izquierda de Amboy, y con tan mala suerte que la punta alcanzó el ojo. Aunque el chinelazo no fué muy fuerte, el lugar golpeado era tan sensible que el chico quedó algunos segundos viendo a Sirio y a Casiopea y a Betelgeuse y a todo el firmamento estrellado en pleno día.

Aquella misma tarde huyó de la casa para unirse a otros compañeros, ex-limpiabotas como él, que se habían dedicado francamente al raterismo. Llevaba el corazón henchido de odio contra tía Pasia, una vieja hipócrita que le atrajo con sus palabras dulces y engañosas para atormentarle luego obligándole a aprender incomprensibles e intrincadas retahilas en idiomas chocantes capaces de retorcer la lengua de cualquiera, y pegaba chinelazos mucho más dolorosos que los pescozones paternos.

IV

Copio (Procopio), el director de la banda de ladronzuelos, mozallón larguirucho y zanquilargo, en lo físico, y pletórico saco de picardías en lo moral, fué quien le dió la idea de la venganza, basada en una escena de película, y quien le ayudó en la ejecución.

En el minúsculo y grasiento bazar de un chino compraron el papel, un plieguecillo fino de color blanco azulado con gruesas rayas verde pálido; el sobre, pequeño y casi transparente; la pluma de acero de gruesos puntos un tanto herrumbrados, y la tinta de color ala de mosca falsificada por el tendero y envasada en una botellita con la etiqueta de una famosa marca inglesa.

Luego, utilizando como mesa un espacio relativamente plano en la base de cemento de la estátua de Rizal y escribiendo el Copio algunas palabras y el Amboy otras cuando aquel se cansaba, completaron, a fuerza de sudores, tachaduras y borraduras con la lengua, la siguiente espeluznante misiva:

«Tia Pacia Panoso
San Pedro.

Horas mo na! maldita! karon sa gab-i pation ta guid».

(Llegó tu hora, maldita: esta nohe sin falta te mataré.)

La firma era un círculo, no muy perfecto que digamos, con dos puntos y una raya hacia el centro, y debajo un aspa hecha de dos palotes con unas como bolitas en los extremos. Resultaba hasta cierto punto clara la intención de representar la típica calavera con las tibias cruzadas que se acostumbra a poner en las etiquetas de los frascos que contienen veneno, para recordar la posibilidad de la muerte. Como último dramático detalle, el Copio dibujó, digámoslo así, al lado de la calavera, algo que a primera vista parecía vagamente una flor, pero por tener cinco pétalos desiguales adheridos a un núcleo circular, creeríase que era una mano, y por estar bien relleno de tinta todo el contorno de la figura, que era nada menos que el símbolo de la famosa «mano negra» de triste recordación.

Metieron la carta en el sobre, pusiéronse en acecho en las cercanías de la casa de tía Pasia, y aprovechando un intérvalo de soledad en la hora de la siesta, Amboy, mientras vigilaban sus compañeros, introdujo el billete por la rendija inferior de la puerta de entrada del entresuelo de su ex-ama, hecho lo cual huyeron todos rápidamente.

Era un viernes de Marzo, durante la cuaresma, y a las dos y media de la tarde tía Pasia salió de casa para ir a la Catedral a rezar el *via-crucis*. Al abrir la puerta vió el sobre y lo

recogió con la idea de abrirlo al volver después de terminado el rezo. Creía que era una de tantas esquelas como recibía cada dos o tres semanas conteniendo oraciones más o menos incomprensibles atribuídas a santos oscuros y dirigiendo el ruego de que fueran rezadas diez veces y copiadas y remitidas a otros tantos amigos o conocidos. El último párrafo prometía el advenimiento de «una gran suerte» para el copiador si así lo hacía o el acaecimiento de «una gran desgracia» si dejaba de hacerlo y «rompía la cadena». Tía Pasia era de las almas sencillas que se sometían a estos idióticos mandatos, sin considerar que cada una de estas cadenas, con sólo llegar al décimo «eslabón» sin romperse, representan un gasto de más de veintidós millones de pesos en franqueo, más de cuarenta y cuatro millones en papel y sobres y más de un millón y medio de horas de trabajo por parte de los empleados de correos, suponiendo que sólo tardaran cinco segundos por carta en leer las direcciones, cancelar los sellos y entregarlas a los destinatarios. Todo por seguirle el humor a algún maniático que quiere propagar su imbécil jaculatoria favorita, a costa, principalmente, del trabajo y del dinero ajenos, y mediante una combinación de mentidas promesas y burdas amenazas.

Cuando tia Pasia volvió a su casa después de rezadas las «estaciones», desgarró el sobre y leyó el fatídico anónimo. En el primer momento, después de pasada la sorpresa, adivinó confusamente la verdad. ¿Sería aquéllo cosa del Amboy? Pero desgraciadamente los torcidos renglones y las letras imitando el tipo de imprenta tenían cierto parecido a la escritura del papel

que meses atrás la diera el relojero de arriba. ¿Sería una broma pesada de éste? En aquel instante, sin embargo, vió bajar de su casa al espiritista con aire de perro que huye rabo entrepiernas, mientras arriba, la relojera vociferaba a más y mejor en las postrimerías de una *bronca* enteramente material, carnal... y conyugal. Parece ser que ella había estado anteriormente recibiendo frecuentes comunicaciones de los espíritus más elevados, siempre por conducto de su mediunímico esposo, exhortándola para que fuera sumisa, cariñosa, económica y fiel. Sobre todo, los espíritus insistían mucho en lo de la sumisión y fidelidad. Ella, impresionada, procuró seguir tales consejos, y de dominante y altanera se hizo humilde y obediente, y de coqueta y alegre se hizo seria y formal, pero aquella siesta, al levantarse un poco antes que de costumbre, sorprendió al marido pellizcando a la criada, una muchachota de Ermita que acababan de tomar a su servicio. Y aquí fué Troya. Eso de que el marido predicara fidelidad y no la practicara no podía ser, pero que de ningún modo. O se tiraba de la manta del psiquismo para todos o para ninguno. La relojera olvidó en un minuto su respeto a las creencias del marido. Aun a riesgo de herir profundamente las más íntimas susceptibilidades de éste, gritaba con toda la fuerza de sus pulmones: «¡Rayo con el *manga* espíritu!» «¡Rayo con el *manga* medium!» (era de las caviteñas bravas). Y el triste «medium escribiente» que bajó las escaleras para huir de la tempestad, tuvo que buscar la acera y pegarse a la pared para salvarse de la lluvia de trastos que salían por la ventana de su casa, entre ellos una fina y grácil mesita de narra de tres pies

que se hizo añicos instantáneamente... No (pensó tía Pasia). No debía ser el relojero. ¡No podía estar de humor para bromitas!

Pasó toda la tarde debatiendo consigo misma cuál podría ser el origen de la esquela amenazadora. Mientras duró el crepúsculo inclinábase a creer en la teoría de la venganza del chicuelo apaleado por ella, pero al llegar la noche, siempre propicia al misterio y favorable a lo sobrenatural y fantástico, fué inclinándose a la idea de que el autor pudiera ser su «bestia negra», su archienemigo, el fantasma que la atormentaba frecuentemente, ¡el mismísimo Palás! A ratos arrepentíase de este pensamiento, tan opuesto a los consejos del confesor que la mandaba constantemente «rezar mucho y dejar de pensar en tonterías», pero la terca idea surgía de nuevo y su imaginación indisciplinada negábase a someterse a los dictados de la voluntad: entre ella y «lo que quedara» de aquel hombre había una cuenta sin saldar del todo. Ella no lograba que decreciera su aborrecimiento hacia él, y «él» la odiaba porque no supo perdonarle.

Terminada la frugal cena vaciló un momento antes de acostarse dudando si invocar el auxilio de los vecinos de arriba para que le prestaran la criada y tener compañía, pero no se decidió a realizarlo llevada de sus hábitos de independencia adquiridos en largos años de vivir por su cuenta y sin ayuda ajena.

Al echarse en la cama luego de rezadas sus oraciones, se arrepintió de no haberlo hecho, porque en el punto mismo en que pareció que iba a conciliar el sueño brotó a los pies del lecho la figura de Palás, ahora bien delineada y definida como si se hubiera concretado y estrechado la

textura semi vaporosa que al principio la constituía. La cara, sin dejar de parecerse a Palás, se parecía también a la del diablo que había en la parte inferior de la imagen de San Miguel Arcángel; los ojos brillaban como ascuas despidiendo rayos de furor; balanceábase todo el cuerpo como preparándose a lanzarse a un asalto, y los brazos robustos y desnudos se alargaban en dirección a tía Pasia, con las manos en forma de dogal abierto como amenazando extrangularla.

Ella se levantó para huir, costándola esfuerzo incorporarse y salir del mosquitero pues un como fluído hipnótico la invadía entorpeciendo el funcionamiento de sus músculos y el juego de sus articulaciones.. Sin perder de vista al aparecido bajó de la cama yendo a refugiarse al lado izquierdo del altar, entre éste y la puerta, que tuvo intención de abrir para escapar por la salita al descanso de la escalera y pedir socorro, pero el fantasma la cerró el paso interponiéndose entre ella y la puerta y obligándola a replegarse contra la esquina que formaba la pared y el costado de la cómoda sobre la que se hallaba el altar. En tonces, medio paralizada de horror y a la luz vacilante de la lamparilla de aceite de coco que ardía ante el crucifijo, vió al espectro avanzar decididamente hacia ella, siempre con los dedos abiertos y como preparándose a buscar su cuello. Un sentimiento de rebelión al verse acorralada y sin defensa surgió potente en su pecho. Aquéllo era demasiado y era necesario terminar de una vez. El recuerdo del esposo inocente y amado cosido a puñaladas; el de su larga y árida viudez; el de las centenares de noches en que aquel íncubo había estorbado su sueño, y ahora, por

último, la amenaza de ahogarla, a ella que nunca le hizo mal alguno, indujéronla a sentir un paroxismo de ira, una aguda y violenta exacerbación de rabia que se sobrepusieron a su terror. Volvió a ser la Pasia valiente y decidida de sus primeros años de matrimonio, cuando se imponía a los obreros de su hacienda venciendo la resistencia pasiva de éstos, y la de sus primeros meses de viudez cuando no perdonó esfuerzo alguno para contribuir a vengar la muerte de su marido. Lentamente, felinamente, extendió el brazo desnudo hacia los «cantos» de madera tallada que constituían la pena del crucifijo, agarró el puñal que la había regalado el Capitán Sidney, y en un esfuerzo supremo de «voluntad de matar» se abalanzó rápidamnete contra el fantasma, profiriendo desaforados gritos, y clavó con saña el arma aguda y reluciente en lo que parecía el pecho de su enemigo. Creyó oir el ruído de huesos que se parten, y le pareció escuchar un quejido de agonía.

. . . . . .

El estrépito de un cristal cayéndose y haciéndose añicos la despertó. Vió su mano derecha, la que empuñaba el puñal, llena de rasguños que manaban sangre; vió la urna de la imágen de San Miguel hecha pedazos, y vió la cabeza del diablo que había a los pies del arcángel, separada del tronco y rodando por el suelo.

A los pocos minutos bajaron los relojeros, a quienes despertaron los gritos y que temieron se trataba de incendio o ladrones. Disculpóse tía Pasia explicando que tuvo una pesadilla horrible, y pidiéndoles, para estar acompañada, que deja-

ran dormir abajo, cerca de ella, a la muchachota de Ermita.

Dispúsolo así la relojera, que apreciaba mucho a su vecina, pero fué precaución inútil porque ni aquella noche ni ninguna otra desde entonces volvió a aparecérsele a tía Pasia el espectro de Palás.

FIN

ÍNDICE

	Págs.
La aventura de Cayo Malínao...	5
I	7
II	14
III	23
IV	28
V	43
VI	52
VII	63
VIII	73
Los ascensos del Inspector Rojo...	79
I	81
II	91
III	97
IV	109
V	119
VI	124
VII	128
Tía Pasia...	129
I	131
II	138
III	146
IV	152

ERRATAS IMPORTANTES

Página	Línea	Dice	Debe Decir
8	19	talladito	talludito
10	2	Filosofia	Psicología
13	9	en aquellos días	aquellos días
29	21	sentimiento	sentimentalismo
67	11	cuanto no se reconocía	cuanto que no se reconocía
74	34	un mórbido	en mórbido
98	13	o de la del carro	o del carro
102	30-31	necio	negocio
112	14	se olvidó al sobrecargo	se volvió al sobrecargo
143	17	cuando alguno de nosotros mira	cuando álguien detrás de nosotros nos mira
146	22	de que no les hiciera	de que les hiciera